J. KRISHNAMURTI

VIVIR DE INSTANTE EN INSTANTE

EDITORIAL KRISHNAMURTI
1953

7 Conferencias de

KRISHNAMURTI

VIVIR DE INSTANTE EN INSTANTE

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN BANGALORE, EN 1948

I

En vez de hacer una disertación, voy a contestar tantas preguntas como me sea posible, y antes de hacerlo desearla señalar algo con respecto a la contestación de preguntas. Uno puede formular cualquier pregunta; mas para que haya una respuesta justa, la pregunta a su vez tiene que ser apropiada. Si es una pregunta seria hecha por una persona seria, por una persona formal que busca con empeño la solución de un problema muy difícil, entonces, evidentemente, habrá una respuesta adecuada a esa pregunta. Pero lo que generalmente ocurre es que se manda gran cantidad de preguntas, a veces muy absurdas, y luego se pretende que todas ellas sean contestadas A mí me parece una gran pérdida de tiempo hacer preguntas superficiales y esperar respuestas muy serias. Aquí tengo varias preguntas, y voy a procurar contestarlas desde el punto de vista que considero más serio; y, si se me permite sugerirlo por tratarse de un auditorio reducido, tal vez me interrumpiréis si la respuesta no es muy clara, de modo que vosotros y yo podamos discutir la, cuestión.

Pregunta: ¿Qué puede hacer el común de los hombres decentes para poner fin a nuestro problema "comunal"?

Krishnamurti: Es obvio que el sentimiento de separatismo esta difundiéndose a través del mundo. Cada guerra sucesiva engendra más separatismo, más nacionalismo, más gobiernos soberanos, etc. Especialmente en la India, este problema de la discordia "comunal" está acentuándose. ¿Por qué? En primer lugar, evidentemente, porque la gente busca empleos. Cuantos más gobiernos separados haya, más empleos habrá; pero esa es una política de muy cortos alcances, ¿verdad? Porque, con el tiempo, la tendencia del mundo será de más en más hacia la federación, hacia una unión, y no una dispersión constante. No hay duda de que cualquier persona decente que realmente piense acerca de esta situación -que no es sólo de la India sino un problema mundial- debe primero estar libre de nacionalismo, y no sólo en asuntos de Estado sino en el pensamiento, en la acción, en el sentimiento. Después de todo, el "comunalismo" no es mas que una rama del nacionalismo. El pertenecer a determinado país, raza o grupo de personas, o a una ideología en particular tiende cada vez más a dividir a la gente, a crear antagonismo y odio entre hombre y hombre. Eso, evidentemente, no es solución para el caos mundial. Así, pues, lo que cada uno de nosotros puede hacer es ser "no comunal": podemos dejar de ser brahmanes, de pertenecer a casta alguna o a país alguno. Pero eso es muy difícil porque por tradición, ocupación y tendencia, estamos condicionados para seguir determinada norma de acción: y el romper con ella resulta arduo en extremo. Puede que *queramos* romper, pero la tradición familiar, la ortodoxia religiosa y otras cosas más, nos lo impiden. Sólo los hombres de buena voluntad buscan realmente la buena voluntad, desean ser amigables; y sólo tales hombres se libertarán de todas las limitaciones que engendran el caos.

Paréceme, pues, que para dar fin a está discordia "comunal", uno debe empezar por sí mismo, y no esperar la acción de otras personas, de la legislación, del gobierno. Porque, después de todo, ni la coacción ni la legislación resuelven el problema. El espíritu de "comunalismo", de separatismo, el pertenecer a determinada clase o ideología, a una religión termina sin duda por causar conflictos y antagonismos entre los seres humanos. La amistad no se logra compulsivamente, y esperarla de la coacción no es, por cierto, solución alguna. Para salir de esto, pues, se requiere que cada uno, que todo individuo, que vosotros y yo, nos desprendamos del espíritu "comunal", del nacionalismo. ¿No es esa, acaso, la única salida de esta dificultad? Porque, mientras la mente y el corazón no estén dispuestos a ser abiertos y amigables, ni la mera coacción ni la legislación vio a resolver este problema. Cada uno de nosotros, pues, viviendo como vive en una comunidad determinada, en determinada nación o agrupación de personas, tiene evidentemente la responsabilidad de desprenderse del estrecho espíritu de separatismo.

La dificultad consiste en que la mayoría de nosotros tenemos motivos de queja. Concordamos con el ideal de que deberíamos emanciparnos y crear un mundo nuevo, una nueva serie de ideas, etc. Pero al volver a casa, la presión de las influencias ambientales es tan fuerte que nos echamos atrás; y esa es la mayor dificultad, ¿no es cierto? Intelectualmente convenimos en lo absurdo de la discordia "comunal", pero muy pocos somos los que nos tomamos el trabajo de sentarnos a pensar en la totalidad del problema para descubrir las causas coadyuvantes. El pertenecer a una agrupación determinada, ya sea de acción social o de acción política, engendra ciertamente antagonismo separatismo; y la verdadera revolución no se hace siguiendo una ideología determinada, porque la revolución basada en una ideología crea antagonismos en diferentes niveles

y es por lo tanto una continuación de lo mismo. De suerte que esta discordia "comunal", evidentemente, sólo puede terminar cuando vemos todo lo absurdo de la acción separada, de una determinada ideología, moral o religión organizada, ya se trate del cristianismo, del hinduismo o de cualquiera otra religión limitada y organizada.

Comentario del auditorio: Todo esto suena muy convincente; pero llevado al terreno de la acción resulta muy difícil; y, como Ud. dice, cuando volvemos a casa la mayoría de nosotros somos enteramente diferentes de lo que somos aquí. Aunque le escuchemos a Ud. y pensemos en lo que dice, el resultado depende de cada uno de nosotros. Siempre hay este "pero".

Comentario del auditorio: Este movimiento para terminar con la religión organizada, podrá a su vez formar una religión organizada.

Krishnamurti: ¿Cómo, señor?

Comentario del auditorio: Por ejemplo, ni Cristo ni Ramakrishna Paramahamsa deseaban una religión organizada; pero, olvidando la esencia misma de sus enseñanzas, los hombres han construido en torno de ellas una religión organizada.

Krishnamurti: ¿Por qué hacemos eso? ¿No es porque queremos seguridad colectiva, porque queremos sentirnos a salvo?

Comentario del auditorio: ¿Todas las instituciones son de carácter separatista?

Krishnamurti: Tienen forzosamente que serlo.

Comentario del auditorio: ¿Hasta el pertenecer a una familia es malo?

Krishnamurti: Pone Ud. en uso la palabra "malo", de la que yo nunca me he servido.

Comentario del auditorio: Repudiarnos nuestro régimen de familia. Es un sistema antiguo.

Krishnamurti: Si de él se hace mal uso, es obvio que debe ser descartado.

Comentario del auditorio: ¿No es forzoso, pues, que una institución sea en sí separatista?

Krishnamurti: Evidentemente. El correo no es separatista, porque todas las comunidades lo usan. Es universal. ¿Por qué, pues, los seres hundamos individuales encuentran importante pertenecer a algo -a una organización religiosa, a una sociedad, a un club, etc.? ¿Por qué?

Comentario del auditorio: No hay vida sin interrelación.

Krishnamurti: Evidentemente. ¿Pero por qué se busca el separatismo?

Comentario del auditorio: Hay relaciones naturales y relaciones antinaturales. La familia es una relación natural.

Krishnamurti: Yo pregunto simplemente: ¿por qué existe el deseo, el impulso que nos lleva a pertenecer a un grupo exclusivo? Pensémoslo bien, y no nos limitemos a hacer afirmaciones. ¿Por qué es que pertenezco a determinada casta o nación? ¿Por qué me llamo hindú? ¿Por qué tenemos este espíritu exclusivo?

Comentario del auditorio: Egoísmo. El "ego" del poder.

Krishnamurti: Sacar a colación una o dos palabras no significa dar una respuesta. Hay alguna fuerza motriz, una presión, una intención, que nos hace pertenecer a una agrupación de personas. ¿Por qué? ¿No resulta importante averiguarlo? ¿Por qué se llama uno alemán, inglés, hindú o ruso? ¿No es obvio que si existe ese

deseo de identificarse con algo, es porque la identificación con algo grande le hace a uno sentirse importante? Esa es la razón fundamental.

Comentario del auditorio: No siempre. Un "harijan", por ejemplo, pertenece a una comunidad muy baja. No se enorgullece de ello.

Krishnamurti: Pero ahí lo mantenemos. ¿Por qué no lo invitamos a nuestra propia casta?

Comentario del auditorio: Estamos tratando de invitarlo.

Krishnamurti: ¿Pero por qué los individuos se identifican con lo más grande, con la nación, con una idea que está más allá de ellos?

Comentario del auditorio: Porque desde el momento en que el individuo nace, se le inculcan ciertas ideas. Estas ideas se desarrollan, y él se cree esclavo. En otros términos: así ha sido condicionado.

Krishnamurti: Exactamente él se halla tan condicionado, que no puede desprenderse de su servidumbre. La identificación con lo más grande existe porque uno desea estar seguro, a salvo, perteneciendo a determinado grupo de pensamiento o de acción. Eso es evidente, señores. ¿Verdad? En nosotros mismos nada somos. Somos tímidos y tenemos miedo de quedarnos solos, y por lo tanto deseamos identificarnos con lo más grande, y en esa identificación nos volvemos muy exclusivos. Este es un proceso mundial. No se trata de mi opinión: es exactamente lo que ocurre. En momentos de gran crisis la identificación se enardece por la religión o por el nacionalismo. Y el problema es vasto. No sólo en la India sino en todas partes del mundo, hay un sentido de identificación con uno u otro grupo, el cual se vuelve gradualmente exclusivo y así engendra antagonismo y odio entre los hombres. Es por eso, pues, que al contestar esta pregunta tendremos que ocuparnos del nacionalismo tanto como del "comunalismo", en el que también está involucrada la identificación con una religión organizada en particular.

Comentario del auditorio: ¿Por qué, en suma, nos identificamos?

Krishnamurti: Por la razón muy sencilla de que, si no nos identificásemos con algo, estaríamos confusos, perdidos; y a causa de este temor nos identificamos para estar a salvo.

Comentario del auditorio: ¿Temor de qué? ¿No es más bien ignorancia que temor?

Krishnamurti: Llamadle como os plazca, temor o ignorancia; se trata de lo mismo. De suerte que lo importante es en realidad esto: ¿podemos vosotros y yo estar libres de ese temor, quedarnos solos y no ser exclusivos? La "unitotalidad" no es exclusiva; sólo la soledad lo es. Esa, por cierto, es la única salida del problema; porque el individuo es un proceso mundial, no un proceso separado, y mientras los individuos se identifican con tal o cual grupo o sección, tienen que ser exclusivos, con lo que inevitablemente causan antagonismo, odio y conflicto.

Pregunta: Antes de que pueda conocer a Dios, el hombre tiene que saber qué es Dios. ¿Cómo podrá Ud. presentar al hombre la idea de Dios sin traer a Dios al nivel del hombre?

Krishnamurti: Eso no es posible, señor. Ahora bien, ¿qué es lo que nos impulsa a buscar a Dios, y es real esa búsqueda? Para la mayoría de nosotros, ella es un modo de eludir lo existente. Debemos, pues, aclarar muy bien para nosotros mismos si esta búsqueda de Dios es una escapatoria, o si es la búsqueda de la verdad en todo: en nuestras relaciones, en el valor de las cosas, en las ideas. Si sólo buscamos a Dios porque estamos cansados de este mundo y de sus miserias, se trata de una escapatoria. Entonces creamos un dios, que por lo tanto no es Dios. El dios de los templos, de los libros, no es Dios, evidentemente. Es una maravillosa evasión. Pero si tratamos de encontrar la verdad, no en una serie exclusiva de acciones sino en todas nuestras acciones, ideas y relaciones, si buscamos la verdadera evaluación del alimento, del vestido y del albergue, entonces, siendo nuestra mente capaz de claridad y entendimiento, cuando busquemos la realidad la encontraremos. Entonces no será una evasión. Pero si estamos confusos con respecto a las cosas del mundo: alimento, vestido, albergue, relaciones e ideas, ¿cómo podremos encontrar la realidad? Sólo podemos inventar una "realidad".

De suerte que Dios, la verdad o la realidad, no habrá de ser conocido por una mente que se halla confusa, condicionada, limitada. ¿Cómo puede pensar en la realidad o Dios una mente así? Primero tiene que "descondicionarse". Tiene que libertarse de sus propias limitaciones, y sólo entonces puede saber qué es Dios; antes no, evidentemente. La realidad es lo desconocido, y aquello que es conocido no es lo real. Así, pues, una mente que desee tiene que liberarse de su propio "condicionamiento", el cual le es impuesto exterior o interiormente; y mientras la mente engendre discordia, conflicto en la vida de relación, no podrá conocer la realidad. De modo que si uno ha de conocer la realidad, la mente tiene que estar en calma; pero si a la mente se la compele, se la disciplina para que esté tranquila, esa tranquilidad es en sí misma una limitación, mera autohipnosis. La mente sólo llega a ser libre y a estar quieta cuando comprende los valores que la rodean.

Para comprender, pues, aquello que es lo más elevado, lo supremo, lo real, debemos empezar muy bajo, muy cerca; es decir, tenemos que descubrir el valor de las cosas, de las relaciones y de las ideas con las cuales nos ocupamos a diario. Y si no se las comprende, ¿cómo puede la mente buscar la realidad? Puede inventar una "realidad", puede copiar, puede imitar; y como ha leído tantos libros, puede repetir la experiencia de los demás. Pero eso, por cierto, no es lo real. Para experimentar lo real, la mente debe dejar de crear; porque cualquier cosa creada por ella sigue dentro del cautiverio del tiempo. El problema no consiste en saber si hay o no hay Dios, sino en cómo podrá el hombre descubrir a Dios; y si él en su búsqueda se desprende de todo, inevitablemente encontrará esa realidad. Pero tiene que empezar por lo que está cerca, no por lo que está lejos. Es obvio que para ir lejos hay que empezar cerca. Pero la mayoría de nosotros deseamos especular, lo cual es una escapatoria muy cómoda. Por eso es que las religiones ofrecen tan maravilloso narcótico para la mayoría de la gente. De suerte que la tarea de desenredar la mente de todos los valores que ha creado, es en extremo ardua. Y como nuestra mente está fatigada, o somos perezosos, preferimos leer libros religiosos y especular acerca de Dios; pero eso, a buen seguro, no es el descubrimiento de la realidad. Realizar es "vivenciar", no imitar.

Pregunta: ¿La mente es diferente del pensador?

Krishnamurti: Bueno, ¿el pensador es diferente de sus pensamientos? ¿Existe el pensador sin sus pensamientos? ¿Hay acaso un pensador aparte del pensamiento? Si detenéis el pensamiento, ¿dónde está el pensador? ¿El pensador de un pensamiento es diferente del pensador de otro pensamiento? ¿El pensador es distinto de su pensamiento, o el pensamiento crea al pensador? ¿Y éste se identifica luego con el pensamiento cuando lo halla conveniente, y se separa cuando no le conviene? Es decir, ¿qué es el "yo", el pensador? El pensador, evidentemente, está compuesto de diversos pensamientos que han llegado a identificarse en calidad de "yo". Los pensamientos, pues, producen al pensador, no al revés. Si no tengo pensamientos, no hay pensador. No es que el pensador sea diferente cada vez, pero si no hay pensamientos no hay pensador. De suerte que los pensamientos producen al pensador, como las acciones producen al actor. El actor no produce acciones.

Comentario del auditorio: Parece Ud. sugerir, señor que dejando de pensar, el "yo" estará ausente.

Krishnamurti: El "yo" está hecho de mis cualidades, mi idiosincrasia, mis pasiones, mis posesiones, mi casa, mi dinero, mi esposa, mis libros. Todo eso engendra la idea de "yo"; yo no engendro todo eso. ¿Estáis de acuerdo?

Comentario del auditorio: Encontramos difícil estar de acuerdo.

Krishnamurti: Si todos los pensamientos llegaran a cesar, el pensador no estaría ahí. Por lo tanto los pensamientos producen al pensador.

Comentarios del auditorio: Todos los pensamientos y ambientes están ahí, pero eso no produce al pensador.

Krishnamurti: ¿Cómo surge a la existencia el pensador?

Comentario del auditorio: El está ahí.

Krishnamurti: Da Ud. por sentado que él está ahí. ¿Por qué dice eso?

Comentario del auditorio: Eso no lo sabemos. Debe Ud. decírnoslo.

Krishnamurti: Yo digo que el pensador no está ahí. Sólo hay acción, pensamiento, y entonces surge el pensador.

Comentario del auditorio: ¿Cómo surge el "yo", el pensador?

Krishnamurti: Bueno, vamos por partes. Tratemos todos de abordar el problema con la intención de encontrar la verdad; luego valdrá la pena discutir. Estamos procurando descubrir cómo surge el pensador, el "yo", lo "mío". Ahora bien, primero hay percepción, luego contacto, deseo e identificación. Antes de eso, el "yo" no existe.
Comentario del auditorio: Cuando mi mente esté ausente, nada percibiré. A menos que haya primero un perceptor, no hay sensación. Un cuerpo muerto no puede percibir, aunque ahí estén los ojos y los nervios.

Krishnamurti: Da Ud. por sentado que hay un ente superior, y el objeto que él ve.

Comentario del auditorio: Así es, al parecer.

Krishnamurti: Así lo dice Ud. Da por sentado que lo hay. ¿Por qué?

Comentario del auditorio: Mi experiencia es que sin la cooperación del "yo", no hay percepción.

Krishnamurti: No podemos hablar de percepción pura. Ella está siempre mezclada con el perceptor; es un fenómeno conjunto. Si hablamos de percepción, el perceptor se ve de inmediato involucrado. Está más allá de nuestra experiencia el hablar de percibir; nunca tenemos tal experiencia, algo que pueda llamarse "percibir". Podéis caer en un sueño profundo, en que el perceptor no se percibe a sí mismo; pero en el sueño profundo no hay percepción ni perceptor. Si conocéis un estado en que el perceptor se perciba a sí mismo sin que intervengan otros objetos de percepción, sólo entonces podéis hablar válidamente de "perceptor". Mientras ese estado sea desconocido, no tenemos derecho de hablar del perceptor como de algo aparte de la percepción. Así, pues, el perceptor y la percepción son un fenómeno conjuntos anverso y reverso de la misma medalla. No están separados, y no tenemos derecho de separar dos cosas que no están separadas. Insistimos en separar el perceptor de la percepción, no habiendo fundamento válido para ello. No conocemos perceptor sin percepción, ni percepción sin perceptor. La sola conclusión valedera, por lo tanto, es que la percepción y el perceptor, el "yo" y la voluntad, son dos caras de la misma medalla, dos aspectos del mismo fenómeno, que no es la percepción ni el perceptor. Pero un examen certero de esto requiere suma atención.

Comentario del auditorio: ¿Adónde nos conducirá?

Comentario del auditorio: Tenemos que descubrir un estado en que el perceptor y la percepción no existen aparte, sino que son partes integrantes del mismo fenómeno. El acto de percibir, sentir, pensar, introduce la división entre perceptor y percepción por ser el fenómeno básico de la vida. Si podemos seguir estos fugaces momentos del percibir, conocer, sentir, actuar, y divorciarlos de la percepción por un lado, del perceptor por el otro...

Krishnamurti: Señor, esta cuestión surgió de la investigación acerca de la búsqueda de Dios. Es obvio que la mayoría de nosotros queremos conocer la experiencia de la realidad. Ella, por cierto, puede ser conocida tan sólo cuando el experimentador deja de experimentar; porque el experimentador da origen a la experiencia. Si el experimentador crea la experiencia, entonces creará un dios; y eso, por lo tanto, no será Dios. ¿El experimentador puede cesar? Ahí está toda la cuestión. Ahora bien, si el experimentador y la experiencia son un fenómeno conjunto -lo cual es obvio- entonces el experimentador, el actor, el pensador, tiene que detener el pensamiento. ¿No es ello evidente? ¿El pensador puede, pues, dejar de pensar? Porque cuando él piensa, crea, y lo que él crea no es lo real. Por consiguiente, para descubrir si hay o no hay realidad, Dios, o lo que os plazca, el proceso del pensamiento tiene que terminar, lo cual significa que el pensador tiene que cesar. Que él sea producido por los pensamientos no viene al caso por ahora. Todo el proceso del pensamiento, que incluye al pensador tiene que terminar. Sólo entonces encontraremos la realidad. Veamos ahora, antes que nada, cómo ha de hacerse para llevar ese proceso a su terminación, y quién ha de hacerlo. Si es el pensador quien lo hace,

el pensador sigue siendo producto del pensamiento. El pensador, cuando pone fin al pensamiento, sigue siendo la continuidad del pensamiento. ¿Qué ha de hacer, pues, el pensador? Todo esfuerzo de su parte sigue siendo el proceso del pensamiento. Espero que me exprese con claridad.

Comentario del auditorio: Hasta puede significar resistencia al pensamiento.

Krishnamurti: La resistencia al pensamiento, el reprimir todo pensar, sigue siendo una forma del pensamiento; por lo tanto el pensador continúa, y así jamás podrá hallar la verdad. ¿Qué ha de hacer, pues? esto es muy serio y requiere sostenida atención. Todo esfuerzo de parte del pensador proyecta al pensador sobre un nivel diferente. Esto es un hecho. Si el pensador, el experimentador, hace positiva o negativamente un esfuerzo para comprender la realidad, sigue manteniendo el proceso del pensamiento. ¿Qué ha de hacer, pues? Todo lo que él puede hacer es darse cuenta de que cualquier esfuerzo positivo o negativo de su parte es perjudicial. Tiene que ver la ver la verdad al respecto, y no simplemente comprenderla verbalmente. Debe ver que no puede actuar, porque cualquier acción de su parte mantiene al actor, lo alimenta. Todo esfuerzo de su parte, positivo o negativo, vigoriza al "yo", al actor, al experimentador. Todo lo que él puede hacer, pues, es no hacer nada. Hasta el deseo, positivo o negativo, sigue siendo parte del pensar. El debe ver el hecho de que cualquier esfuerzo que haga es perjudicial para el descubrimiento de la verdad. Ese es el primer requerimiento. Si yo quiero comprender, tengo que estar completamente libre de prejuicio; y no puedo hallarme en ese estado cuando hago un esfuerzo, positivo o negativo. Ello es arduo en extremo. Requiere un sentido de pasiva y alerta percepción en la que no hay esfuerzo. Es sólo entonces que la realidad puede proyectarse.

Comentario del auditorio: ¿Concentración en la realidad proyectada?

Krishnamurti: La concentración es otra forma del esfuerzo, que sigue siendo un acto de pensamiento. Es obvio, por lo tanto, que la concentración no conducirá a la realidad.

Comentario del auditorio: Dijo Ud. que, positiva o negativamente, cualquier acción de parte del pensador es una proyección del pensador.

Krishnamurti: Es un hecho, señor.

Comentario del auditorio: En otras palabras, Ud. distingue entre alerta percepción y pensamiento.

Krishnamurti: Voy a entrar poco a poco en la cuestión. Cuando hablamos de concentración, ésta implica coacción, exclusión, interés exclusivo en algo; y en ello está involucrada la opción. Eso implica esfuerzo por parte del pensador, y el esfuerzo fortalece al pensador. ¿No es eso un hecho? Tendremos, pues, que ahondar el problema del pensamiento. ¿Qué es el pensamiento? El pensamiento es una reacción ante una condición, lo cual significa que el pensamiento es una respuesta de la memoria; ¿y cómo puede la memoria, que es el pasado, crear lo eterno?

Comentario del auditorio: No decimos que la memoria lo crea, porque la memoria es cosa sin percepción.

Krishnamurti: Es inconsciente, subconsciente; viene espontáneamente, involuntariamente. Ahora tratamos de averiguar qué entendemos por pensamiento. Para comprender la cuestión, no miréis en un diccionario; mirad dentro de vosotros mismos, examinaos. ¿Qué entendéis por pensar? Cuando decís que estáis pensando, ¿qué hacéis, realmente? Reaccionáis. Reaccionáis mediante vuestro recuerdo del pasado. Ahora bien, ¿Qué es la memoria? Es la experiencia, el almacenamiento de la experiencia de ayer, ya sea colectiva o individual. La experiencia de ayer es recuerdo. ¿Cuándo recordamos una experiencia? Cuando ella no es, completa, ciertamente. Tengo una experiencia, y esa experiencia es incompleta, sin acabar; y deja una marca. A esa marca le llamo recuerdo, y ese recuerdo responde a un nuevo reto. La respuesta de la memoria a un reto se llama pensar.

Comentario del auditorio: ¿Sobre qué queda la marca?

Krishnamurti: Sobre el "yo". Después de todo, el "yo", lo "mío", es el residuo de todos los recuerdos, colectivos, raciales, individuales, etc. Ese manojo de recuerdos es el "yo"; y ese "yo", con sus recuerdos, responde. Esa respuesta se llama pensar.

Comentarios del auditorio: ¿Por qué esos recuerdos forman un manojo?

Krishnamurti: Por obra de la identificación. Pongo todo en un saco, consciente o inconscientemente.

Comentario del auditorio: Hay, pues, un saco separado de la memoria.

Krishnamurti: La memoria es el saco.

Comentario del auditorio: ¿Por qué los recuerdos se adhieren unos a otros?

Krishnamurti: Porque son incompletos.

Comentario del auditorio: Pero los recuerdos son inexistentes, están en estado de inercia, a menos que haya alguien que recuerde.

Krishnamurti: En otros términos ¿el recordador es diferente del recuerdo? Recordador y recuerdo son dos caras de una moneda. Sin recuerdo no hay recordador, y sin recordador no hay recuerdo.

Comentario del auditorio: ¿Por qué insistimos en separar al perceptor de la percepción, al recordador del recuerdo? ¿No es ésta la raíz de nuestra dificultad?

Krishnamurti: Lo separamos porque el recordador, el experimentador, el pensador, adquiere permanencia mediante la separación. Es obvio que los recuerdos son transitorios; de ahí que el recordador, el experimentador, la mente se separe porque desea permanencia. La mente que hace un esfuerzo, que lucha, que opta, que es disciplinada, no puede, evidentemente, encontrar lo real; porque, como ya lo dijimos, es por ese mismo esfuerzo que ella se proyecta y sustenta al pensador. Ahora bien, ¿como libertar al pensador de sus pensamientos? Esto es lo que estamos discutiendo. Porque cualquier cosa que él piense tiene que ser resultado del pasado; y por lo tanto él crea con la memoria un dios, una verdad, que evidentemente no es lo real. En otras palabras, la mente se mueve sin cesar de lo conocido a lo conocido. Cuando la memoria funciona, la mente sólo puede moverse en el campo de lo conocido; y mientras ella se mueva dentro de ese ámbito, jamás podrá conocer lo desconocido. Para librarnos de lo conocido, cualquier esfuerzo es perjudicial, porque el esfuerzo sigue perteneciendo a lo conocido. De suerte que nuestro problema consiste en librar a la mente de lo conocido. Todo esfuerzo, pues, debe cesar. ¿Alguna vez habéis procurado no esforzaros? Si yo comprendo que todo esfuerzo es inútil, que todo esfuerzo es una nueva proyección de la mente, del "yo", del pensador, si percibo la verdad a ese respecto, ¿qué ocurre? Si yo veo bien claramente el rótulo "veneno" en una botella, no la toco. No hace falta esfuerzo alguno para no ser atraído por ella. De un modo análogo -y en esto estriba la dificultad mayor-, si me doy cuenta de que todo esfuerzo de mi parte es perjudicial, si veo la verdad al respecto, estoy libre de esfuerzo. Todo esfuerzo de parte nuestra es perjudicial, pero no estamos seguros porque deseamos un resultado, una realización, y ahí está nuestra dificultad. Seguimos, por lo tanto, luchando y luchando. Pero Dios, la verdad, no es una recompensa, una finalidad. Tiene ciertamente que venir a nosotros; nosotros no podemos ir hacia ella. Si hacemos un esfuerzo para ir hacia ella, buscamos un resultado una realización. Más para que surja la verdad, el hombre debe ser pasivamente perceptivo. La percepción pasivo es un estado en el que no hay esfuerzo. Consiste en ser perceptivo sin juzgar, sin optar, no en algún sentido fundamental, sino de todas las maneras; en daros cuenta de vuestros actos, de vuestros pensamientos, de vuestras respuestas relativas, sin opción, sin condenación, sin identificaros ni negar, para que la mente empiece a comprender todo pensamiento y toda acción, sin juzgar. Esto induce a averiguar si puede haber entendimiento sin pensamiento.

Comentario del auditorio: Por cierto, si uno es diferente a algo.

Krishnamurti: Señor, la indiferencia es una forma del juicio. Una mente embotada, una mente indiferente, no es perceptiva. El ver sin juzgar, el saber exactamente lo que ocurre, es la alerta percepción. Es, pues, en vano

que busquéis a Dios o la verdad sin ser perceptivos ahora, en el presente inmediato. Es mucho más fácil ir a un templo, pero esa es una huida hacia los dominios de la especulación. Para comprender la realidad, debemos conocerla directamente, y es obvio que la realidad no pertenece al tiempo ni al espacio. Ella está en el presente, y el presente es nuestro propio pensamiento y acción.

Julio 4 de 1948.

II

En una plática como esta, creo que es más importante experimentar lo que se dice, que limitarse a discutir en el nivel verbal. Uno está propenso a quedarse en el nivel verbal, sin "vivenciar" profundamente lo que oye decir; y "vivenciar" un hecho real es mucho más importante que descubrir si las ideas son o no verdaderas en sí, porque las ideas jamás habrán de transformar el mundo. La revolución no se basa en meras ideas. La revolución sólo llega cuando existe una convicción fundamental, una clara percepción de que tiene que haber una transformación interior y no simplemente externa, por más significativa que la exigencia externa puedo ser. Lo que desearía discutir aquí durante las reuniones de estos cinco domingos, es cómo producir, no un cambio superficial, sino una radical transformación, tan esencial en un mundo que rápidamente se desintegra.

Por poco que observemos, debería ser obvio para la mayoría de nosotros -ya sea que viajemos o que permanezcamos en un solo lugar- que un cambio fundamental o revolución es necesario. Pero es difícil percibir el pleno significado de tal revolución; porque, aunque creamos que deseamos un cambio, una modificación, una revolución, casi todos nosotros esperamos eso de determinada norma de acción, de un sistema de izquierda o de derecha, o intermedio. Vemos la confusión, el horrible revoltijo, la miseria, el hambre, la guerra amenazante; y es obvio que la gente reflexiva exige acción. Pero, por desgracia, esperamos una acción conforme a determinada fórmula o teoría. La izquierda tiene un sistema, una norma de acción, como asimismo la derecha. ¿Pero puede haber revolución de acuerdo a tal o cual norma de acción, de acuerdo a una línea trazada, o la revolución surge del interés y alerta percepción del individuo que ha despertado? Sólo puede haber revolución, por cierto, cuando el individuo está despierto y es responsable. Ahora bien, es obvio que la mayoría de nosotros deseamos un plan de acción convenido. Vemos la confusión, no sólo en la India y en nuestra propia vida, sino a través del mundo. En todo rincón del mundo hay confusión, hay miseria, hay espantosa lucha y sufrimiento. Nunca hay un instante en que los hombres puedan estar en seguridad; porque, como las artes de la guerra se desarrollan de más en más, la destrucción resulta cada vez mayor. Todo eso lo sabemos; es un hecho evidente que no necesitamos ahondar. ¿Pero no es importante averiguar qué relación hay entre nosotros y toda esta confusión, caos y miseria? Porque, después de todo, si podemos descubrir nuestra relación con el mundo y comprender esa relación, tal vez seremos capaces de alterar esta confusión. Debemos pues, en primer término, ver claramente la relación que existe entre el mundo y nosotros, y entonces quizá, si cambiamos nuestra vida, podrá haber un cambio radical y fundamental en el mundo en que vivimos.

¿Cuál es, pues, la relación entre nosotros y el mundo? ¿El mundo es diferente de nosotros, o es cada uno de nosotros el resultado de un proceso total, que no es distinto del mundo sino que forma parte del mundo? Es decir, vosotros y yo somos el resultado de un proceso mundial, de un proceso total, no de un proceso separado, individualista; porque, al fin y al cabo, vosotros sois el resultado del pasado. Estáis condicionados por influencias ambientales, políticas, sociales, económicas, geográficas, climáticas, etc. Sois el resultado de un proceso total; no sois, por lo tanto, distintos del mundo. Vosotros sois el mundo, y lo que vosotros sois, eso es el mundo. Por consiguiente, el problema del mundo es vuestro problema; y si resolvéis vuestro problema, resolvéis el problema del mundo. No hay, pues, separación entre el mundo y el individuo. Tratar de resolver el problema del mundo sin resolver vuestro problema individual, es inútil, absolutamente vano, porque vosotros y yo constituimos el mundo. Sin vosotros y yo, no hay mundo. De suerte que el problema del mundo es vuestro problema: es un hecho obvio. Aunque nos agradaría pensar que somos individualistas en nuestros actos, separados, independientes, apartados, esa estrecha acción individualista de cada ser humano, después de todo, forma parte de un proceso total que llamamos el mundo. Así, pues, para comprender el mundo y producir en él una transformación radical, tenemos que empezar por nosotros mismos, por vosotros y yo, y no por alguna otra persona. La mera transformación del mundo carece de sentido sin la transformación de vosotros, que creáis el mundo. Porque, después de todo, el mundo no está distante de vosotros; donde vosotros vivís está el mundo de vuestra familia, de nuestros amigos, de vuestros vecinos. Y si vosotros y yo podemos transformarnos fundamentalmente, existe una posibilidad de cambiar el mundo; pero no de otra manera. Por

eso es que todos los grandes cambios y reformas en el mundo han empezado por unos pocos, por los individuos, por vosotros y yo. La llamada "acción de masas" es simplemente la acción colectiva de individuos que están convencidos, y la acción de masas tiene significación tan sólo cuando los individuos en la masa están despiertos; pero si ellos están hipnotizados por palabras, por una ideología, entonces la acción de masas tiene que llevar al desastre.

Viendo, pues, que el mundo está en un desorden aterrador, amenazado por las guerras, por el hambre, por la enfermedad del nacionalismo, con ideologías religiosas organizadas y corrompidas en acción; reconociendo todo eso, es obvio que para producir una revolución fundamental, radical, tenemos que empezar por nosotros mismos. Podréis decir: "yo estoy dispuesto a cambiar, pero llevará un número infinito de años si es preciso que cada individuo cambie". ¿Pero es eso un hecho? Bueno, que lleve un gran número de años. Si vosotros y yo estamos realmente convencidos, si realmente vemos la verdad de que la revolución debe empezar por nosotros mismos y no por los demás, ¿llevará mucho tiempo el convencer y transformar al mundo? Porque vosotros sois el mundo; y vuestros actos afectarán al mundo en que vivís, que es el mundo de vuestras relaciones. La dificultad, empero, está en reconocer la importancia de la transformación individual. Exigimos la transformación mundial, la transformación de la sociedad en torno nuestro, pero somos ciegos y no estamos dispuestos a transformarnos nosotros mismos. ¿Qué es la sociedad? Es, por cierto, la relación entre vosotros y yo, produce la interrelación y crea la sociedad. De suerte que, para transformar la sociedad, así se llame ella hindú, comunista, capitalista o lo que os plazca, nuestra interrelación tiene que cambiar; y la interrelación no depende de la legislación, de los gobiernos, de las circunstancias externas, sino enteramente de vosotros y yo. Aunque seamos un producto del medio ambiente externo, es obvio que tenemos el poder de transformarnos, lo cual significa ver cuán importante es la verdad de que sólo podrá haber revolución cuando vosotros y yo nos comprendamos a nosotros mismos, además de comprender la estructura que llamamos sociedad. Esa es, pues, la dificultad a que tenemos que hacer frente en todas estas pláticas. El propósito no es producir una reforma mediante una nueva legislación, porque la legislación siempre requiere más legislación; lo que se trata es de ver la verdad de que vosotros y yo, en cualquier nivel social que vivamos, dondequiera nos encontremos, tenemos que producir una revolución radical y duradera en nosotros mismos. Y, como lo he dicho, la revolución que no es estática, que es duradera, la revolución que es constante de instante en instante, no puede surgir de acuerdo a plan alguno, de izquierda o de derecha. Esa constante revolución que se sustenta a sí misma, puede producirse tan sólo cuando vosotros y yo nos demos cuenta de la importancia de la transformación individual; y voy a discutir con vosotros, voy a disertar y a contestar preguntas desde ese punto de vista durante los cinco domingos siguientes.

Ahora bien, si observáis, encontraréis que en todas las revoluciones históricas hay rebelión de acuerdo a una norma; y cuando la llama de esa rebelión se extingue, hay un retroceso hacia la vieja norma, en un nivel más alto o más bajo. Tal revolución no es en absoluto una revolución; es sólo un cambio, es decir, una continuidad modificada. Una continuidad modificada no alivia el sufrimiento; el cambio no conduce a la cesación del dolor. Lo que sí conduce a la cesación del dolor es que os veáis a vosotros mismos individualmente tal cuales sois, que os deis cuenta de vuestros pensamientos y sentimientos, y que produzcáis una revolución en vuestro pensar y sentir. De suerte que, como lo he dicho, aquellos de vosotros que esperan una norma de acción, me temo que puedan verse defraudados durante estas pláticas. Porque es muy fácil inventar una norma, pero mucho más difícil pensar las cosas a fondo y ver claramente el problema. Si sólo buscamos una respuesta a un problema, sea él económico, social o humano, no comprenderemos el problema porque nos concentraremos en la respuesta no en el problema mismo. Estudiaremos la respuesta, la solución. Si, en cambio, estudiamos la cuestión, el problema en sí, hallaremos que la respuesta, la solución, está en el problema y no alejada del problema. Nuestro problema, pues, es la transformación del individuo, de vosotros y de mí, porque el problema del individuo es el problema del mundo; no son problemas separados. Lo que vosotros sois, eso es el mundo; y ello es obvio.

¿Qué es nuestra sociedad actual? Nuestra sociedad actual, de Occidente o de Oriente, es el resultado de la astucia, del engaño, de la codicia, de la mala voluntad del hombre, etc. Vosotros y yo hemos creado la estructura, y sólo vosotros y yo podemos destruirla y dar origen a una nueva sociedad. Mas para crear la nueva sociedad, la nueva cultura, tenéis que examinar y comprender la estructura que está desintegrándose, que vosotros y yo hemos construido juntos. Y para comprender aquello que habéis construido, tenéis que comprender el proceso psicológico de vuestro ser. Así, pues, sin conocimiento propio no puede haber revolución; y una revolución es esencial, no de tipo sangriento -lo cual es relativamente fácil- sino una revolución mediante el conocimiento propio. Esa es la única revolución duradera y permanente, porque el conocimiento propio es un constante movimiento del pensar y del sentir, en el que no hay refugio; es un constante fluir de la comprensión de lo que sois. De suerte que el estudio de uno mismo es mucho más

importante que estudiar cómo se ha de producir una reforma en el mundo, porque, si os comprendéis a vosotros mismos y con ello os transformáis, habrá naturalmente una revolución. Esperar de una panacea, de una norma de acción, la revolución de la vida externa, podrá traer un cambio temporario; pero cada cambio temporario exige nuevos cambios y más efusión de sangre. Mientras que si estudiamos con sumo cuidado el problema de nosotros mismos, que es tan complejo, causaremos una revolución de mucha mayor grandeza y duración, de un tipo más valioso, que la mera revolución económica o social.

Espero, pues, que veamos la verdad y la importancia de esto: que con el mundo en semejante estado de confusión, de miseria y de hambre, para poner orden en este caos debemos empezar por nosotros mismos. Pero la mayoría de nosotros somos demasiado perezosos o demasiado torpes para empezar a transformarnos. Es tanto más fácil dejar que lo hagan otros, esperar una nueva legislación, especular y comparar. Pero lo que nos incumbe es estudiar el problema del sufrimiento de un modo inteligente y cuerdo, ver las causas que no residen en las circunstancias externas sino en nosotros mismos, y producir una transformación.

Para estudiar cualquier problema hace falta la intención de comprenderlo, la intención de ahondarlo y de descifrarlo, de no eludirlo. Si el problema es suficientemente grande y urgente, la intención también es firme; pero si el problema no es grande, o si no vemos su urgencia, la intención se debilita. Si, en cambio, nos damos cuenta del problema y tenemos la clara y definida intención de, estudiarlo, nada esperaremos de autoridades externas, de un líder, de un "gurú", de un sistema organizado; porque siendo nosotros mismos el problema, ningún sistema, ni fórmula, ni "gurú", ni dirigente, ni gobierno, puede resolverlo. Una vez que la intención es clara, la comprensión de uno mismo se torna comparativamente fácil. Pero el establecer esta intención es la mayor dificultad, porque nadie puede ayudarnos a comprendernos a nosotros mismos. Puede que otros pinten verbalmente el cuadro; pero el experimentar un hecho que está en nosotros, el ver sin juzgar determinado pensamiento, acción o sentimiento, es mucho más importante que el escuchar verbalmente a los demás, o el seguir determinada línea de conducta, etc.

Lo primero, pues, es comprender que el problema del mundo es el problema del individuo; es vuestro problema y el mío, y el proceso del mundo no es separado del proceso individual. Son un fenómeno conjunto, y por lo tanto lo que vosotros hacéis, lo que pensáis, lo que sentís, es mucho más importante que elaborar leyes o pertenecer a determinado partido o agrupación de personas. Esa es la primera verdad que hay que percibir, lo cual es obvio. Es esencial una revolución en el mundo; pero la revolución de acuerdo a determinada norma de acción no es una revolución. Una revolución sólo puede ocurrir cuando vosotros, individuos, os comprendéis a vosotros mismos y creáis por consiguiente un nuevo proceso de acción. Necesitamos, por cierto, una revolución, porque todo se está desbaratando; las estructuras sociales se desintegran, hay guerras y más guerras. Nos encontramos al borde de un precipicio, y es obvio que tiene que haber alguna clase de transformación, por que no podemos seguir como estamos. La izquierda propone un tipo de revolución, y la derecha propone una modificación de la izquierda. Pero tales revoluciones no son revoluciones; ellas no resuelven el problema, porque el ente humano es demasiado complejo para ser comprendido a través de una mera fórmula. Y como es necesaria una revolución constante, ella puede tan sólo empezar por vosotros, por vuestra comprensión de vosotros mismos. Ese es un hecho, ea la verdad, y no podéis eludirlo, sea cual fuere el ángulo desde el cual lo abordéis.

Luego de ver la verdad al respecto, tenéis que establecer la intención de estudiar el proceso total de vosotros mismos; porque lo que vosotros sois, eso es el mundo. Si vuestra mente es burocrática, crearéis un mundo burocrático, un mundo estúpido, un mundo de rutina oficinesca; si sois codiciosos, envidiosos, estrechos, nacionalistas, crearéis un mundo en el que habrá nacionalismo, que destruirá a los seres humanos, una estructura social basada en la codicia, en la división, en la propiedad, etc. De suerte que lo que vosotros sois, eso es el mundo; y sin vuestra transformación no habrá transformación del mundo. Pero, el estudiarse uno mismo exige extraordinario cuidado, una flexibilidad en extremo veloz; y una mente agobiada por el deseo de un resultado jamás podrá seguir el veloz movimiento del pensar. La primera dificultad, entonces, está en ver la verdad de que el individuo es responsable, de que vosotros sois responsables de todo el lío; y cuando veáis vuestra responsabilidad, en establecer la intención de observas y por lo tanto de producir una transformación radical en vosotros mismos.

Ahora bien, si la intención existe podemos ir adelante y empezar a estudiarnos a nosotros mismos. Al estudio de vosotros mismos debéis llegar con la mente despejada, ¿no es así? Pero si ya habéis afirmado que sois "atman", o "paramatman", o lo que sea, si buscáis una satisfacción de esa índole, ya os halláis atrapados en un armazón de pensamiento, y por lo tanto no estudiáis vuestro proceso total. Os miráis a vosotros mismos a través de una pantalla de ideas, lo cual no es estudio, no es observación. Si yo quiero conoceros, ¿qué tengo que hacer? Tengo que estudiaros, ¿no es así? No puedo condenaros porque sois brahmanes o pertenecéis a alguna otra bendita casta. Debo estudiaros, observaros, atisbar vuestros estados de ánimo, vuestro

temperamento, vuestro lenguaje, vuestros vocablos, vuestros modales, etc. Pero si os miro a través de un tamiz de prejuicios, de conclusiones, entonces no os comprendo; sólo estudio mis propias conclusiones, que carecen de significación cuando lo que procuro es entenderos. Análogamente, si deseo comprenderme a mí mismo, tengo que descartar toda la serie de pantallas, las tradiciones y creencias establecidas por otras personas, sin que importe que se trate de Buda, de Sócrates o de quien fuere; porque el "tú", el "yo", es una entidad extraordinariamente compleja, con diferentes máscaras, diferentes facetas, según el momento y la ocasión, las circunstancias, las influencias ambientales, etc. El "yo" no es un ente estático; y el conocerse y comprenderse uno mismo es mucho más importante que estudiar los dichos de los demás o mirarse a sí mismo a través del tamiz de las experiencias ajenas.

Existiendo, pues, la intención de estudiarnos a nosotros mismos, los tamices, los asertos, las experiencias y conocimientos ajenos, carecen evidentemente de valor. Porque, si yo quiero conocerme a mí mismo, tengo que saber qué soy, no qué debería ser. Un "yo" hipotético carece de valor. Si yo deseo saber la verdad respecto de algo, debo mirarlo, no cerrarle la puerta. Si lo que estudio es un automóvil, tengo que estudiarlo por sí mismo, no comparar un Packard con un Rolls Royce. Debo estudiar el coche como Rolls Royce, como Packard, como Ford. El individuo es de suma importancia, porque es él, en su vida de relación, quien crea el mundo. Cuando veamos esa verdad, empezaremos a estudiarnos a nosotros mismos prescindiendo de los asertos de otros, por grandes que sean. Sólo entonces podremos seguir sin condenación ni justificación el proceso íntegro de todo pensamiento y sentimiento que exista en nosotros, con lo que empezaremos a comprenderlos.

Cuando existe, pues, la intención, puedo proceder a investigar aquello que soy. Es obvio que soy el producto del medio ambiente. Ese es el comienzo, tal primer hecho que hay que ver. Para descubrir si soy algo más que el mero producto de las influencias ambientales y climáticas, debo primero estar libre de esas influencias, que existen en torno mío y de las que soy el producto. Soy el resultado de las condiciones, de los absurdos, de las supersticiones, de los innumerables factores, buenos y malos, que forman el medio ambiente en torno mío; y para descubrir si soy algo más, tengo evidentemente que estar libre de esas influencias, ¿verdad? Para comprender algo más, debo primero comprender lo que es. El afirmar simplemente que soy algo más, carece de sentido hasta que esté libre de las influencias ambientales de la sociedad en que vivo. La libertad es el descubrimiento del verdadero valor de las cosas que me rodean, y no el mero hecho de negarlas. La libertad llega ciertamente con el descubrimiento de la verdad acerca de todo lo que me rodea: la verdad acerca de la propiedad, de las cosas, de la convivencia, de las ideas. Sin descubrir la verdad acerca de esas cosas, no puedo encontrar lo que pueda llamarse "verdad abstracta" a Dios. Estando atrapada en las cosas que me rodean, es obvio que la mente no puede ir más lejos, no puede ver ni descubrir lo que está más allá. El hombre que busca comprenderse a sí mismo, tiene que comprender su relación con las cosas, con la propiedad, con las posesiones, con el país, con las ideas con las personas que le rodean de un modo inmediato. Este descubrimiento de la verdad acerca de la vida de relación no consiste en repetir palabras, en arrojar sobre los demás, verbalmente, ideas sobre la convivencia. El descubrimiento de la verdad acerca de la interrelación, viene con la experiencia de la relación con la propiedad, con las personas, con las ideas; y es esa verdad la que resulta libertadora, no el mero esfuerzo de estar libró de la propiedad o de la convivencia. Uno puede descubrir la verdad acerca de la propiedad de la interrelación, de las ideas, tan sólo cuando existe la intención de descubrir la verdad y no sufrir la influencia del prejuicio, de las exigencias de tal o cual sociedad o creencia, de los preconceptos respecto de Dios, la verdad o lo que os plazca; porque el nombre, la palabra, no es la cosa. La palabra "Dios" no es Dios sino tan sólo una palabra; y para ir más allá del nivel verbal de la mente, del conocimiento, hay que experimentar directamente, y para experimentar directamente hay que estar libre de aquellos valores que la mente crea y a los cuales se aferró. Comprender, por lo tanto, este proceso psicológico de uno mismo, es mucho más importante que comprender el proceso de las influencias ambientales externas. Es importante que os comprendáis a vosotros mismos primero, porque al comprenderos causaréis una revolución en vuestras relaciones y con ello crearéis un mundo nuevo.

Se me han entregado varias preguntas, y voy a contestó algunas de ellas.

Pregunta: ¿Cómo podernos resolver nuestro caos político actual y la crisis del mundo? ¿Hay algo que un individuo pueda hacer para atajar la guerra que se avecina?

Krishnamurti: La guerra es la proyección espectacular y sangrienta de nuestra vida diaria, ¿no es así? La guerra es una mera expresión externa de nuestro estado interior, una amplificación de nuestra vida diaria. Es más espectacular, más sangrienta, más destructiva, pero es el resultado colectivo de nuestras actividades individuales. De suerte que vosotros y yo somos responsables de la guerra, ¿y qué podemos hacer para

detenerla? Es obvio qué la guerra que nos amenaza no puede ser detenido por vosotros ni por mí, porque ya está en movimiento; ya está desarrollándose, aunque todavía en el nivel psicológico principalmente. Ya ha comenzado en el mundo de las ideas, si bien puede pasar un tiempo más sin que nuestros cuerpos sean destruidos. Como ya está en movimiento, no puede ser detenida; los puntos en litigio son demasiados, excesivamente graves, y la suerte ya está echada. Pero vosotros y yo, viendo que la casa está ardiendo, podemos comprender las causas de ese incendio, alejarnos de él y edificar en un nuevo lugar con materiales diferentes que no sean combustibles, que no produzcan otras guerras. Eso es todo lo que podemos hacer. Vosotros y yo podemos ver qué es lo que engendra las guerras, y si nos interesa atajarlas, podemos empezar a transformarnos a nosotros mismos, que somos las causas de la guerra.

¿Qué es, pues, lo que causa la guerra, religiosa, política o económica? Es obvio que la creencia, ya sea en el nacionalismo, en una ideología o en un dogma determinado. Si en vez de creencias tuviéramos buena voluntad, amor y consideración entre nosotros, no habría guerras. Pero se nos alimenta con creencias, ideas y dogmas, y por lo tanto engendramos descontento. La presente crisis, por cierto, es de naturaleza excepcional, y nosotros, como seres humanos, o tenemos que seguir el sendero de los conflictos constantes y continuas guerras, o de lo contrario, ver las causas de la guerra y volverles la espalda.

Lo que causa la guerra, evidentemente, es el deseo de poder, de posición, de prestigio, de dinero, como asimismo la enfermedad llamada nacionalismo -el culto de una bandera- y la enfermedad de la religión organizada -el culto de un dogma. Todo eso es causa de guerra; y si vosotros como individuos pertenecéis a cualquiera de las religiones organizadas, si sois codiciosos de poder, si sois envidiosos, forzosamente produciréis una sociedad que acabará en la destrucción. Nuevamente: ello depende de vosotros y no de los conductores, ni de Stalin, ni de Churchill ni de ninguno de los otros. Depende de vosotros y de mí, pero no parecemos darnos cuenta de ello. Si por una vez sintiéramos realmente la responsabilidad de nuestros propios actos, ¡cuán pronto podríamos poner fin a todas estas guerras, a toda esta miseria! Pero, como veis, somos indiferentes. Comemos tres veces al día, tenemos nuestros empleos, nuestra cuenta bancaria, grande o pequeña, y decimos: "por el amor de Dios, no nos moleste, déjenos tranquilos". Cuanto más alta es nuestra posición, más deseamos seguridad, permanencia, tranquilidad, menos injerencia admitimos, y más deseamos mantener las cosas fijas, como están; pero ellas no pueden mantenerse como están, porque no hay nada que mantener. Todo se desintegra. No queremos hacer frente a estas cosas, no queremos encarar el hecho de que vosotros y yo somos responsables de las guerras. Vosotros y yo charlamos de paz, nos reunimos en conferencias, nos sentamos en torno a una mesa y discutimos; pero en nuestro fuero intimo, en lo psicológico, deseamos poder y posición, y nos mueve la codicia. Intrigamos, somos nacionalistas; nos atan las creencias, los dogmas, por los cuales estamos dispuestos a morir y a destruirnos unos a otros. ¿Creéis que semejantes hombres -vosotros y yo- podemos tener paz en el mundo? Para que haya paz, debemos ser pacíficos; vivir en paz significa no crear antagonismos. La paz no es un ideal. Para mí un ideal es simple evasión, un modo de eludir lo que es, una contradicción con lo que es. Un ideal impide la acción directa sobre lo que es; y esto vamos a ahondarlo en otra disertación. Mas para que haya paz tendremos que amar, tendremos que empezar, no a vivir una vida ideal sino a ver las cosas como son y obrar sobre ellas, a transformarlas. Mientras cada uno de nosotros busque seguridad psicológica, la seguridad fisiológica que necesitamos -alimento, vestido y albergue- se ve destruida. Andamos en busca de seguridad psicológica, que no existe; y, si podemos, la buscamos por medio del poder, de la posición, de los títulos, de los nombres, todo lo cual destruye la seguridad física. Esto, cuando se lo considera, resulta un hecho evidente.

Para traer paz al mundo, por lo tanto, para atajar todas las guerras, tiene que haber una revolución en el individuo, en vosotros y en mí. La revolución económica sin esta revolución interior carece de sentido, pues el hombre es el resultado del defectuoso ajuste de las condiciones económicas producidas por nuestros estados psicológicos: codicia, envidia, mala voluntad y espíritu de posesión. Para poner fin al dolor, al hambre, a la guerra, es preciso que haya una revolución psicológica, y pocos de nosotros están dispuestos a enfrentar tal cosa. Discutiremos sobre la paz, proyectaremos leyes, crearemos nuevas ligas, las Naciones Unidas, etc. Pero no ganaremos la paz porque no queremos renunciar a nuestra posición, a nuestra autoridad, a nuestros dineros, a nuestras propiedades, a nuestra estúpida vida. Confiar en los demás es absolutamente vano; los demás no nos traerán la paz. Ningún conductor, ni gobierno, ni ejército, ni patria, va a darnos la paz. Lo que traerá la paz es la transformación interior que conducirá a la acción externa. Transformación interior no es aislamiento; no consiste en retirarse de la acción externa. Por el contrario, sólo puede haber recta acción cuando hay recto pensar; y no hay recto pensar cuando no existe el conocimiento propio. Si no os conocéis a vosotros mismos, no hay paz.

Para poner fin a la guerra externa, debéis empezar por poner fin a la guerra en vosotros mismos. Algunos de vosotros menearán la cabeza y dirán "estoy de acuerdo", y saldrán y harán exactamente lo mismo que han

estado haciendo durante los últimos diez o veinte años. Vuestra conformidad es puramente verbal y carece de significación, pues las miserias y las guerras del mundo no van a ser detenidas por vuestro fortuito asentimiento. Sólo serán detenidas cuando os deis cuenta del peligro, cuando percibáis vuestra responsabilidad, cuando no dejéis eso en manos de otros. Si os dais cuenta del sufrimiento, si veis la urgencia de la acción inmediata y no la aplazáis, entonces os transformaréis; y la paz vendrá tan sólo cuando vosotros mismos seáis pacíficos, cuando vosotros mismos estéis en paz con vuestro prójimo.

Pregunta: La familia es el armazón de nuestro amor y codicia, de nuestro egoísmo y división. ¿Qué lugar ocupa ella en su esquema de las cosas?

Krishnamurti: Señores, yo no tengo ningún esquema de las cosas; ¡Hay que ver de qué manera absurda pensamos en la vida! La vida es algo viviente, algo activo y dinámico, y no podéis ponerla en un marco. Son los intelectuales quienes ponen la vida en -un marco y tienen un esquema para sistematizarla. Yo no tengo, pues, un esquema; pero consideremos los hechos. Está primero el hecho de nuestra relación con otros, ya sea con una esposa, un esposo o un hijo -la relación que llamamos "familia". Examinemos el hecho de lo que ella es, no lo que desearíamos que fuera. Cualquiera puede tener ideas temerarias acerca de la familia; mas si podemos considerar, examinar, comprender lo que es, tal vez seremos capaces de transformarlo. Pero el encubrir simplemente lo que es con una serie de hermosas palabras, llamándole responsabilidad, deber, amor, es algo que carece de sentido. Lo que vamos, pues, a hacer, es examinar lo que llamemos "familia". Porque, señores, para comprender alguna cosa tenemos que examinar lo que es, no encubrirlo con frases de agradable resonancia.

Ahora bien, ¿Qué es lo que llamáis familia? Es, evidentemente, una convivencia de intimidad, de comunión. Pero en vuestra familia, en vuestra relación con vuestra esposa, con vuestro esposo, ¿hay acaso comunión? Eso es, por cierto, lo que entendemos por convivencia, ¿verdad? La convivencia significa comunión sin temor, libertad para comprenderse unos a otros, para comunicarse directamente. Es obvio que la convivencia significa eso: estar en comunión unos con otros. ¿Lo estáis vosotros? ¿Estáis en comunión con vuestra esposa? Quizá lo estéis físicamente, pero eso no es convivencia. Vosotros y vuestra esposa vivís en lados opuestos de un muro de aislamiento, ¿no es así? Tenéis vuestros propios empeños, vuestras ambiciones, y ella tiene los suyos. Vivís detrás del muro, y de vez en cuando os asomáis por encima; y a eso le llamáis convivencia. Se trata de un hecho, ¿verdad? Podéis agrandarlo, suavizarlo, adoptar una nueva serie de palabras para describirlo, pero ese es el hecho real: que vosotros y otra persona vivís en el aislamiento, y a esa vida en el aislamiento le llamáis convivencia.

Ahora bien, si hay verdadera convivencia entre dos personas, lo cual significa que entre ellas hay comunión, lo que tal cosa implica es enorme. Entonces no hay aislamiento; entonces hay amor, no responsabilidad ni deber. Las personas que están aisladas detrás de su muro son las que hablan de deber y responsabilidad. Pero el hombre que ama, no habla de responsabilidad; ama. Por lo tanto comparte con otro ser su alegría, su dolor, su dinero, ¿Son así nuestras familias? ¿Existe comunión directa con vuestra esposa, con vuestros hijos? Es obvio que no, señores. La familia, por consiguiente, es una simple excusa para que continúe vuestro nombre o tradición, para que ella os brinde lo que necesitáis, sexual o psicológicamente. La familia resulta, pues, un medio de auto perpetuación, de que continúe vuestro nombre. Esa es una clase de inmortalidad, un género de permanencia. También se utiliza la familia como medio de satisfacción. Exploto cruelmente a los demás en el mundo de los negocios, en el mundo político o social fuera de mi hogar; y en mi hogar procuro ser bueno y generoso.; ¡Qué absurdo! O si el mundo resulta demasiado para mí, deseo la paz y me voy a casa; sufro en el mundo, y vuelvo al hogar para tratar de hallar consuelo. Me valgo, de la convivencia como medio de satisfacción, lo cual significa que no quiero ser perturbado por mis relaciones.

Eso es, pues, lo que ocurre, señores, ¿no es así? En nuestra familia hay aislamiento, no comunión; y por lo tanto no hay amor. El amor y el sexo son dos cosas diferentes, lo cual discutiremos en otra oportunidad. En nuestro aislamiento podremos desarrollar una forma de altruismo, una devoción, cierta bondad, pero es siempre detrás del muro, porque más nos inquietamos por nosotros mismos que por los demás. Si os interesaseis por los demás, si estuvierais realmente en comunión con vuestra esposa, con vuestro esposo, y por lo mismo fueseis abiertos al prójimo, el mundo no se hallaría en esta miseria. Es por eso que las familias en el aislamiento se vuelven peligrosas para la sociedad.

¿Cómo, pues, acabar con este aislamiento? Para acabar con este aislamiento debemos darnos cuenta de él; no debemos desentendernos de él o decir que no existe. Sí existe, ese es un hecho obvio. Daos cuenta del modo como tratáis a vuestra esposa, a vuestro esposo, a vuestros hijos; daos cuenta de la dureza de la brutalidad, de los asertos tradicionales, de la falsa educación. ¿Pretenderéis decir, señores y señoras, que si

amarais a vuestra esposa o a vuestro esposo tendríamos este conflicto y miseria en el mundo? Es porque no sabéis amar a vuestra esposa, a vuestro esposo, que no sabéis amar a Dios. Queréis a Dios como un medio más de aislamiento, de seguridad. Después de todo, Dios es la seguridad final; pero tal búsqueda no es la búsqueda de Dios sino de un mero refugio, una evasión. Para encontrar a Dios debéis saber amar, no a Dios sino a los seres humanos que os rodean, a los árboles, a las flores, a las aves. Entonces, cuando sepáis amarlos, sabréis realmente que es amar a Dios. Si no amáis a los demás, si no sabéis lo que significa estar en completa comunión unos con otros, no podéis estar en comunión con la verdad. Pero, como veis, no pensamos en el amor, no nos interesa estar en comunión unos con otros. Queremos seguridad, ya sea en la familia, en la propiedad o en las ideas; y donde la mente busque seguridad, jamás podrá conocer el amor. Porque el amor es la cosa más peligrosa. Cuando amamos a alguien, en efecto, somos vulnerables, somos abiertos; y no queremos ser abiertos. No queremos ser vulnerables. Queremos estar encerrados, queremos estar más cómodos dentro de nosotros mismos.

De suerte que una vez más, señores, el producir una transformación en nuestra convivencia no es asunto de legislación, de compulsión según los Shastras, ni de nada de eso. Para producir una transformación radical en la convivencia, tenemos que empezar por nosotros mismos, vigilaos a vosotros mismos, cómo tratáis a vuestra esposa e hijos. Vuestra esposa es una mujer, y con eso está dicho todo: ¡hay que usarla como felpudo! No miréis a las señoras; miraos a vosotros mismos. No creo que os deis cuenta, señores, del estado catastrófico en que el mundo se halla actualmente, pues de otro modo no seríais tan insensibles a todo esto. Nos hallamos al borde de un precipicio: moral, social y espiritual. No veis que la casa se quema, y estáis viviendo en ella. Si supierais que la casa se quema, si supierais que estáis al borde de un precipicio, actuaríais. Pero por desgracia os halláis cómodos, sois tímidos, vuestra vida es holgada, sois insensibles, estéis hastiados y exigís satisfacción inmediata. Dejáis, por lo tanto, que las cosas vayan a la deriva, y así la catástrofe mundial se avecina. No se trata de una simple amenaza sino de un hecho real. En Europa la guerra ya se pone en marcha; guerra, guerra, guerra, desintegración, inseguridad. Después de todo, lo que afecta a los demás os afecta a vosotros. Sois responsables de los demás, y no podéis cerrar vuestros ojos y decir "aquí en Bangalore estoy en seguridad". Eso sería, evidentemente, un pensamiento muy miope y estúpido.

La familia, pues, se convierte en un peligro cuando hay aislamiento entre marido y mujer, entre padres e hijos, porque entonces la familia fomenta el aislamiento general. Más cuando los muros del aislamiento son derribados en la familia entonces estáis en comunión no sólo con vuestra esposa e hijos sino con el prójimo. Y entonces la familia no está encerrada, no es limitada; no es un refugio, una evasión. El problema, pues, no es un problema ajeno sino nuestro propio problema.

Pregunta: ¿Cómo se propone Ud. justificar su pretensión de ser el Instructor del Mundo?

Krishnamurti: En realidad no me interesa justificar tal cosa. El rótulo no es lo que importa, señores. El grado, el título, no tiene importancia; lo que importa es lo que sois. Echad, pues, el título a la Basura; tiradlo al canasto, quemadlo, destruidlo, despojaos de él. Vivimos de palabras, no de la realidad de lo que es. ¿Qué importa lo que yo pueda o no llamarme? Lo que importa es si lo que digo es verdad; y si es verdad, descubrid vosotros mismos la verdad y vividla.

Señores: los títulos, ya sean espirituales o del mundo, son un medio de explotar a la gente. Y nos gusta que nos exploten. Tanto el explotador como el explotado disfrutan la explotación. (*Risas*) ¡Ya veis que reís! Y eso es todo lo que haréis, porque no veis que vosotros mismos sois explotados y por lo tanto creáis el explotador, ya se trate del explotador capitalista o del explotador comunista. Vivimos de títulos, de palabras, de frases, que carecen de sentido; por eso es que interiormente somos vacíos, y por eso es que sufrimos. Examinad de veras, señores, lo que se dice o lo que yo digo, y no viváis simplemente en el nivel verbal, pues en ese nivel no puede haber experiencia alguna. Podréis leer todos los libros del mundo, todos los libros sagrados y los libros psicológicos, pero el vivir en ese solo nivel no os satisfará; y me temo que sea eso lo que ocurre. En nosotros mismos somos vacíos, y es por eso que estamos de acuerdo con las ideas de otros, con las experiencias, estados de ánimo y lemas ajenos, y por tal causa nos estancamos; y eso es lo que sucede a través del mundo. Todo lo esperamos de la autoridad, del "gurú", del instructor, y todo eso está en el nivel verbal. Para experimentar vosotros mismos la verdad, para comprender y no para seguir la comprensión de alguna otra persona, debéis abandonar el nivel verbal. Para comprender la verdad por vosotros mismos, tenéis que estar libres de toda autoridad, del culto de otro ser, por grande que sea; pues la autoridad es el más pernicioso veneno que impide la experiencia directa. Sin experiencia directa, sin comprensión, no puede haber realización de la verdad.

De suerte que yo no presento nuevas ideas, porque las ideas no transforman radicalmente al género humano. Podrán traer revoluciones superficiales pero lo que nosotros tratamos de hacer es algo del todo diferente. En todas estas pláticas y discusiones, si os interesa asistir a ellas, procuramos comprender lo que es el mirar las cosas tal cuales son; y en el hecho de comprender las cosas tal cuales son, hay una transformación. Saber que soy codicioso y no encontrarle a ello excusas ni condenarlo; saberlo sin idealizar su opuesto, diciendo "no debo ser codicioso"; saber simplemente que soy codicioso, es ya comienzo de la transformación. Observad, empero, que no deseáis saber lo que vosotros sois, sino lo que es el "gurú", el instructor. Adoráis a otros porque ello os brinda satisfacción. Es mucho más fácil evadirse estudiando a alguna otra persona, que miraros a vosotros mismos tal cuales sois. Señores, Dios o la verdad está dentro de uno mismo, no en las ilusiones. Pero el comprender aquello que es resulta muy difícil; porque aquello que es no es estático, cambia y sufre modificaciones constantemente. Para comprender lo que es, necesitáis una mente veloz, una mente que no esté anclada a una creencia, a una conclusión o a un partido. Y para seguir lo que es, tenéis que comprender el proceso de la autoridad, por qué os aferráis a la autoridad; no basta descartar la autoridad. No podéis descartar la autoridad sin comprender todo su proceso, porque entonces crearéis una nueva autoridad para que os liberte de la antigua. Esta cuestión, pues, carece de sentido si no consideráis más que el rótulo, porque a mí no me interesan los rótulos. Pero si tenéis interés en ello, podemos emprender un viaje juntos para descubrir lo que es; y al conocernos a nosotros mismos podremos crear un mundo nuevo un mundo feliz.

Julio 11 de 1948

III

Como sólo estamos unos pocos, ¿podría sugerir que en vez de hacer una disertación preliminar antes de contestar preguntas, como la última vez, hagamos de ésta una reunión de discusión? Tal vez valga ello más la pena que el que yo pronuncie una alocución formal, etc. ¿Queréis, pues, acercaros un poco?

¿Qué tema discutiremos, que valga la pena y sea provechoso? ¿Qué indicaríais vosotros, señores, como tema para ser discutido?

Comentario del auditorio: ¿Por qué anda Ud. en giras?

Krishnamurti: ¿Deseáis realmente discutir por qué yo ando en giras?

Comentario del auditorio: ¿Podríamos discutir el objeto de la vida?

Krishnamurti: ¿Interesa a todos discutir qué objeto tiene la vida; la reencarnación y el karma?

Comentario del auditorio: Sí.

Krishnamurti: Discutamos entonces cuál es el objeto de la vida, y tal vez después abordaremos otros temas.

En primer término, al discutir cualquier tema de esta clase tenemos evidentemente que ser serios y no académicos, eruditos ni superficiales, porque eso a nada nos conducirá. Tenemos, pues, que tratar esto muy en serio, lo cual significa que no podemos simplemente aceptar o rechazar, y que debemos investigar para descubrir la verdad acerca de cualquier tema. Hay que estar atento y no ser académico. Uno tiene que abrirse a la insinuación, y por lo tanto debe tener el deseo de investigar y no simplemente de aceptar la autoridad, ya sea de una tribuna o de un libro, del pasado muerto o del presente. Al discutir, pues, cuál es el objeto de la vida, debemos averiguar qué entendemos por "vida" y qué entendemos por "objeto"; y no se trata de la acepción según el diccionario sino del significado que damos a esas palabras. La vida implica, por cierto, diaria acción, diario pensamiento y sentimiento, ¿no es así? Ella incluye las luchas, los dolores, las ansiedades, los engaños, las zozobras, la rutina oficinesca, la rutina de los negocios, de la burocracia, etc. Todo eso es la vida, ¿verdad? Por vida entendemos no sólo una acción o capa de la conciencia, sino el proceso total de la existencia que es nuestra relación con las cosas, las personas, las ideas. Eso es lo que entendemos por vida, no una cosa abstracta.

Si eso es, pues, lo que entendemos por vida, ¿tiene entonces la vida un objeto? ¿O es porque no comprendemos las modalidades de la vida -el dolor, la ansiedad, el temor, la ambición, la codicia de cada día- porque no comprendemos las diarias actividades de la existencia, que necesitamos un objeto, remoto o

cercano, alejado o inmediato? Necesitamos un propósito para poder guiar nuestra vida diaria un fin. Eso es, evidentemente, lo que entendemos por "objeto". Pero si yo comprendo cómo he de vivir, el vivir es en sí mismo suficiente, ¿verdad? ¿Necesitamos entonces un objeto? Si yo os amo, si amo a otra persona, ¿no es eso suficiente en sí mismo? ¿Necesito entonces un objeto? No hay duda de que sólo necesitamos un propósito cuando no comprendemos, o cuando queremos una norma de conducta con un fin en vista. Después de todo, la mayoría de nosotros buscamos una norma de vida, una línea de conducta; y la esperamos de otras personas, del pasado, o procuramos hallar en nuestra propia experiencia una forma de comportamiento. Cuando esperamos de nuestra propia experiencia una norma de conducta, nuestra experiencia es siempre condicionada, ¿no es así? Por amplias que sean las experiencias que uno haya tenido, si éstas no disuelven el pasado "condicionamiento", cualesquiera nuevas experiencias sólo podrán dar mayor vigor a dicho condicionamiento. Ese es un hecho que podemos discutir. Y si esperamos de otra persona, del pasado, de un "gurú", de un ideal, de un ejemplo, un dechado de conducta, no hacemos más que encajar la extraordinaria intensidad de la vida en un molde, en una horma determinada, con lo cual perdemos la prontitud, la intensidad, la riqueza de la vida.

Debemos, pues, averiguar de un modo muy claro qué entendemos por objeto, si es que hay tal propósito. Podréis decir que existe un propósito: alcanzar la realidad, Dios, o lo que os plazca. Mas para llegar a eso tenéis que conocerlo, tenéis que percibirlo, debéis, tener su medida, su hondura, su significación. ¿Conocemos la realidad por nosotros mismos, o la conocemos tan sólo por la autoridad de otra persona? ¿Podéis, pues, decir que el objeto de la vida es encontrar la realidad cuando no sabéis qué es la realidad? Puesto que la realidad es lo desconocido, la mente que busca lo desconocido tiene primero que estar libre de lo conocido, ¿no es así? Si mi mente está obscurecida, agobiada por lo conocido, sólo puede medir de acuerdo a su propia condición, a su propia limitación, y por lo tanto jamás podrá conocer lo desconocido, ¿verdad?

De suerte que lo que estamos procurando discutir y averiguar es si la vida tiene un objeto, y si ese objeto puede ser medido. Sólo puede ser medido en términos de lo conocido, en términos del pasado; y cuando yo mido el objeto de la vida en términos de lo conocido, lo mediré según mis simpatías y antipatías. El objeto de la vida, por consiguiente, estará condicionado por mis deseos, y por tal causa dejará de ser dicho objeto. Eso, ciertamente, es claro, ¿verdad? Sólo puedo comprender cuál es el objeto de la vida a través del tamiz de mis prejuicios, necesidades y deseos; de otro modo no puedo juzgar, ¿no es así? Así pues, la medida, la cinta, el metro, es un condicionamiento de mi mente, y conforme a los dictados de mi "condicionamiento" decidiré cuál es el objeto. ¿Pero es ese el objeto de la vida? El ha sido creado por mi necesidad, y por lo tanto no es ciertamente el objeto de la vida. Para descubrir el propósito de la vida, la mente tiene que estar libre de medición; sólo entonces puede descubrir, pues de otro modo no hacéis sino proyectar vuestra propia exigencia. Esto no es mera intelección, y si lo ahondáis profundamente veréis su significado. Al fin y al cabo, es de acuerdo a mi prejuicio, a mi necesidad, a mi deseo a mi predilección, que decido cuál ha de ser el objeto de la vida. Mi deseo, pues, crea ese objeto. Eso, por cierto, no es el objeto de la vida. ¿Qué es más importante descubrir el objeto de la vida o libertar la mente de su propio "condicionamiento", y entonces inquirir? Y quizá cuando la mente esté libre de su propio condicionamiento, esa misma libertad será el objeto. Porque, después de todo, es tan sólo en la libertad que puede descubrirse cualquier verdad.

El primer requisito es, pues, la libertad, y no buscar el objeto de la vida. Es obvio que sin libertad no se le puede encontrar. Si no estamos liberados de nuestras pequeñas y mezquinas necesidades, de nuestros empeños, ambiciones, envidia y mala voluntad, si no nos vemos libres de esas cosas, ¿Cómo es posible indagar o descubrir cuál es el objeto de la vida? ¿No es, puede importante, que quien investigue el objeto de la vida, averigüe primero si el instrumento de investigación es capaz de penetrar en los procesos de la vida, en las complejidades psicológicas del propio ser? Porque eso es todo lo que tenemos: un instrumento psicológico adaptado a la satisfacción de nuestras propias necesidades. ¿No es así? Y como el instrumento está hecho de nuestros propios mezquinos deseos, como es el resultado de nuestras propias experiencias, inquietudes, ansiedades y mala voluntad, ¿cómo puede semejante instrumento encontrar la realidad? ¿No es importante, por consiguiente, si habéis de investigar el objeto de la vida, que averigüéis primero si el investigador es capaz de comprender o descubrir cuál es ese objeto? Yo no estoy invirtiendo los papeles, pero eso es lo que está implícito cuando inquirimos acerca del objeto de la vida. Cuando hacemos esa pregunta, primero tenemos que averiguar si el que la hace, el inquiridor, es capaz de comprensión.

Ahora bien, cuando tratamos del objeto de la vida, vemos que por vida entendemos el estado extraordinariamente complejo de interrelación sin el cual no habría vida. Y si no comprendemos el pleno significado de esa vida, sus variedades, impresiones, etc., ¿de qué sirve inquirir acerca del objeto de la vida? Si yo no comprendo mi relación con vosotros, mi relación con los bienes y las ideas, ¿cómo puedo proseguir? Después de todo, señor, para encontrar la verdad, o Dios, o lo que os plazca, tengo primero que comprender

mi existencia, la vida que hay en mí y en torno mío, pues de otro modo la búsqueda de la realidad se convierte en mero escape de la acción de cada día; y como la mayoría de nosotros no comprendemos la acción cotidiana, como la vida es para nosotros una penosa faena, dolor, sufrimiento, ansiedades, decimos "por el amor de Dios, díganos como huir de eso". Eso es lo que la mayoría de nosotros deseamos: un narcótico que nos haga dormir para que no sintamos los dolores y las penas de la vida. ¿He contestado vuestra pregunta sobre el objeto de la vida?

Comentario del auditorio: ¿Puede uno decir que el objeto de la vida es vivir rectamente?

Krishnamurti: Se sugiere que el objeto de la vida es vivir rectamente. Señores, yo no deseo hacer uso de argucias, ¿pero qué entendemos por "vida recta"? Tenemos la idea de que vivir de acuerdo a una norma establecida por Shankaracharya, Buda, X, Y o Z, es vivir rectamente. ¿Vivir rectamente es eso? Eso, por cierto, es sólo una conformidad que la mente busca a fin de estar en seguridad, de no ser perturbada.

Comentario del auditorio: Hay un adagio chino según el cual el objeto de la vida es el placer y la alegría de vivir. No es un gozo abstracto sino la alegría del vivir: los placeres del sueño, de la bebida, el júbilo de encontrarse con la gente y conversar, de ir, de venir, de trabajar. El gozo de vivir, de los sucesos de cada día, es el objeto de la vida.

Krishnamurti: No hay duda, señores, de que un júbilo existe. Hay verdadera felicidad en comprender algo, ¿no es así? Si yo comprendo mi relación con mi vecino, con mi esposa, con los bienes por los cuales combatimos, reñimos y nos destruimos unos a otros, si esas cosas las entiendo, de esa comprensión derívase una alegría; entonces la vida en sí es júbilo, riqueza, y con esa riqueza es posible seguir más lejos y más hondo. Pero sin esa base no podéis erigir una gran estructura, ¿verdad? La felicidad, después de todo, sólo llega de un modo natural y fácil cuando no hay rozamientos en nosotros ni en torno nuestro; y los rozamientos cesan tan sólo cuando hay comprensión de las cosas en su verdadera proporción, en sus verdaderos valores. Para descubrir lo que es justo, primero hay que conocer el proceso, el funcionamiento de la propia mente. No siendo así, si no conocéis vuestra propia mente, ¿cómo podéis descubrir el justo valor de cosa alguna?

Estamos, pues, confusos; nuestra interrelación, nuestras ideas, nuestros gobiernos, están realmente confusos. Hay que ser tonto para no ver la confusión. El mundo es un espantoso revoltijo, y el mundo es la proyección de nosotros mismos. Lo que nosotros somos, eso es el mundo. Estamos confusos, terriblemente enredados en ideas, y no sabemos qué es verdadero ni qué es falso; y estando confusos, decimos: "Por favor, ¿cuál es el objeto de la vida? ¿Qué necesidad hay de toda esta confusión, esta miseria?"

Es claro que algunos os darán una explicación verbal de lo que es el objeto de la vida; y si ella os agrada, la aceptáis y moldeáis vuestra vida en consecuencia. Pero eso no resuelve el problema de la confusión, ¿verdad? Sólo lo habéis aplazado, no habéis comprendido lo que es. La comprensión de lo que es -la confusión dentro de mí y por lo tanto en torno mío- es por cierto más importante que inquirir cómo comportarse correctamente. Si yo comprendo lo que ha causado esta contusión, y por lo tanto cómo ponerle fin, si comprendo estas cosas, surge de un modo natural una conducta verdadera, afectuosa. Estando, pues, confuso, mi problema no es el de descubrir cuál es el fin u objeto de la vida, ni cómo salir de la confusión, sino más bien el de comprender la confusión; porque si puedo comprenderla, puedo disolverla. El poner fin a la confusión requiere que se comprenda lo que es en cualquier momento dado, y eso exige enorme atención, interés en descubrir lo que es y no simplemente disipar nuestras energías en el desarrollo de nuestra vida, de nuestros propios métodos, de nuestros actos, de acuerdo a una norma determinada, todo lo cual es mucho más fácil porque no consiste en atacar nuestros problemas sino más bien en eludirlos.

Como vosotros, pues, estáis confusos, todo hombre que se convierte en líder, político o religioso, expresa simplemente vuestra propia confusión; y como seguís al líder, él resulta ser la voz de la confusión. Podrá haceros alejar de determinada confusión, pero no os ayudará a resolver la causa de la confusión, y por lo tanto seguiréis confusos; porque vosotros creáis la confusión, y ésta se halla donde vosotros estáis. De suerte que no se trata de cómo salir de la confusión sino de cómo comprenderla; y, comprendiéndola, tal vez hallaréis el significado de todas estas luchas, estos dolores, estas ansiedades, esta constante batalla dentro y fuera de nosotros.

¿No es, pues, importante averiguar por qué estamos confusos? ¿Puede alguien, salvo unos pocos, decir que no está confuso en lo político, en lo religioso, en lo económico? Señores, os basta mirar en torno vuestro. Todo periódico es un reflejo estentóreo de la confusión, las incertidumbres, los dolores, las ansiedades, las guerras que nos amenazan; y la persona cuerda, reflexiva, que procura en serio hallar salida de esta confusión,

tiene primero que encararse consigo misma. Nuestro problema, pues, es entonces éste: ¿qué es lo que causa confusión? ¿Por qué estamos confusos? Uno de los factores obvios es que hemos perdido la confianza en nosotros mismos, y por eso es que tenemos tantos dirigentes, tantos "gurús", tantos libros sagrados que nos dicen lo que hay y lo que no hay que hacer. Hemos perdido la confianza en nosotros mismos. ¿Y qué entendéis por confianza en uno mismo? Es obvio que hay gente, los técnicos, que están llenos de confianza porque han logrado resultados. Entregad, por ejemplo, cualquier máquina a un mecánico de primera clase, y él la entenderá. Cuanta más técnica tengamos, más capaces seremos de habérnoslas con las cosas técnicas; pero eso, por cierto, no es confianza en uno mismo. No estamos usando la palabra "confianza" tal como se aplica a los asuntos técnicos. Cuando un profesor trata su materia, está lleno de confianza (por lo menos cuando no hay en el auditorio otros profesores); o un burócrata, un alto funcionario, se siente confiado porque ha alcanzado la cúspide de la escala en la técnica de la burocracia, y siempre puede ejercer su autoridad. Aunque esté equivocado, está lleno de confianza como un mecánico cuando le dais un motor que conoce perfectamente. Pero nosotros, por cierto, no nos referimos a esa clase de confianza -¿verdad?- porque no somos máquinas técnicas. No somos meras máquinas que hacen sonido de tictac según cierto ritmo, que giran a cierta velocidad marcando cierto número de revoluciones por minuto. Somos vida, no máquinas. Nos gustaría convertirnos en máquinas, porque entonces podríamos entendernos con nosotros mismos de un modo mecánico, reiterativo y automático; y eso es lo que queremos la mayoría de nosotros. Erigimos, por lo tanto, muros de resistencia, y nos fabricamos disciplinas, controles, carriles por los cuales nos deslizamos. Pero aún habiéndonos condicionado y colocado de tal suerte, habiéndonos vuelto tan automáticos y mecánicos, hay todavía una vitalidad que persigue diferentes cosas y engendra contradicciones. Nuestra dificultad, señores, es que somos flexibles, que estamos vivos, no muertos; y como la vida es tan veloz, tan sutil, tan incierta, no sabemos comprenderla y por eso hemos perdido confianza. La mayoría de nosotros posee educación técnica porque tenemos que ganarnos la vida; y la civilización moderna exige una técnica de más en más elevada. Pero con esa mente técnica, con esa capacidad técnica, no podéis seguiros a vosotros mismos porque sois demasiado veloces, más flexibles y complicados que la máquina; y así aprendéis a tener cada vez más confianza en la maquina y estáis perdiendo confianza en vosotros mismos, por lo cual los dirigentes se multiplican. Como lo he dicho, pues, una de las causas de confusión es esta falta de confianza en nosotros mismos. Cuanto más imitativos somos, menos confianza nos tenemos; y hemos hecho de la vida un cuaderno de deberes. Desde la primera infancia se nos dice lo que hay que hacer; tenemos que hacer esto, no tenemos que hacer aquello. ¿Qué esperáis, pues? ¿Y no debéis tener confianza a fin de descubrir? ¿No debéis acaso tener esa extraordinaria certeza interior, para saber qué es la verdad cuando os encontréis con ella?

De suerte que, habiendo hecho de la vida un proceso técnico, adaptándonos a determinada norma de acción -lo cual es mera técnica resulta natural que hayamos perdido la confianza en nosotros mismos, aumentando por consiguiente nuestra lucha íntima, nuestro íntimo dolor y confusión. Sólo por medio de la confianza en uno mismo puede disolverse la confusión, y esa confianza no puede ganarse por conducto de otra persona. Para vosotros mismos y por vosotros mismos tenéis que emprender el viaje del descubrimiento, y penetrar en el proceso de vosotros mismos a fin de comprenderlo. Esto no significa que os retiréis, que os mantengáis apartados. Por el contrario, señores; la confianza viene en el momento en que comprendéis, no lo que otros dicen, sino vuestros propios pensamientos y sentimientos, lo que ocurre en vosotros y en torno vuestro. Sin esa confianza que proviene de conocer vuestros propios pensamientos, sentimientos y experiencias -su verdad, su falsedad, su significación, lo absurdo de ellos- sin conocer eso, ¿cómo podéis despejar todo el campo de la contusión que sois vosotros mismos?

Comentario del auditorio: La confusión puede ser disipada siendo uno perceptivo.

Krishnamurti: Ud. dice, señor, que siendo uno perceptivo, siendo consciente de la confusión, esa confusión puede ser disipada. ¿Es así?

Comentado del auditorio: Sí, señor.

Krishnamurti: Por el momento no estamos discutiendo como disipar la confusión. Habiendo perdido la confianza en nosotros mismos, nuestro problema es el de recuperarla; si es que alguna vez la tuvimos. Porque es obvio que sin ese elemento de confianza seremos desviados por toda persona con quien nos encontremos; y eso, exactamente, es lo que sucede. ¿Cuál es la recta intención política, y habréis de conocerla? ¿No deberíais conocerlas? ¿No deberíais saber qué hay en ella de verdadera? Análogamente, ¿no es preciso que sepáis lo que hay de verdadero en toda la charlatanería de la religión? ¿Cómo habréis de descubrir lo que es verdadero

entre todos los innumerables asertos del cristianismo, del hinduismo, del mahometismo, etc.? En esta espantosa confusión, ¿cómo habréis de descubrir? Para descubrir, es obvio que tenéis que estar en un gran aprieto, tenéis que estar ardiendo por saber lo que sois en vosotros mismos. ¿Os halléis en tal situación? ¿Estás ardiendo por descubrir la verdad sobre alguna cosa, ya sea sobre el comunismo, el fascismo o el capitalismo? Para descubrir lo que hay de verdadero en las diversas acciones políticas en los asertos y experiencias religiosas que tan fácilmente aceptáis; para descubrir la verdad acerca de todas esas cosas, ¿no es preciso que ardáis de deseo de conocer la verdad? Jamás aceptéis, por lo tanto, autoridad alguna. Después de todo, señor, la aceptación de la autoridad indica que la mente desea comodidad, seguridad. Una mente que busca seguridad, ya sea en un "gurú" o en un partido, político o de otra especie, una mente que busca protección, comodidad, jamás podrá encontrar la verdad, ni siquiera en las más pequeñas cosas de la existencia Así, pues, un hombre que desea esa creativa confianza en sí mismo, tiene evidentemente que arder de deseo de conocer la verdad acerca de todo, no acerca de los imperios o de la bomba atómica, que es un mero asunto técnico, sino en cuanto a nuestras relaciones humanas, a nuestro relación con los demás, y a nuestras relaciones con los bienes y las ideas. Si deseo saber la verdad empiezo a inquirir; y antes de que pueda conocer la verdad sobre cosa alguna debo tener confianza. Para tener confianza, debo inquirir en mí mismo, suprimir las causas que impiden a cada experiencia brindar su plena significación.

Comentario del auditorio: Nuestra mente es limitada. ¿Cómo puede salirse de este atolladero?

Krishnamurti: Ahora esperad un instante. Antes de que investiguemos cómo libertar a la mente, de su propio "condicionamiento"; que crea confusión, procuremos averiguar cómo descubrir la verdad sobre alguna cosa, no sobre las cosas técnicas, sino la verdad acerca de nosotros mismos en relación con algo, hasta en relación con la bomba atómica. ¿Entiende Ud. el problema, señor? No confiamos en nosotros mismos; en nosotros no hay confianza, esa cosa creadora que brinda sustento, vida, vitalidad, comprensión. La hemos perdido, o nunca la hemos tenido; y como no sabemos juzgar cosa alguna, hemos sido llevados aquí y empujados allá, sorprendidos, arreados en el terreno político, religioso y social. No sabemos, pero es difícil decir que no sabemos. La mayoría de nosotros cree que sí sabe, pero en realidad muy poco sabemos excepto de asuntos técnicos: dirigir un gobierno, manejar una máquina, o golpear al sirviente, a la esposa o a los hijos, o lo que sea. Pero no nos conocemos a nosotros mismos, hemos perdido esa capacidad. He empleado la palabra "perdido", pero esa es probablemente una palabra equivocada, porque nunca la tuvimos. No conociéndonos a nosotros mismos, y queriendo sin embargo descubrir qué es la verdad, ¿cómo vamos a encontrarla? ¿Entiende Ud. la pregunta, señor? Me temo que no.

Alguien quería que hablemos de la reencarnación. Ahora bien, yo quiero conocer la verdad sobre la reencarnación, no lo que el Bhagavad Gita, Cristo o mi "gurú" favorito haya dicho. Quiero conocer la verdad acerca de esa cuestión. ¿Qué habré de hacer, por lo tanto, para saber la verdad al respecto? ¿Cuál es el primer requisito? No estar ansioso por aceptarla, ¿no es así? No debo dejarme persuadir por los hábiles argumentos o la personalidad de nadie, lo cual significa que no me satisface fácilmente el tranquilizador alivio que brinda la reencarnación. ¿No debo estar en esa posición? Es decir, yo no busco alivio; procuro descubrir lo que es verdadero. ¿Estáis vosotros en esa posición? Cuando buscáis confortación, por cierto, cualquiera puede persuadiros, y por lo tanto perdéis la confianza en vosotros mismos; mas cuando no buscáis confortación sino que deseáis conocer la verdad, cuando estáis completamente libres del deseo de refugiaros, entonces experimentaréis la verdad, y esa experiencia os dará confianza. Ese es, pues, el primer requisito, ¿no es cierto? Para conocer psicológicamente la verdad sobre algo, no podéis buscar confortación; porque, en el momento en que deseáis comodidad, seguridad, un abrigo en el que estáis protegidos, tendréis lo que deseáis, pero lo que tendréis no será la verdad. Os persuadirá por lo tanto otra persona que ofrezca mayor confortación, mayor seguridad; un refugio mejor; y así se os conduce de puerto en puerto, y por eso es que habéis perdido confianza. No tenéis confianza porque habéis sido llevados de un refugio a otro por vuestro propio deseo de estar cómodos, en seguridad. De suerte que un hombre que quiera buscar la verdad en la interrelación, tiene que estar libre del deseo de estar cómodo y en seguridad, deseo que destruye y limita. Es preciso que desaparezca ese temor que uno tiene de perderse psicológicamente. Sólo entonces podéis hallar la verdad sobre la reencarnación o sobre cualquiera otra cosa, porque entonces buscáis la verdad, no la seguridad. Y la verdad os revelará lo que es justo, y por lo tanto tendréis confianza. ¿No es más importante, señor, descubrir la verdad que creer que hay o que no hay continuidad? Así está la cuestión, ¿no es así? Si yo quiero conocer la verdad, me encuentro en situación de no ser fácilmente persuadido.

Comentario del auditorio: Cuando hicimos la pregunta acerca de la reencarnación, queríamos que se nos reafirmase que la reencarnación existe; no deseábamos conocer la verdad ni nada de eso.

Krishnamurti: Por supuesto que queráis saber si existe la reencarnación, si la reencarnación es un hecho, pero no deseáis saber la verdad al respecto: y yo quiero conocer la verdad sobre la reencarnación, no el hecho. Podrá o no ser un hecho. No sé si la distinción es clara.

Comentario del auditorio: No es clara.

Krishnamurti: Está bien, señor: Discutamos eso. Cuando formulamos la pregunta sobre la reencarnación, es para que se nos asegure que hay reencarnación. En otros términos: formulamos la pregunta en un estado de ansiedad de anhelo de que la reencarnación exista, y estando ansiosos, escuchamos con mente predispuesta. No deseamos hallar la real verdad al respecto; sólo deseamos que se nos asegure que tal cosa -la reencarnación- asiste. ¿Queréis saber si hay tal cosa -la reencarnación- o queréis conocer la verdad? ¿Estáis ansiosos de que haya reencarnación, o buscáis descubrir la verdad, sea ella lo que fuere?

Comentario del auditorio: Ambas cosas.

Krishnamurti: No podéis hacer ambas cosas. O queréis saber la verdad acerca de la reencarnación o deseáis que se os asegure que hay reencarnación. ¿De cuál de esas cosas se trata? Seamos muy claros sobre este punto. Si estoy ansioso por saber si hay o no hay reencarnación, ¿a qué móvil obedece esa pregunta?

Comentario del auditorio: El móvil es bien claro, me parece.

Krishnamurti: ¿Cuál es, señor?

Comentario del auditorio: El móvil es que la vida comienza en cierta etapa y termina en cierta etapa.

Krishnamurti: ¿Lo cual qué significa?

Comentario del auditorio: Significa que el objeto se comprende, y la meta se alcanza o no se alcanza.

Krishnamurti: ¿Está Ud. ansioso cuando dice que la vida es limitada?

Comentario del auditorio: Yo no dije que la vida es limitada.

Krishnamurti: Dijo Ud. que empieza en cierto punto y termina en cierto punto.

Comentario del auditorio: Con eso quiero dar a entender el nacimiento y la muerte.

Krishnamurti: La vida que transcurre entre el nacimiento y la muerte. Es limitada.

Comentario del auditorio: Sí.

Krishnamurti: Cuando Ud. pregunta si hay reencarnación, ¿se halla Ud. en un estado de espíritu en que se la desea?

Comentario del auditorio: Me encuentro en estado de investigación.

Krishnamurti: ¿Es Ud. creyente?

Comentario del auditorio: Investigador, buscador.

Krishnamurti: Si yo busco, ¿cuál es el estado de mi mente? ¿Qué es lo que me induce a buscar?

Comentario del auditorio: No entiendo, señor

Krishnamurti: ¿Qué es lo que me induce a buscar?

Comentario del Auditorio: Deseamos saber la verdad.

Krishnamurti: No estáis ansiosos, por lo tanto.

Comentario del auditorio: No existe móvil alguno; sólo hay ansiedad.

Krishnamurti: ¿De modo que Ud. dice que está ansioso?

Comentario del auditorio: Todo el mundo lo está.

Krishnamurti: Por lo tanto Ud. no busca la verdad. No está pasivo.

Comentario del auditorio: Busco por ansia de conocer la verdad.

Krishnamurti: ¿Es así, señor? ¿Con respecto a qué está Ud. ansioso?

Comentario del auditorio: No estoy ansioso con respecto a nada. Yo encaro esto desde un punto de vista académico tan sólo.

Krishnamurti: O discutimos de un modo puramente académico, superficial, o lo hacemos con toda seriedad.

Comentario del auditorio: Ciertamente.

Krishnamurti: Yo no digo que sois superficiales; pero, por cierto, tenemos que saber si sólo discutimos por curiosidad. Si es así, ello nos llevará en una dirección, y si discutimos para descubrir la verdad, entonces nos llevará en otra dirección. ¿En cuál? Como lo he dicho esta tarde desde el comienzo, si sólo discutimos como en un club de entretenimiento intelectual, me temo que no tomaré parte, porque esa no es mi intención: pero si buscamos para encontrar la verdad acerca de algo, es decir, de nuestra interrelación entonces discutamos.

Ahora bien, si hago preguntas sobre reencarnación porque estoy ansioso, esa ansiedad se produce sin duda porque temo a la muerte, temo llegar al fin no alcanzar mi realización, no ver a mis amigos, no terminar mi libro, y todo lo demás. Es decir, mi investigación se basa en el temor; y a causa de ello el temor dictará la respuesta, el temor determinará lo que ha de ser la verdad. Pero si no tengo miedo y busco la verdad de lo que es, entonces la reencarnación tiene diferente sentido. De suerte que interiormente, psicológicamente, tenemos que ser muy claros respecto de qué es lo que buscamos. ¿Buscamos la verdad acerca de la reencarnación, o buscamos la reencarnación por el ansia que sentimos?

Comentario del auditorio: No creo que haya mucha diferencia entre ambas cosas. Yo estoy buscando.

Comentario del auditorio: Creo que él usó la palabra “ansiedad” en el sentido de “seriedad”.

Krishnamurti: Es obvio que si buscáis por ansiedad, tenéis un prejuicio en favor de cierta respuesta que os aliviará de esa ansiedad: y por lo tanto no podéis encontrar la verdad. Puedo deciros honestamente que no estoy en favor de esto ni de aquello. Quiero conocer la verdad. La cuestión se me ocurrió cuando debatíamos el tema.

Comentario del auditorio: ¿Por qué se le ocurrió?

Krishnamurti: No puedo explicar. A vosotros os toca explicarlo.

Por lo general la gente hace preguntas sobre la reencarnación a fin de que se le asegure que existe tal cosa.

Comentario del auditorio: No todos.

Es muy raro que alguien pregunte sobre reencarnación nada más que para saber la verdad.

Comentario del auditorio: Podéis comprender, naturalmente, que el tema me interesa muchísimo.

Krishnamurti: Muy bien. Por el momento no voy a contestar su pregunta. Estamos discutiendo en general. ¿Nuestro enfoque es fruto de la ansiedad, del temor, o es que, sin tener miedo, deseamos saber? Porque los resultados de nuestra investigación serán diferentes en uno y otro caso. Como lo ha señalado uno de vosotros, o bien estoy ansioso por saber, y por lo tanto mi ansiedad habrá de matizar lo que es, o quiero saber y no temo, quiero conocer la verdad acerca de la continuidad, independientemente de mis gustos y aversiones, temores y ansiedades. Quiero conocer lo que es. Ahora bien, la mayoría de nosotros somos una mezcla de ambas cosas, ¿no es así? Cuando mi hijo muere siento ansiedad, me consume la pena, la soledad, y quiero saber. Entonces mis indagaciones se basan en la ansiedad. Pero el sentarse a discutir en este salón y decir de un modo casual, "bueno, me agradaría saber", no habiendo crisis alguna -¿es de una mente capaz de conocer? No hay duda de que sólo podéis hallar la verdad en una crisis, no alejados de la crisis. Es entonces que tendréis que inquirir, no cuando decís casualmente "discutamos si existe o no existe la verdad". ¿No es así? Cuando mi hijo muere, lo que yo quiero saber no es si vive, sino la verdad acerca de la continuidad lo cual significa que estoy dispuesto a comprender la cuestión. ¿No es eso lo que ello implica? He perdido a mi hijo, y deseo saber qué es lo que me hace sufrir, y si el sufrimiento tiene fin. Es, pues, únicamente en ese momento de crisis, cuando me hallo apremiado, que encontraré la verdad, si es que quiero conocer la verdad. Pero en el momento de la crisis, en el instante del apremio lo que deseamos es consuelo, alivio apoyar la cabeza en el regazo de alguien; en momentos de ansiedad deseamos que se nos arrulle y adormezca. Y yo digo por el contrario, que el momento de la ansiedad es el buen momento paro inquirir y hallar la verdad. Cuando deseo ser confortado en el momento de una crisis, yo no investigo. Tengo, por consiguiente, que conocer el estado de mi propio ser, de mi ser psicológico o espiritual; tengo que saber en qué estado me encuentro, antes de poder inquirir y descubrir lo que es la verdad.

La mayoría de nosotros, señor, atravesamos una crisis: con motivo de la guerra, de un empleo, de la fuga de nuestra esposa con alguien. Hay crisis cm torno nuestro y en nosotros constantemente, lo admitamos o no; ¿y no es ese el momento de investigar, en vez de esperar hasta el último momento, cuando se nos arroje la bomba? Porque, aunque lo neguemos, estamos en crisis de instante en instante, en lo político, en lo psicológico, en lo económico. Hay intenso apremio en todo instante; ¿y no es esta la oportunidad para descubrir? ¿No nos hallamos en un momento así? Si decís "yo no atravieso por ninguna crisis; sólo me siento a contemplar la vida", ello es simplemente eludir el problema, ¿verdad? ¿Está alguno de nosotros en esa situación? Tal no es, por cierto, el caso de ninguna persona. Tenemos una crisis tras otra, pero nos hemos vuelto insensibles, despreocupados, indiferentes; y nuestra dificultad estriba -¿no es así?- en que no sabemos hacer frente a las crisis. ¿Habremos de hacerles frente con ansiedad, o habremos de inquirir y así encontrar la verdad a su respecto? La mayoría de nosotros hacemos frente a la crisis con ansiedad; y sintiéndonos cansados, decimos: "¿Quiere Ud. por favor resolver este problema?" Cuando conversamos, buscamos una respuesta y no la comprensión del problema. De un modo análogo, al discutir la cuestión de la reencarnación el problema de si hay o no hay continuidad, y lo que entendemos por continuidad y por muerte, para comprender tal problema -el de la continuidad o Lo continuidad- no debemos buscar una respuesta alejada del problema. Debemos comprender el problema mismo, cosa que discutiremos en otra reunión porque hoy casi no nos queda tiempo.

Lo que yo sostengo es que tiene que haber confianza en uno mismo; y he explicado suficientemente lo que entiendo por confianza en uno mismo. No es la confianza que os da la capacidad técnica, el conocimiento técnico, la educación técnica. La confianza que nos viene con el conocimiento propio es enteramente diferente de la confianza que da la agresividad y la habilidad técnica; y esa confianza nacida del conocimiento propio es esencial para disipar la confusión en que vivimos. Es obvio que esta confianza en vosotros mismos no puede dárosla otra persona, porque lo que otro os da es mera técnica. Esa confianza creativa en la que entra el júbilo de descubrir, el deleite de la comprensión, sólo puede surgir cuando me comprendo a mí mismo, el proceso total de mí mismo; y el comprenderse uno mismo no es asunto muy complejo, pues uno puede empezar en cualquier nivel de la conciencia. Pero, como lo dije el domingo pasado, para tener esa confianza debe existir la intención de conocerse uno mismo. Entonces no se me persuade fácilmente; todo lo que se refiere a mí mismo quiero conocerlo, por lo que me abro a todas las intimaciones que me conciernen, provengan ellas de otra persona o de mi fuero interior. Estoy abierto a lo consciente y a lo inconsciente de mí ser íntimo, abierto a todos los pensamientos y sentimientos que constantemente se mueven, apremian, surgen y se desvanecen dentro de mí mismo. Ese es, por cierto, el modo de tener tal confianza: conocerse uno mismo completamente, sea lo que uno fuere, y no perseguir un ideal de lo que uno debería ser, o suponer que uno es esto o aquello,

cosa realmente absurda. Es absurdo porque entonces no hacéis más que aceptar una idea preconcebida, propia o ajena, de lo que sois o desearíais ser. Mas para comprenderos a vosotros mismos tal cuales sois, tenéis que ser voluntariamente abiertos, espontáneamente vulnerables a todas las intimaciones de vosotros mismos; y a medida que empecéis a comprender el flujo, el movimiento, la rapidez de vuestra propia mente, veréis que la confianza surge de esa comprensión. No es la confianza agresiva, brutal, asertiva, sino la confianza del que sabe lo que ocurre en sí mismo. Sin esa confianza, por cierto, no podéis disipar la confusión; y sin disipar la confusión dentro de vosotros y en torno vuestro, ¿cómo es posible que encontréis la verdad acerca de ninguna relación?

Para descubrir, pues, lo que es verdadero, o cuál es el objeto de la vida, o para descubrir la verdad sobre la reencarnación o cualquier problema humano, el investigador que exige la verdad, que quiere conocer la verdad, tiene que ser muy claro en lo que atañe a sus intenciones. Si sus intenciones son de buscar seguridad, confortación, entonces, evidentemente, él no desea la verdad; porque la verdad podrá ser una de las cosas más desoladoras y afligentes. El hombre que busca confortación no quiere la verdad: sólo desea seguridad, protección, un refugio en el que no sea perturbado. Pero el hombre que busca la verdad debe abrir la puerta a la perturbación, a las tribulaciones; porque es sólo en momentos de crisis que hay vigilancia, desvelo, acción. Sólo entonces se descubre y se comprende lo que *es*.

Julio 18 de 1948.

IV

Como lo dije la última vez que nos reunimos, los problemas del mundo son tan colosales, tan complejos, que para comprenderlos y así resolverlos, hay que abordarlos de manera muy simple y directa; y la simplicidad, la derechura, no dependen de las circunstancias externas ni de nuestros prejuicios y estados de ánimo en particular. Como lo he señalado, la solución no ha de encontrarse por medio de conferencias ni de proyectos, ni sustituyendo a los viejos dirigentes por nuevos, etc. La solución, evidentemente, está en el creador del problema, en el causante del daño, de los odios y enormes desavenencias que existen entre los seres humanos. El causante de este daño, el creador de estos problemas, es el individuo -vosotros y yo- no el mundo tal como lo concebimos. El mundo es vuestra relación con los demás El mundo no es algo que esté separado de vosotros y de mí; el mundo, la sociedad, es la interrelación que establecemos o tratamos de establecer unos con otros.

De suerte que vosotros y yo somos el problema, no el mundo; porque el mundo es la proyección de nosotros mismos, y para comprender al mundo tenemos que comprendernos a nosotros mismos. El mundo no es distinto de nosotros; somos el mundo, y nuestros problemas son los problemas del mundo. Esto no puede repetirse con demasiada frecuencia, porque somos de mentalidad tan indolente que no creemos de nuestra incumbencia los problemas del mundo; creemos que deben ser resueltos por las Naciones Unidas o reemplazando los viejos dirigentes por otros nuevos. Es una mentalidad bien torpe la que piensa de ese modo; porque nosotros somos responsables de la horrible miseria y confusión que hay en el mundo, de la guerra que nos amenaza. Para transformar el mundo debemos empezar por nosotros mismos; y, como lo he dicho, lo importante al empezar por nosotros mismos es la intención. La intención tiene que consistir en comprendernos a nosotros mismos, y en no dejar para otros el transformarse o producir un cambio modificado mediante la revolución, de izquierda o de derecha. los, pues, importante comprender que esta es nuestra responsabilidad, la vuestra y la mía; porque, por pequeño que sea el mundo en que vivimos, si podemos transformarnos, si podemos hacer surgir un punto de vista radicalmente diferente en nuestra existencia diaria, entonces, tal vez, afectaremos al mundo en general, las extensas relaciones de unos con otros.

Como lo he dicho, pues, vamos a discutir y descubrir el proceso de la comprensión de nosotros mismos, que no es un proceso de aislamiento. No es el retiro del mundo, porque aislados no podéis vivir. Ser es estar relacionado, y el vivir en el aislamiento es cosa inexistente. Es la falta de verdadera convivencia lo que causa conflictos, miseria y lucha; y por pequeño que sea nuestro mundo, si podemos transformar nuestra interrelación dentro de ese pequeño mundo, ello será como una onda que se extiende constantemente hacia afuera. Creo que es importante ver eso, o sea que el mundo es nuestra interrelación, por estrecha que sea; y si ahí podernos producir una transformación -no superficial sino radical- entonces empezaremos activamente a transformar el mundo. La verdadera revolución no es conforme a una norma determinada, de izquierda o de derecha, sino una revolución de valores, una revolución que lleva de los valores sensorios a los que no son sensorios ni creados por influencias ambientales. Para encontrar esos verdaderos valores que traerán una

resolución radical, una transformación o regeneración, es esencial que uno se comprenda a sí mismo. El conocimiento propio es el principio de la sabiduría, y por lo tanto el comienzo de la transformación o regeneración. Para comprenderse uno mismo, tiene que existir la intención de comprender: y ahí es donde se presenta nuestra dificultad. Por que si bien la mayoría de nosotros estamos descontentos, deseamos producir un cambio súbito, y nuestro descontento se canaliza hacia el mero logro de cierto resultado; estando descontentos, o buscamos otro empleo o simplemente sucumbimos ante el medio ambiente. De suerte que el descontentos en vez de encendernos, de inducirnos a poner en tela de juicio la vida y todo el proceso de la existencia, se ve canalizado, con lo cual nos volvemos mediocres y perdemos la energía y el empuje necesarios para descubrir todo el significado de la existencia. Resulta importante, por consiguiente, descubrir esas cosas por nosotros mismos, pues el conocimiento propio no puede dárnoslo nadie ni habrá de hallarse en libro alguno. Tenemos que descubrir y para descubrir tiene que haber intención, búsqueda, investigación. Mientras esa intención de descubrir, de inquirir hondamente, sea débil o no exista, la mera aserción, o un deseo casual de investigar acerca de uno mismo, tiene muy escasa significación.

La transformación del mundo se efectúa, pues, por la transformación de uno mismo; porque el "yo" es producto y parte del proceso total de la existencia humana. Para transformarse uno mismo, el conocimiento propio es esencial; porque, sin conocer lo que saris, no hay base para el recto pensar, y sin conoceros a vosotros mismos no puede haber transformación. Uno debe conocerse tal cual es, no tal como desea ser, lo cual es un mero ideal y por lo tanto ficticio, irreal; y sólo lo que *es* puede ser transformado, no aquello que deseáis ser. Así, pues, el conocerse uno mismo como uno es, requiere extraordinaria vigilancia de la mente; porque lo que *es* sufre constante transformación, cambios y, para seguirlo velozmente, la mente no debe estar atada a ningún dogma ni creencia en particular, a ninguna norma de acción. Si queréis seguir algo, de nada sirve estar atado. Para conoceros, pues, a vosotros mismos, tiene que existir la alerta percepción, la vigilancia mental en la que uno está libre de toda creencia, de toda idealización. Las creencias e ideales, en efecto, no hacen más que daros un color, pervertir la verdadera percepción. Si queréis saber lo que sois, no podéis imaginar o creer en algo que no sois. Si soy codicioso, envidioso, violento, el mero hecho de tener un ideal de "no violencia", de "no codicia", es de escaso valor. Pero el saber que uno es codicioso o violento, el saberlo y comprenderlo, requiere extraordinaria percepción, ¿no es así? Exige honestidad, claridad de pensamiento. Mientras que perseguir un ideal alejado de lo que *es*, resulta una escapatoria; os impide descubrir lo que sois y obrar directamente sobre lo que sois.

De suerte que la comprensión de lo que sois: feos o hermosos, perversos, dañinos o lo que fuere: el comprender sin deformación lo que sois, es el comienzo de la virtud. La virtud es esencial porque ello brinda libertad. Sólo en la virtud podéis descubrir, podéis vivir; no en el cultivo de la virtud, que sólo trae respetabilidad, no comprensión ni libertad. Hay una diferencia entre ser virtuoso y hacerse virtuoso. El ser virtuoso proviene de la comprensión de lo que *es*, mientras el hacerse virtuoso es aplazamiento, encubrimiento de lo que *es* con lo que desearíais ser. Al haceros virtuosos, evitáis obras directamente sobre lo que *es*. Este proceso de eludir lo que *es* mediante el cultivo del ideal, es considerado virtuoso; pero si lo observáis de cerca y directamente, veréis que no es nada de eso. Consiste simplemente en dejar para después el enfrentarse con lo que *es*. La virtud no es el devenir de lo que *no es*; la virtud es la comprensión de lo que *es* y por lo tanto el estar libre de lo que *es*. Y la virtud resulta indispensable en una sociedad que se desintegra rápidamente. Para crear un mundo nuevo, una nueva estructura alejada de la antigua, tiene que haber libertad para descubrir; y para ser libre tiene que haber virtud, pues sin virtud no hay libertad. ¿El hombre inmoral que lucha por llegar a ser virtuoso, puede jamás conocer la virtud? El hombre que no es moral no podrá nunca ser libre, y por lo tanto no podrá nunca descubrir lo que es la realidad. La realidad sólo puede encontrarse comprendiendo lo que *es*; y para comprender lo que *es*, tiene que haber libertad, hay que estar libre del miedo a lo que *es*.

¿Es la virtud, entonces, cuestión de tiempo? ¿La comprensión de lo que *es* -que es virtud porque brinda libertad, inmediata liberación- es acaso cuestión de tiempo? ¿Sois buenos, generosos, afectuosos, mediante el proceso del tiempo? Es decir ¿seréis bondadosos pasado mañana? ¿La bondad puede concebirse en términos de tiempo? Después de todo, el efecto, la misericordia, la generosidad, son necesidades vitales; uno el único disolvente de todos nuestros problemas. La buena voluntad es esencial, y no la tenemos, ¿verdad? Ni los políticos, ni los dirigentes ni los secuaces, tienen buena voluntad real, la cual no es un ideal; y sin buena voluntad, sin esa extraordinaria madurez y suavidad del ser que nos hace afectuosos nuestros problemas no podrán ser resueltos por meras conferencias. De suerte que vosotros, al igual que los políticos y la gran mayoría de los seres humanos en el mundo entero, no sois bondadosos, no tenéis esa buena voluntad que es la única solución; y puesto que no la tenéis, ¿es ello una simple cuestión de tiempo? ¿Tendréis buena voluntad mañana o dentro de diez años? ¿No es un razonamiento engañoso el pensar en términos de tiempo, de que uno llegue a ser bondadoso en el futuro? Si ahora no sois bondadosos, jamás lo seréis. Podréis creer que por una

práctica lenta, por la disciplina y todo lo demás, seréis bondadosos mañana o diez años después: pero mientras tanto sois despiadados. Y La bondad, la buena voluntad el afecto, es el único disolvente de los problemas inmediatos de la existencia; es el único remedio que acabará con el veneno del nacionalismo, del "comunalismo", el único aglutinante que puede unirnos.

Ahora bien, si la bondad la misericordia, no es cuestión de tiempo, ¿por qué es, entonces, que vosotros y yo no somos bondadosos de inmediato, directamente? ¿Por qué no somos bondadosos ahora? Si podemos comprender por qué no somos bondadosos -y la comprensión es inmediata- seremos de inmediato bondadosos; entonces nos olvidaremos de cuál es nuestra casta, nos olvidaremos de nuestras diferencias "comunales", religiosas y nacionales, y seremos inmediatamente generosos, bondadosos. Debemos, por lo tanto, comprender por qué no somos bondadosos, y no practicar pacientemente la bondad o meditar en la generosidad, todo lo cual es absurdo. Si yo sé por qué estoy desprovisto de bondad y quiero ser bondadoso, entonces, siendo mi intención la de ser bondadoso, lo seré. Una vez más, pues, la intención tiene enorme importancia; pero la intención es inútil si yo no conozco la causa de la falta de bondad. Debo conocer por consiguiente, todo el proceso de mi pensamiento, todo el proceso de mi actitud frente a la vida. De ahí que el estudio de uno mismo llegue a ser tremendamente importante; pero el conocimiento propio no es un fin. Uno debe estudiarse más y más, pero no con un objeto en vista, para lograr un resultado; porque, si buscamos un resultado, ponemos fin a la investigación, al descubrimiento, a la libertad. El conocimiento propio es la comprensión del proceso de uno mismo, el proceso de la mente; consiste en darse cuenta de todos los enredos de las pasiones, y de los empeños que de ella resultan. Y a medida que uno se conoce a sí mismo cada vez más honda y ampliamente, más extensa y profundamente, surge la libertad, una liberación de las complicaciones del miedo, de ese miedo que produce creencias, dogmas, nacionalismos castas y todas las horribles invenciones de la mente para mantenerse aislada en el temor. Y cuando hay libertad, prodúcese el descubrimiento de aquello que es eterno. Sin esa libertad, el mero preguntar qué es lo eterno, o leer libros sobre lo eterno, carece totalmente ele valor. Es como los niños que se entretienen con juguetes. La eternidad, la realidad, Dios o lo que os plazca, sólo puede ser descubierto por vosotros. Manifiéstase tan sólo cuando la mente es libre, cuando las creencias y el prejuicio no la traban, cuando no se halla atrapada en la red de la pasión, de la mala voluntad y la mundanalidad. Pero una mente que está enredada en el nacionalismo, o en creencias y ritos, se halla atrapada en sus propios deseos, ambiciones y empeños; y es imposible, evidentemente, que una mente así comprenda. En está preparada para recibir.

Sólo el descubrimiento de la verdad traerá felicidad; y para descubrir es necesaria la comprensión de uno mismo. Para comprenderse uno mismo, tiene que haber intención de comprender, y con la intención surge una mente indagadora, una mente que es alerta y perceptiva sin condenación, justificación ni identificación; y esa alerta percepción trae una inmediata liberación del problema. Toda nuestra búsqueda, por lo tanto, no es de la respuesta a un problema, sino de la comprensión del problema en si. Y el problema no está fuera de vosotros: *es* vosotros, vosotros sois el problema. Para comprende el problema, para comprender al creador del problema, que seis vosotros mismos, tenéis que descubrirlos espontáneamente día tras día tal cuales sois; porque es tan sólo en el momento en que surgen vuestras respuestas, que podéis comprenderlas. Pero si disciplináis vuestras respuestas según determinada norma, de izquierda o de derecha, o si seguís determinada reglo de conducto, no podéis descubrir vuestras propias reacciones. Experimentad con ello, y encontrareis que descubrís vuestras respuestas si os dais cuenta de cada una a medida que se produce, si la veis sin condenación ni justificación, y si observáis íntegramente todo lo que dicha respuesta implica. La libertad consiste en estor exento de la respuesta, no en disciplinarla.

De suerte que toda nuestra a investigación sobre el objeto de la existencia, nuestra discusión acerca de si existe o no la realidad, tiene muy escaso sentido si no hay comprensión de la mente, o sea de vosotros mismos. El problema, que es tan vasto, complejo e inmediato, está en vosotros, y nadie, salvo vosotros mismos, puede resolverlo; ningún "gurú' puede darle solución, como tampoco ningún instructor, ningún salvador, ninguna coacción organizada. La organización externa precede siempre ser derribada, porque lo interior es mucho más fuerte que la estructura externa de la existencia humana. Si no se comprende lo interior, el mero cambio en el tipo de lo externo tiene muy poco sentido. Para producir una reorganización duradera en las cosas externas, cada uno de nosotros debe empezar por sí mismo: y cuando esa transformación interior se haya efectuado, lo externo puede ser transformado con inteligencia, compasión y esmero.

Hay varias preguntas, y esta tarde trataré de contestar tantos como sea posible.

Pregunta: ¿Tiene Ud. un mensaje especial para la juventud?

Krishnamurti: ¿Hay alguna diferencia muy grande, señores, entre jóvenes y viejos? La juventud, los jóvenes, si es que en ellos hay vida, están llenos de ideas revolucionarias, de descontento, ¿no es así? Tienen que estarlo, pues de otro modo ya son viejos. Como esto es muy serio, os ruego que no lo aprobéis ni lo desaprobáis. Estamos discutiendo acerca de la vida, y yo no ocupo la tribuna para hacer un discurso que os agrade a vosotros o me agrade a mí.

Como lo decía, si los jóvenes no tienen ese descontento revolucionario, ya son viejos; y los viejos son aquellos que una vez estuvieron descontentos pero ahora se han sosegado. Ellos desean seguridad permanencia, ya sea en sus empleos o en su alma. Quieren certeza en las ideas, en la vida de relación, y en la propiedad. Si en vosotros, que sois jóvenes, hay un espíritu de investigación que os hace desear la verdad acerca de cualquier cosa, de alguna acción política de izquierda o de derecha, y si no estáis atados por la tradición, seréis vosotros los regeneradores del mundo los creadores de una nueva civilización, de una nueva cultura. Pero, como el resto de nosotros, como la generación pasada. Los jóvenes también quieren seguridad, certeza. Quieren empleos, quieren alimento, vestido y albergue, y no quieren estar en desacuerdo con sus padres porque ello significa ir contra la sociedad. Por lo tanto entran en vereda, aceptan la autoridad de las personas mayores. ¿Qué ocurre, pues? El descontento, que es la llama misma de la investigación, de la búsqueda, del entendimiento, se vuelve mediocridad y se transforma en mero deseo de mejor empleo, de un rico matrimonio o de un título universitario. Así se destruye el descontento de los jóvenes, el cual se convierte en un simple deseo de mayor seguridad. Lo esencial para jóvenes y viejos, por cierto, es vivir plenamente, de un modo completo. Pero, como bien lo veis hay muy poca gente en el mundo que quiera vivir de un modo completo. Para vivir plena y completamente tiene que haber libertad, no aceptación de autoridad; y sólo puede haber libertad cuando hay virtud. La virtud no es imitación; la virtud es vivir creador. Es decir la "creatividad" llega mediante la libertad que trae la virtud; y la virtud no ha de ser cultivada ni llega por la práctica o al final de vuestra vida. O sois virtuosos y libres ahora, o no lo sois. Y paro descubrir por qué no sois libres, es preciso que estéis descontentos, que tengáis la intención, el empuje, la energía necesaria para inquirir; pero esa energía la disipáis sexualmente, o en griterías políticas, o agitando banderas, o simplemente imitando, pasando exámenes para lograr mejor empleo.

Él mundo, pues, está en tal miseria porque aquella "creatividad" no existe. Vivir creativamente no es posible habiendo mera imitación, ya sea en seguimiento de Marx, de la *Biblia* o del *Bhagavad Gita*. La "creatividad" llega a través de la libertad, y sólo puede haber libertad cuando hay virtud, y la virtud no es un resultado del proceso del tiempo. La virtud llega cuando empezáis a comprender lo que *es* en vuestra existencia de cada día. Para mí, por lo tanto, la división entre viejos y jóvenes resulta bastante absurda. La madurez, señores, no es cuestión de edad. Aunque la mayoría de nosotros seamos personas mayores, somos infantiles; nos asustamos de lo que piensa la sociedad, tenemos miedo del pasado. Los que son viejos buscan permanencia, seguridades confortantes, y los jóvenes también desean seguridad. No hay, pues, diferencia esencial entre viejos y jóvenes. Como lo he dicho, la madurez no está en la edad. La madurez viene con la comprensión, y no hay comprensión mientras huyamos del conflicto, del sufrimiento; y huimos del sufrimiento cuando buscamos comodidad, cuando buscamos un ideal. Pero es cuando somos jóvenes que podemos inquirir de un modo real, ardiente, intencionado. A medida que envejecemos, la vida resulta demasiado para nosotros, y nos embotamos cada vez más. ¡Gastamos nuestras energías tan inútilmente! El conservar nuestra energía para fines de investigación, el descubrir la realidad, requiere buena dosis de educación, no la meró adaptación a una norma, lo cual no es educación. El mero hecho de pasar exámenes no es educación. Un tonto puede pasar exámenes; ello solo requiere cierto tipo de mente. Pero el inquirir profundamente y descubrir lo que es la vida, el comprender toda la base de la existencia, requiere una mente muy aguda y alerta, una mente que sea flexible. Pero a la mente se la torna rígida cuando se la obliga a conformarse, y toda la estructura de la sociedad se basa en la coacción. Por sutil que sea la coacción, no es por medio de ella que puede haber comprensión.

Pregunta: ¿Su confianza en sí mismo nace de que Ud. está libre del miedo, o proviene de la convicción de que se halla sólidamente respaldado por grandes seres como Buda y Cristo?

Krishnamurti: Antes que nada, señores, ¿cómo surge la confianza? Ella es de dos tipos. Existe la confianza que proviene de la adquisición de conocimientos técnicos. Un mecánico, un ingeniero, un físico, un hombre que domina el violín, tiene confianza en sí porque ha estudiado o practicado durable un número de años y ha adquirido una técnica. Eso da un tipo de confianza: la confianza que es puramente superficial, técnica. Pero hay otro tipo de confianza que proviene del conocimiento propio, del hecho de conocerse uno mismo enteramente, tanto lo consciente como lo inconsciente, la mente oculta a la vez que la mente al descubierto.

Yo digo que es posible conoceros a vosotros mismos completamente; y entonces surge una confianza que no es agresiva, ni autoafirmativa, ni solapada, ni esa confianza que proviene del logro, sino la confianza que brinda el ver las cosas sin deformación, tal cuales son de instante en instante. Tal confianza surge naturalmente cuando el pensamiento no se basa en el logro personal, en el engrandecimiento o en la salvación personal, y cuando cada cosa revela su verdadera significación. Entonces estáis respaldados por la sabiduría, sea ella la de Buda o la de Cristo. Esa sabiduría, esa confianza, esa flexibilidad mental extraordinariamente veloz, no es la exclusividad de unos pocos. No hay jerarquía en la comprensión. Cuando comprendéis un problema de interrelación, ya sea con objetos físicos, con ideas o con el prójimo, esa comprensión os libera de todo sentido de tiempo, de posición, de autoridad. Ya no se trata, por lo tanto, de Maestro y discípulo, de que el "gurú" se siente en una tribuna y vosotros os sentéis más abajo. Señores, esa confianza es amor, afecto; y cuando amáis a alguien no hay diferencias, no hay alto ni bajo. Cuando existe el amor, esa extraordinaria llama, él es en sí su propia eternidad

Pregunta: ¿Podemos llegar a lo real a través de la belleza o la belleza es estéril en lo que atañe a la verdad?

Krishnamurti: Bueno, ¿qué es lo que entendemos por belleza, y que es lo que entendemos por verdad? La belleza, por cierto, no es un ornamento; el mero adorno del cuerpo no es belleza. Todos deseamos ser bellos, presentables, pero no es eso lo que entendemos por belleza. Ser pulcro, ser aseado, ser limpio, cortés, considerado, etc., forma parte de la belleza, ¿no es así? Pero éstas son meras expresiones del estar interiormente libre de fealdad. Ahora bien, ¿qué ocurre en el mundo? Cada día, de más en más, adornamos lo externo. Los astros cinematográficos (y vosotros que los copiáis), se mantienen bellos exteriormente; pero si nada tenéis por dentro, el ornato externo, el adorno, no es belleza. ¿No conocéis, señores, ese estado intimo del ser, esa tranquilidad interior en la que hay amor, benevolencia, generosidad, misericordia? Ese estado del ser, evidentemente, es la esencia misma de la belleza, y, sin eso, el adornarse simplemente es acentuar los valores sensorios, los valores de los sentidos; y el cultivar los valores de lo sentidos, como ahora lo hacemos, tiene inevitablemente que conducir al conflicto, a la guerra, a la destrucción.

El adornar lo externo está en la naturaleza misma de nuestra actual civilización, que se basa en el industrialismo. No es que yo esté contra la industrialización; sería absurdo desteñir las industrias. Pero el limitarse a cultivar lo externo sin comprender lo interior, tiene inevitablemente que crear esos valores que llevan a los hombres a destruirse mutuamente; y eso exactamente, es lo que ocurre en el mundo. La belleza es considerada como un adorno que se compra, que se vende, que se pinta, etc. Eso, por cierto, no es la belleza. La belleza es un estado del ser, y ese estado del ser surge con la riqueza interior; no con esa acumulación interior de riquezas que llamamos virtud, ideales. Eso no es belleza. La riqueza, la belleza interior con sus tesoros imperecederos, surge cuando la mente es libre; y la mente sólo puede ser libre cuando no existe el miedo. La comprensión del mielo viene con el conocimiento propio, no por medio de la resistencia al miedo. Si resistís al miedo, es decir, a cualquier forma de fealdad, no hacéis sino erigir un muro contra él. Detrás del muro no hay libertad, sólo hay aislamiento; y lo que vive en aislamiento jamás puede ser rico, jamás puede ser pleno. La belleza, pues, tiene una relación con la realidad tan solo cuando la realidad se manifiesta a través de aquellas virtudes que son esenciales.

Ahora bien, ¿qué entendemos por verdad, Dios o lo que os plazca? Es obvio que ello no puede ser formulado; pues aquello que es formulado no es lo real, es la creación de la mente, el resultado del proceso de pensar; y el pensamiento es la respuesta de la memoria. La memoria es el residuo de experiencias incompletas; y por lo tanto la verdad, o Dios, o lo que os plazca, es lo desconocido y no puede ser formulado. Para que lo desconocido *sea*, la mente en sí debe dejar de estar apegada a lo conocido, y entonces hay relación entre la belleza y la realidad, entonces la realidad y la belleza no son diferentes; entonces la verdad es belleza, ya sea en una sonrisa, en el vuelo de un ave, en el grito de una criatura, o en la ira de vuestra esposa o esposo. Conocer la verdad de lo que *es*, es el bien; mas para conocer la belleza de esa verdad, la mente tiene que ser capaz de comprensión, y la mente no es capaz de comprensión cuando esta atada, cuando tiene miedo, cuando elude algo. Este hecho de eludir asume la forma del adorno externo, del ornato: siendo interiormente insuficientes, pobres, tratamos de embellecernos exteriormente. Edificamos hermosas casas, compramos buena cantidad de joyas, acumulamos posesiones. Todo eso es indicación de pobreza íntima. No es que no debamos tener hermosos "saris", buenas casas; pero sin riqueza interior, eso carece de sentido. Es porque no somos interiormente ricos que cultivamos lo externo, y el cultivo de lo externo nos está llevando a la destrucción. Es decir, cuando cultiváis; los valores sensorios, la expansión es necesaria, los mercados son necesarios; tenéis que extenderos mediante la industria, y la expansión industrial en competencia significa

más y más controles, de izquierda o de derecha, que inevitablemente conducen a la guerra; y procuramos resolver el problema de la guerra sobre la base de los valores sensorios.

El buscador de la verdad es el buscador de la belleza; no son distintos. La belleza no es la mera ornamentación externa sino esa riqueza que proviene de la libre comprensión interior, de la percepción de lo que *es*.

Pregunta: ¿Por que desacredita Ud. la religión, que evidentemente contiene granos de verdad? ¿Por qué tirar al niño con el agua del baño? ¿No es necesario reconocer la verdad dondequiera se la encuentre?

Krishnamurti: ¿Qué entendéis por religión, señores? El dogma organizado, la creencia, el ritual, el culto de una persona por grande que sea, el recitar plegarias, repetir los *Shastras*, citar la *Biblia* -¿es eso religión? ¿O la religión es la búsqueda do la verdad, de Dios? ¿Podéis encontrar a Dios mediante la creencia organizada? Llamándoos hindúes y siguiendo todos los ritos del hinduismo o de cualquier otro "ismo", ¿Hallaréis a Dios o la verdad? Lo que yo desacredito no es ciertamente la religión, ni la búsqueda de la realidad, sino la creencia organizada, con sus dogmas y con sus fuerzas e influencias separativas. Nosotros no buscamos la realidad sino que estamos atrapados en la red de las creencias organizadas, de los ritos siempre repetidos. Toda esa historia la conocéis, y yo le llamo desatino, porque se trata de narcótico que distraen e impiden buscar; ofrecen escapatorias, con lo que embotan la mente y la tornan ineficaz.

Así, pues, nuestra mente se halla atrapada en la red de las creencias organizadas, con todo su sistema de autoridades, sacerdotes y "gurús", todo lo cual es engendro del miedo y del deseo de certeza; y estando atrapados en esa red, es obvio que no podemos simplemente aceptar sino que debemos inquirir, considerar y experimentar el hecho directamente, y ver qué es lo que nos tiene atrapados y por que lo estamos. Porque mi abuelo practicó tal o cual rito, o porque mi madre va a florar si yo no lo practico, es preciso que yo haga lo mismo. No hay dada de que semejante hombre, que depende psicológicamente de otros y por tal causa es miedoso, resulta incapaz de descubrir lo que es la verdad. Podrá hablar acerca de ella, podrá repetir el nombre de Dios infinidad de veces, pero no llega a nada ni tiene nada que ver con la realidad. La realidad lo esquivará porque él está encajonado en sus propios prejuicios y temores. Y vosotros sois responsables de esta religión organizada, sea ella de Oriente o de Occidente, de izquierda o de derecha, la cual, por el hecho de basarse en la autoridad, ha separado al hombre del hombre. ¿Para qué necesitáis autoridad, sea ella del pasado o del presente? Necesitáis autoridad porque os halláis confusos porque estáis sumidos en el dolor y en la ansiedad, porque os sentís solos y sufrís. Por eso deseáis que se os ayude desde afuera; y así creáis la autoridad política a religiosa, y habiéndola creado, seguís las instrucciones en la esperanza de que la confusión, la ansiedad, el dolor de vuestro corazón, sean alejados. ¿Puede otro ser quitaros vuestras penas, vuestro dolor? Otros podrán ayudaros a escapar al dolor, pero él siempre está presente.

Sois vosotros, pues, quienes creáis la autoridad; y habiéndola creado; os convertís en sus esclavos. La creencia es un producto de la autoridad; y como queréis escapar a la confusión, os veis atrapados en la creencia y por lo tanto continuáis en la confusión. Vuestros conductores son el resultado de vuestra confusión, por lo cual ellos tienen que estar confusos. Jamás seguiríais a nadie si fueseis claros, si no estuvieseis confusos y si experimentaseis directamente. Es porque estáis confusos que no existe para vosotros la experiencia directa. Con vuestra confusión creáis al líder, la religión organizada, el culto separativo, lo cual produce la lucha que se desarrolla actualmente en el mundo. En la India asume la forma de conflictos "comunales" entre musulmanes e hindúes, en Europa son los comunistas contra los de la derecha, etc. Si lo examináis con cuidado, si los analizáis, veréis que todo se basa en la autoridad, en que una persona dice esto y otra persona dice aquello; y la autoridad la creamos vosotros y yo porqué estamos confusos. Esto, verbalmente, podrá parecer simplificado con exceso; pero si lo ahondáis no es simple sino extremadamente complejo. Estando confusos, deseáis que se os saque de la contusión, lo cual significa que no comprendéis el problema de la contusión y que sólo buscáis una escapatoria. Para comprender la confusión, debéis comprender a la persona que causa la confusión, o sea vosotros mismos; y si no os comprendéis a vosotros mismos, ¿de qué sirve seguir a alguien? Estando confusos, ¿creéis acaso que hallaréis la verdad en alguna práctica o religión organizada? Aunque estudiéis los *Upanishads*, el *Gita*, la *Biblia* o cualquier otro libro, ¿os creéis capaces de leer su verdad cuando vosotros mismos estáis confusos? Traduciréis lo que leáis, y lo haréis conforme a vuestra confusión, a vuestros gustos y aversiones, a vuestros prejuicios, a vuestro condicionamiento. No os acercáis por cierto, a la realidad. Encontrar la verdad, señor, es comprenderse a sí mismo. Entonces la verdad viene a vosotros; no tenéis que ir hacia la verdad, y en eso consiste en belleza. Si vais hacia la verdad, aquello a que os acercáis ha sido proyectado de dentro de vosotros mismos, y por lo tanto no es la verdad. Ello se convierte entonces en un mero proceso de autohipnosis que es la religión organizada.

Para encontrar la verdad, para que la verdad venda a vosotros tenéis que ver muy claramente vuestros propios prejuicios opiniones ideas y conclusiones; y esa claridad os viene gracias a la libertad que es la virtud. Para la mente virtuosa, la verdad está en todas partes. Entonces no pertenecéis a ninguna religión organizada, entonces sois libres.

La verdad, pues, manifiéstase cuando la mente es capaz de recibirla, cuando el corazón está vacío de las cosas de la mente. Hoy en día nuestro corazón está lleno con las cosas de la mente; y cuando el corazón se libera de la mente entonces es receptivo, sensible a la realidad.

Pregunta: Algunos de nosotros, que le hemos escuchado a Ud. durante muchos años, estamos de acuerdo -sólo verbalmente, tal vez- con todo lo que Ud. dice. Pero de hecho, en la vida diaria somos torpes, y no conocemos ese vivir de instante en instante de que Ud. habla. ¿Por qué hay una brecha tan enorme entre el pensamiento, o más bien las palabras, y la acción?

Krishnamurti: Creo que confundimos la apreciación verbal con la verdadera comprensión. Verbalmente nos entendemos unos a otros entendemos las palabras. Yo os comunico verbalmente ciertos pensamientos que tengo, y vosotros permanecéis en el nivel verbal; y desde ese nivel esperáis actuar. Habréis, pues, de averiguar si la apreciación verbal trae comprensión, acción. Por ejemplo, cuando yo digo que la buena voluntad el afecto, el amor, es la única solución, la única salida de este caos, entendéis verbalmente; y por poco que seáis reflexivos, probablemente asentiréis. Ahora bien, ¿por qué no obráis? Por la razón muy sencilla de que la respuesta verbal se identifica con la respuesta intelectual. Es decir intelectualmente pensáis que habéis captado la idea, y así se produce la división entre acción e idea. Por eso es que el cultivo de las ideas no engendra entendimiento sino mera oposición, ideas contrarias; y si bien esa oposición puede dar origen a una revolución, no será una real transformación del individuo y por lo tanto de la sociedad.

No se si me expreso claramente acerca de este punto. Si nos quedamos en el nivel verbal, sólo producimos ideas, porque las palabras son cosas de la mente: Las palabras son sensorias y si nos quedamos en el nivel verbal, las palabras sólo pueden crear ideas y valores sensorios. Es decir, una serie de ideas crea otras ideas contrarias, y estas ideas contrarias producen una acción; pero esa acción es mera reacción, respuesta a una idea. La mayoría de nosotros vivimos tan sólo verbalmente, nos nutrimos de palabras; el *Bhagavad Gita*, dice esto, los *Puranas* dicen aquello; o Marx dice esto, Einstein dice aquello. Las palabras sólo pueden producir ideas, y las ideas nunca producirán acción. Las ideas pueden producir una reacción, pero no acción y es por eso que tenemos esa brecha entre la comprensión verbal y la acción.

Ahora bien, el interlocutor desea saber cómo se construye el puente entre la palabra y la acción. Yo digo que no es posible, que no podáis llenar la brecha entre la palabra y la acción. Os ruego que veáis la importancia de esto. Las palabras nunca pueden producir acción. Sólo pueden producir una respuesta, una "contraacción" o reacción, y por consiguiente nuevas reacciones, como una onda; y en esa onda os halléis atrapados. La acción, en cambio, es cosa enteramente diferente; no es reacción. No podéis, pues, llenar la brecha entre la palabra y la acción. Tenéis que abandonar la palabra, y entonces actuareis. Nuestra dificultad, entonces, está en cómo abandonar la palabra, es decir, en actuar sin reacción. ¿Me entendéis? Porque, mientras os alimentéis de palabras, forzosamente reaccionaréis; por lo tanto debéis vaciaros de palabras, lo cual significa quedar vacíos de imitación. Tus palabras son imitación; vivir en el nivel verbal es vivir en la imitación; y como toda nuestra vida se basa en la imitación, en la copia, es natural que nos hayamos vuelto incapaces de acción. Por lo tanto debéis investigar los diversos modelos que hacen que copiéis, imitéis, viváis en el nivel verbal; y a medida que empecéis a descifrar los diversos modelos que os han tornado imitativos, hallaréis que actuáis sin reacción.

Señor, el amor no es una palabra; la palabra no es la cosa, ¿verdad? Dios no es la palabra "dios"; el amor no es la palabra "amor". Pero la palabra os satisface porque la palabra os brinda una sensación. Cuando alguien dice "Dios", sentís que ello afecta nuestra psicología o vuestros nervios, y a esa respuesta le llamáis comprensión de Dios. La palabra, pues, os afecta nerviosa y sensitivamente, y eso produce cierta acción. Pero la palabra no es la cosa, la palabra "dios" no es Dios; os habéis alimentado de meras palabras, de respuestas nerviosas, sensitivas. Ved la significación de esto, por favor. ¿Cómo podéis actuar si os habéis nutrido de palabras vacías? Porque las palabras son vacías, ¿no es así? Sólo pueden producir una respuesta nerviosa, pero eso no es acción. La acción puede ocurrir tan sólo cuando no hay respuesta imitativa, lo cual significa que la mente debe inquirir acerca de todo el proceso de la vida verbal. Por ejemplo, algún dirigente político o religioso hace una afirmación, y, sin pensarlo, decís que estáis de acuerdo, y luego hacéis ondear una bandera y peleéis por la India o por Alemania. Pero no habéis examinado lo que se dijo; y, como no lo habéis examinado, lo que hacéis no es sino una reacción, y entre la reacción y la acción no puede haber relación

alguna. La mayoría de nosotros estamos condicionados para la reacción, y por ello debéis descubrir las causas de ese condicionamiento; y a medida que la mente empieza a libertarse del condicionamiento, encontraréis que hay acción. Tal acción no es reacción; es su propia vitalidad, su propia eternidad.

Así, pues, para la mayoría de nosotros la dificultad está en que queremos conectar lo que no puede conectarse, queremos servir al mismo tiempo a Dios y al becerro de oro, queremos vivir en el plano verbal y sin embargo actuar. Ambas cosas son incompatibles. Todos conocemos la reacción, pero muy pocos de nosotros conocemos la acción, porque la acción puede surgir tan sólo cuando comprendemos que la palabra no es la cosa. Cuando comprendemos eso, podemos ir mucho más hondo, podemos empezar a poner al descubierto en nosotros mismos todos los temores, las imitaciones, escapatorias y autoridades; pero eso significa que debemos vivir muy peligrosamente, y muy pocos de nosotros deseamos vivir en un estado de perpetua revolución. Lo que deseamos es refugiarnos en una ensenada donde podamos anclar y ser confortados emocional, física o psicológicamente. Así como no hay relación entre un hombre perezoso y un hombre muy activo, tampoco la hay entre la palabra y la acción; pero una vez que comprendemos eso y vemos todo su significado, la acción se produce. Tal acción, por cierto, conduce a la realidad; es el terreno en el que la realidad puede operar. Entonces no necesita más salir en busca de la realidad: ella viene directamente, misteriosamente, silenciosamente, furtivamente. Y es bienaventurada la mente capaz de recibir la realidad.

Julio 25 de 1948.

V

En las últimas pláticas hemos considerado la importancia de la acción individual, que no es opuesta a la acción colectiva. El individuo es el mundo; él es a un tiempo la raíz y el resultado del proceso total, y sin la transformación del individuo no puede haber transformación radical en el mundo. Lo importante, por consiguiente, no es la acción individual en oposición a la acción colectiva; sino el comprender que la verdadera acción colectiva sólo puede surgir por obra de la regeneración individual. Es importante comprender la acción individual, que no es opuesta a lo colectivo. Porque lo individual, después de todo -vosotros y vuestro prójimo- forman parte de un proceso total; el individuo no es un proceso separado, aislado. Vosotros, en suma, sois el producto de la humanidad en su conjunto, aunque estéis condicionados por el clima, la religión y la sociedad. Sois el proceso total del hombre, y por lo tanto, cuando os comprendéis a vosotros mismos como proceso total -no como proceso separado, opuesto a la masa o a lo colectivo- mediante esa comprensión de vosotros mismos puede haber una transformación radical. Es sobre eso que hemos conversado las dos últimas veces que nos reunimos.

Ahora bien, ¿qué entendemos por acción? La acción, evidentemente, implica conducta con relación a algo. La acción es inexistente por sí misma; ella sólo puede ser con relación a una idea, a una persona o a una cosa. Y tenemos que comprender la acción, porque el mundo en la época actual está clamando por alguna clase de acción. Todos nosotros queremos actuar, queremos saber qué hacer, sobre todo cuando el mundo se halla en semejante confusión, en semejante miseria y caos, cuando hay guerras inminentes, cuando las ideologías se oponen unas a otras con tanta fuerza destructiva y las organizaciones religiosas incitan a la pelea entre hombre y hombre. Tenemos, pues, que saber qué entendemos por acción; y al comprender lo que la acción significa para nosotros, tal vez podremos actuar de un modo verdadero.

Para comprender el significado que damos a la acción -que es conducta, y la conducta es rectitud- debemos abordarla negativamente. Es decir, todo enfoque positivo de un problema tiene necesariamente que ser de acuerdo a una norma determinada; y la acción de acuerdo a una norma deja de ser acción porque es mera conformidad, y por lo tanto no es acción. Para comprender la acción, esto es, la conducta que es rectitud, debemos descubrir cómo abordarla. Primero debemos comprender que cualquier enfoque positivo, o sea el que consiste en tratar de adaptar la acción a una norma, a una conclusión, a una idea, ya no es acción; es mera continuidad del dechado, del molde, y por lo tanto no es acción en absoluto. De ello resulta que, para comprender la acción, debemos ir a ella negativamente; debemos comprender el falso proceso de una acción positiva. Porque, cuando yo sepa que lo falso es falso y conozca la verdad como tal, lo falso caerá y sabré cómo actuar. Es decir, si yo sé qué, es la acción falsa, la acción injusta, la acción que es simplemente una continuación de la conformidad, entonces, viendo la falsedad de esa acción, sabré obrar rectamente.

Es obvio que en la existencia de cada día, en nuestra estructura social, en nuestra vida política y religiosa, necesitamos una transformación radical de valores, una completa revolución. Sin entrar en detalles sobre el particular, considero evidente que tiene que haber un cambio, o, más bien, no un cambio -que implica una

continuidad modificada- sino una transformación. Tiene que haber transformación, tiene que haber una revolución completa en lo político en lo social, en lo económico, en nuestras relaciones mutuas, en todas las fases de la vida. Porque las cosas no pueden continuar como están, lo cual es evidente de por sí para toda persona reflexiva que este alerta, en observación de los acontecimientos mundiales. ¿Cómo ha de producirse esa revolución en la acción? Eso es lo que estamos discutiendo. ¿Cómo puede haber una acción que transforme, no con el tiempo sino ahora? ¿No es eso lo que nos interesa? Porque es muy grande la miseria aquí en Bangalore como en todas partes del mundo; hay depresiones económicas, suciedad, pobreza, desocupación, lucha "comunal", etc. Y está la constante amenaza de guerra en Europa. Es preciso, pues, que haya un completo cambio de valores, ¿no es así? No teóricamente, puesto que la mera discusión en el plano verbal es vana, carece de sentido; es como discutir sobre alimentación ante un hombre hambriento. No discutiremos, pues de manera puramente verbal; y os ruego que no seáis como los espectadores de un juego. Experimentemos, tanto vosotros como yo, aquello de que hablamos; porque, habiendo vivencia, tal vez comprenderemos cómo actuar, y esto afectará nuestra vida y traerá por consiguiente una transformación radical. Os ruego, pues, que no seáis como los espectadores de un partido de fútbol. Vosotros y yo vamos a emprender juntos un viaje para penetrar en la comprensión de eso que se llama acción, porque de eso se trata en nuestra vida diaria. Si podemos entender la acción en el sentido fundamental del vocablo, esa comprensión fundamental afectará también nuestras actividades superficiales; pero primero tenemos que comprender la naturaleza fundamental de la acción.

Ahora bien, ¿la acción es producida por una idea? ¿Tenéis primero una idea y lucho actuáis? ¿O la acción viene primero, y, como la acción engendra conflicto, fabricáis después una idea en torno de ella? Es decir, ¿la acción crea al actor, o el actor está primero? Esto no es una especulación filosófica ni se basa en los *Shastras*, en el *Bhagavad Gita* o en algún otro libro. Ninguno de ellos viene al caso. No citemos: lo que otros dicen, porque, como no he leído ninguno de esos libros; vosotros ganaréis. Estamos tratando de descubrir directamente si la acción viene primero y la, idea después, o si la idea viene primero y la acción le sigue. Es muy importante descubrir cuál viene primero. Si la idea viene primero, entonces la acción se adapta simplemente a una idea, y por lo tanto ya no es acción sino imitación, compulsión conforme a una idea. Es muy importante comprender esto; porque, como nuestra sociedad está edificada principalmente en el nivel intelectual o verbal, en nuestro caso la idea viene primera y la acción le sigue. Entonces la acción es la doncella de la idea, y la mera elaboración de ideas resulta evidentemente perjudicial para la acción. Es decir, las ideas engendran más ideas, y cuando no se hace más que engendrar ideas, hay antagonismos, y la sociedad se hipertrofia con el proceso intelectual de la ideación. Nuestra estructura social es muy intelectual. Cultivamos el intelecto a expensas de todos los otros factores de nuestro ser, y por ello las ideas nos sofocan.

Todo esto podrá parecer más bien abstracto, académico, pedagógico, pero no lo es. A mí personalmente me horroriza la discusión académica, la especulación teórica, porque a nada conducen. Pero es muy importante descubrir qué entendemos por idea, porque el mundo se está dividiendo en torno a las opuestas ideas de la izquierda y de la derecha, a las ideas de los comunistas en oposición a las de los capitalistas; y si no comprendemos todo el proceso de la ideación, el limitarnos a tomar partido resulta pueril y carece de sentido. Un hombre sensato no toma partido; trata de resolver directamente los problemas del sufrimiento humano, del hambre, de la guerra, etcétera. Sólo tomamos partido cuando estamos moldeados por el intelecto, cuya función es fabricar ideas. Es, pues, muy importante -¿verdad?- que descubramos por nosotros mismos, y no de acuerdo a lo que dice Marx, los *Shastras*, el *Bhagavad Gita* o cualquier otro. Vosotros y yo tenerlos que descubrir, porque se trata de nuestro problema. Problema nuestro de todos los días es el de descubrir cuál es la verdadera solución para nuestra civilización doliente.

Ahora bien, Pueden jamás las ideas producir acción, o ellas simplemente moldean el pensamiento ¿por lo tanto limitan la acción? Cuando la acción es forzada por una idea, jamás la acción puede libertar al hombre. Notadlo bien: es extraordinariamente importante para nosotros el comprender este punto. Si una idea plasma la acción, ésta jamas; podrá traer solución a nuestras miserias; porque, antes de que la idea pueda ser puesta en acción, tenemos que descubrir cómo surge la idea. La investigación de la ideación, de la elaboración de ideas -sean ellas las de los socialistas, los capitalistas, los comunistas o las diversas religiones- es de la mayor importancia, máxime cuando nuestra sociedad está al borde de un precipicio, lo que puede provocar otra catástrofe, otra escisión; y los que son realmente serios es su intención de descubrir la solución humana de nuestros muchos problemas, deben primero comprender el proceso de la ideación. Como lo he dicho esto no es académico; es el enfoque más práctico de la vida humana. No es filosófico ni especulativo, porque eso es pura pérdida de tiempo. Dejemos a los universitarios la discusión de asuntos teóricos en sus centros o en sus clubes.

¿Qué entendernos, pues, por idea? ¿Cómo surge la idea? ¿Y es posible acoplar la idea con la acción? Es decir, yo tengo una idea y deseo ponerla en práctica, para lo cual busco un método; y nosotros especulamos, y malgastamos nuestro tiempo y energías, en disputas acerca de cómo poner la idea en ejecución. De suerte que es muy importante averiguar cómo surgen las ideas; y luego de descubrir la verdad al respecto, podremos discutir el problema de la acción. Sin discutir las ideas, carece de sentido el averiguar simplemente cómo se ha de actuar.

Bueno, ¿cómo os viene una idea? Cualquier idea, por simple que sea; no necesita ser filosófica religiosa ni económica. Es obvio que ella es un proceso de pensamiento, ¿no es así? La idea es el resultado de un proceso de pensamiento; sin proceso de pensamiento no puede haber idea. Debo, pues, comprender el proceso mismo de pensar antes de que pueda comprender su producto, la idea. ¿Qué entendemos por pensamiento? ¿Cuándo pensáis? El pensamiento, evidentemente, es el resultado de una respuesta, neurológica o psicológica, ¿verdad? Es la respuesta inmediata de los sentidos a una sensación; o es psicológica, la respuesta del recuerdo almacenado. Está la respuesta inmediata de los nervios a una sensación, y está la respuesta psicológica del recuerdo almacenado: la influencia de la raza, del grupo, del "gurú", de la familia, de la tradición, etc. A todo eso le llamáis pensamiento. De modo que el proceso del pensamiento es la respuesta de la memoria, ¿no es así? No tendríais pensamientos si no tuvierais memoria; y la respuesta de la memoria a determinada experiencia pone en acción el proceso de pensar. Digamos, por ejemplo, que yo tengo los recuerdos almacenados del nacionalismo, llamándome a mí mismo hindú. Ese depósito de recuerdos de pasadas respuestas, acciones, implicaciones, tradiciones, costumbres, responde al reto de un musulmán, un budista o un cristiano, y la respuesta de la memoria al reto produce invariablemente un proceso de pensamiento. Observad el proceso de pensar tal como opera en vosotros mismos, y podréis poner a prueba directamente la verdad de esto. Habéis sido insultados por alguien, y eso os queda en la memoria, forma parte de vuestro "trasfondo"; y cuando os encontráis con la persona -lo cual es el reto- la respuesta es el recuerdo de aquel insulto. De suerte que la respuesta de la memoria, que es el proceso de pensar, engendra una idea; y por eso la idea es siempre condicionada, lo cual resulta importante comprender. Es decir, la idea es el resultado del proceso del pensamiento, éste es la respuesta de la memoria, y la memoria es siempre condicionada. El recuerdo siempre está en el pasado, y un reto le da vida a ese recuerdo en el presente. El recuerdo no tiene vida por sí mismo; surque a la vida en el presente, cuando se ve en presencia de un reto. Y todo recuerdo, ya sea, latente o activo, es condicionado. ¿No es así?

¿Qué es, entonces, la memoria? Si observáis vuestra propia memoria y cómo juntáis recuerdos, advertiréis que o bien ella es "factual", técnica, relacionada con la información, la ingeniería, las matemáticas, la física y todo lo demás, o es el residuo de una experiencia no terminada, incompleta. ¿No es así? Vigilad vuestra propia memoria, y veréis. Cuando termináis una experiencia, cuando la completáis, no hay recuerdo de esa experiencia en el sentido de residuo psicológico. Sólo hay residuo cuando una experiencia no ha sido plenamente comprendida; y si no hay comprensión de la experiencia es porque miramos cada experiencia a través del los recuerdos del pasado, y nunca, por lo tanto, hacemos frente a lo nuevo como cosa nueva sino a través del tamiz de lo viejo. Resulta claro, por lo tanto, que nuestra respuesta a la experiencia es condicionada, siempre limitada. Vemos, pues, que las experiencias que no son completamente comprendidas dejan un residuo, al que llamemos recuerdo. Ese recuerdo, al ser evocado, produje pensamiento. Ese pensamiento crea la idea, y la idea moldea la acción. Es por eso que la acción basada en una idea nunca puede ser libre; y por lo tanto para ninguno de nosotros hay liberación por conducto de una idea. Observad que es muy importante comprender esto. No estay erigiendo un argumento contra las ideas; descrito el cuadro de cómo las ideas jamás pueden producir una revolución. Las ideas pueden modificar el estado presente, o cambiarlo, pero eso no es revolución. Una substitución, o una continuidad modificada, no es revolución. Mientras yo sea explotado, poco importa que lo sea por capitalistas privados o por el Estado; pero consideramos mejor la explotación por el Estado que la explotación por unos pocos. ¿Acaso es mejor? No hablo de los jefes. ¿Es en algo mejor para el hombre que es explotado? Así, pues, la mera modificación no es revolución; es sólo una reacción ante una condición. Es decir, la estructura capitalista puede producir una reacción bajo forma de comunismo, pero eso sigue estando mismo nivel. Es la continuidad modificada del capitalismo en forma diferente. Yo no defiendo al capitalismo ni al comunismo. Estamos procurando descubrir qué entendemos por cambio, qué entendemos por revolución. Una idea, pues, nunca puede producir la revolución en el sentido más profundo del término, en el sentido de transformación completa. Una idea puede producir una continuidad modificada de lo que *es*; pero eso, evidentemente, no es revolución. Y lo que necesitamos es una revolución, no una continuidad modificada. No necesitamos una substitución sino una transformación completa.

Así, pues, para producir la revolución, esa transformación completa, debo primero comprender las ideas, y cómo surgen; y si comprendo las ideas, si veo lo falso como falso, entonces puedo proceder a inquirir que

entendemos por acción. Si el pensamiento crea la idea -o si el pensamiento mismo, puesto en forma verbal, es lo que llamo idea- y si ese pensamiento siempre es condicionado porque es la respuesta de la memoria a un reto que siempre es nuevo, entonces una idea jamás podrá traer una revolución en el sentido mas profundo de la palabra; y ello no obstante, eso es lo que intentamos hacer. Confiamos en que una idea produzca la transformación. Espero que me exprese con claridad.

Nuestro problema, pues, es este: si no puedo guiarme por una idea, que es un proceso de pensamiento, ¿cómo puedo actuar? Atención: antes de que yo pueda descubrir cómo actuar, tengo que estar completamente seguro de que la acción basada en una idea es absolutamente falsa; debo ver que las ideas plasman la acción, y que la acción plasmada por ideas siempre será limitada. No hay, por lo tanto, liberación por medio de la acción basada en una idea, en una ideología o en una creencia, porque tal acción es el resultado de un proceso de pensamiento que es simple respuesta de la memoria. Ese proceso de pensamiento tiene inevitablemente que crear una idea condicionada, limitada; y una acción basada en una limitación jamás podrá libertar al hombre. La acción que se basa en una idea es acción limitada, acción condicionada, y si cuento con esa acción como instrumento de libertad, es obvio que sólo podré continuar en un estado condicionado. No puedo, por consiguiente, esperar nada de una idea como guía para la acción. Y, sin embargo, es eso lo que hacemos porque somos muy adietes a las ideas, sean ellas ajenas o propias.

Así, pues, lo que ahora tenemos que hacer es descubrir cómo actuar sin el proceso del pensamiento, lo cual suena bastante a chifladura; ¿pero lo es, acaso? Ved un instante nuestro problema, que es muy interesante. Cuando yo vivo y actúo dentro del proceso del pensamiento -que da origen a la idea, la cual a su vez moldea la acción- no hay liberación alguna. ¿Puedo, empero, actuar sin el procese del pensamiento, que es la memoria? No nos confundamos, por favor: yo no entiendo por memoria el recuerdo "factual". Sería absurdo hablar de desechar todos los conocimientos técnicos, tales como construir una casa, fabricar una dinamo a un avión a chorro, desintegrar el átomo, y tantos otros que el hombre ha adquirido a través de los siglos, generación tras generación. ¿Pero puedo yo vivir, actuar, estar en relación con los demás sin la respuesta psicológica de la memoria que conduce a la ideación la cual a su vez controla la acción? A la mayoría de nosotros podrá esto parecer muy extraño, pues estamos acostumbrados a tener primero la idea, adaptando luego la acción a la idea. Todas nuestras disciplinas, todas nuestras actividades, se basan en esto: la idea primero, y luego conformidad con la idea. Y cuando os planteo la cuestión no tenéis respuesta alguna, porque no habéis pensado para nada en esta dirección. Como lo he dicho, para muchos de vosotros ello sonará a insensatez: pero si realmente examináis todo el proceso de la vida con mucha atención y seriedad porque deseáis comprender y no simplemente arrojar unas palabras contra otras, esta cuestión acerca de lo que entendemos por acción tiene forzosamente que plantearse.

Ahora bien, ¿la acción se basa realmente en la idea, o la acción viene primero y la idea después? Si observáis aún más atentamente, veréis que la acción siempre viene primero, no la idea. El mono en el árbol se siente con hambre, y entonces surge el impulso de tomar una fruta o una nuez. La acción viene primero, y luego la idea de que haríais mejor en guardarla. Para expresarlo con palabras diferente: La ¿acción está primero o el actor? ¿Hay actor sin acción? ¿Comprendéis? Esto es lo que nos preguntamos: ¿quién es el que ve? ¿Quién es el que vigila? ¿El pensador está aparte de sus pensamientos, el observador aparte de lo observado, el experimentador aparte de la experiencia, el actor aparte de la acción? ¿Hay una entidad que siempre domina, inspecciona, observa la acción, le llaméis Parabrahman o lo que os plazca? Cuando dais un nombre, os veis simplemente atrapados en la idea, y esa idea compele vuestros pensamientos; y por eso decís que el actor viene primero, y luego la acción. Pero si realmente examináis el proceso con mucho cuidado, atención e inteligencia, veréis que la acción siempre está primero, y que la acción con un fin en vista crea el actor. ¿Me entendéis? Si la acción tiene un fin en vista, el alcanzar ese fin produce el actor. Si pensáis muy claramente y sin prejuicio, sin conformidad, sin tratar de convencer a nadie, sin un fin en vista en ese pensamiento mismo no hay pensador, sólo existe el pensar. Sólo cuando en vuestro pensar buscáis un fin, vosotros llegáis a ser lo importante, no el pensamiento. Tal vez algunos de vosotros hayan observado eso. Es realmente algo importante de descubrir, porque partiendo de eso sabremos actuar. Si el pensador viene primero, entonces el pensador es más importante que el pensamiento, y todas las filosofías, costumbres y actividades de la civilización actual se basan en esa suposición; pero si el pensamiento está primero, entonces el pensamiento es más importante que el pensador. Es claro que están relacionados: no hay pensamiento sin pensador, y no hay pensador sin pensamiento. Pero no deseo discutirlo ahora, porque nos saldríamos del tema.

¿Puede, pues haber acción sin memoria? Ello significa: ¿Puede haber acción que sea constantemente revolucionaria? La única cosa que es constantemente revolucionaria es la acción sin el tamiz de la memoria. Una idea no puede producir constante revolución, porque siempre modifica la acción de acuerdo al trasfondo de su condicionamiento. Este es, entonces, nuestro problema: ¿puede haber acción sin el proceso del

pensamiento que crea la idea, la que a su vez controla la acción? Yo digo que puede haberla, y que ella puede ocurrir de inmediato, cuando veis que la idea no es ama liberación sino un estorbo para la acción. Si eso lo veo, mi acción no se basará en idea alguna, y por lo tanto estaré en estado de completa revolución; y a causa de ello existe la posibilidad de una sociedad que nunca sea estática, que jamás necesite ser derribada y reconstruida. Yo digo que podáis vivir con vuestra esposa, con vuestro esposo, con vuestro vecino, en ese estado de acción que no se adepta a una idea; y eso es posible tan sólo cuando comprendéis la significación de la idea, cómo la idea se produce y moldea la acción. La idea que moldea la acción es perjudicial para la acción, y el hombre que cuenta con una idea como medio de producir una revolución en la masa o en el individuo espera en vano. La revolución es constante, nunca es estática. Las ideas no engendran revolución sino continuidad modificada. Sólo aquella acción que no se basa en una idea puede traer la revolución, que es constante y por lo mismo es perpetua renovación.

Hay muchas preguntas, y voy a contestar tantas como me sea posible.

Pregunta: ¿Qué lugar ocupa el poder en su esquema de las cosas? ¿Cree usted que los asuntos humanos pueden ser dirigidos sin coacción?

Krishnamurti: Bueno, ¿qué entiende Ud. por "su esquema de las cosas"? Cree Ud. evidentemente que yo tengo un molde en el que pongo la vida. (*Risas*) Cuidado, que esto es importante; no lo toméis en broma. La mayoría de nosotros tenemos un esquema, un plan de cómo la vida debería ser según Marx, Buda, Cristo o Sankara, o según las Naciones Unidas, y encajamos la vida en ese molde. Decimos "es un maravilloso esquema; encajemos en él", lo cual es absurdo. Cuidaos del hombre que tiene un esquema de la vida; quienquiera le siga, seguirá a la confusión y al dolor. La vida es mucho más grande que cualquier esquema que algún ser humano pueda inventar. Eso, pues, queda descartado.

"¿Qué lugar ocupa el poder?... ¿Cree Ud. que los asuntos humanos pueden ser dirigidos sin coacción?" Ahora bien, ¿que entendéis por poder? Está el poder que confiere la riqueza, el poder que trae el conocimiento, el poder de una idea, el poder del técnico. ¿A qué poder nos referimos? Es obvio que al poder de controlar, de dominar. Eso es lo que entendemos por poder, ¿verdad? El poder que cada cual desea es el poder que ejercemos en el hogar sobre la esposa o el esposo; eso sí, deseamos mayor poder para controlar, para dominar a los demás. Está también el poder que conferís al líder. Como estáis confusos, entregáis al líder las riendas de la autoridad, y él os guía y controla: o vosotros mismos desearíais ser conductores, etc. Y está el poder del amor de la compresión, de la benevolencia, de la misericordia, el poder de la realidad. Debemos ahora saber muy claramente a qué poder nos referimos. Está el poder del ejército, ese enorme poder de destruir, de mutilar, de causar horrores al género humano; y está el poder de un gobierno fuerte, de una vigorosa personalidad. Ocupar el poder, simplemente es relativamente fácil. El poder implica dominación; y cuanto más poder tenéis, más malvados os volvéis, cosa que a través de la historia se ha revelado repetidas veces. El poder de dominar, de moldear, de regular, de controlar, de forzar a los hombres a pensar lo que las autoridades quieren que piensen, es por cierto un poder totalmente pernicioso, absolutamente sombrío y estúpido. Así es también el poder del hombre rico que se pavonea en su fábrica, y el poder del ambicioso en materia de gobierno. Todo eso, evidentemente, es poder en su forma más estúpida, porque domina, controla, regula y deforma a los seres humanos.

Existe asimismo el llamado poder del amor, el poder de la comprensión. ¿El amor es un poder? ¿El amor domina, doblega, plasma el corazón humano? Si lo hace, ya no es amor. El amor, la comprensión, la verdad, tiene su cualidad propia; no compele, y por lo tanto no se halla en el mismo nivel que el poder. El amor, la verdad o la comprensión, viene cuando todas esas ideas de coacción, autoridad, dogmatismo, han cesado. La humildad no es lo opuesto de la autoridad o el poder. El cultivo de la humildad es simple deseo de autoridad, de poder, bajo apariencias diferentes.

¿Qué ocurre, pues, en el mundo? El poder de los gobiernos, de los Estados, el poder de los conductores, de los oradores y escritores sagaces, se emplea de más en más para plasmar al hombre, para obligarlo a seguir determinada línea de pensamiento, para enseñarle, no a pensar, sino qué pensar. Eso ha llegado a ser función de los gobiernos; con su enorme poder de propaganda, que es la incesante repetición de una idea; y toda repetición de una idea o de la verdad se convierte en mentira. Como en nuestra mente y corazón hay contusión y miseria, erigimos conductores que nos controlan, nos regulan; y eso mismo hacen nuestros gobiernos. A través del mundo rige la conformidad con los dictados de los militares, y el medio social influye sobre nosotros para que nos sometamos; ¿y creéis que la comprensión o el amor viene por compulsión? ¿Tenéis buena voluntad por compulsión? Si yo soy el dictador, ¿puedo forzaros a tener buena voluntad? Así, pues, la

coacción que resulta de colocar enorme poder en manos de los que pueden esgrimirlo, no es lo que une a los hombres.

Como lo expliqué en mi plática, la compulsión es el resultado de una idea. El hombre ebrio de ideología es sin duda intolerante; él engendra la torturar de la coacción. Es obvio que jamás podrá haber comprensión, amor, comunión de unos con otros, habiendo coacción; y ninguna sociedad puede edificarse sobre la coacción. Tal sociedad podrá tener buen éxito técnicamente, superficialmente; pero en lo íntimo del ser humano existe la angustia de ser compelido, y por lo tanto, como un prisionero encerrado entre cuatro paredes, él busca siempre la liberación, una evasión, una salida. De suerte que un gobierno o una sociedad que compele, plasma, fuerza al individuo desde afuera, acabará por engendrar desorden, caos y violencia. Eso, exactamente, es lo que está ocurriendo en el mundo.

Luego está el compelernos a nosotros mismos a observar una norma, lo que llamemos disciplina; y eso es represión, y la represión os confiere cierto poder. Pero en ninguno de los extremos, en ninguno de los opuestos, hay estabilidad; y la mente de los hombres va del uno al otro, esquivando la serena estabilidad de la comprensión. La mente que se ve compelida, la mente que está atrapada en el poder, jamás podrá conocer el amor; y sin amor no hay solución para nuestros problemas. Podréis aplazar la comprensión, intelectualmente podréis evitarla; podréis hábilmente construir puentes, pero todo eso es temporario. Y sin buena voluntad, sin misericordia, sin generosidad, sin benevolencia, es seguro que habrá creciente miseria y destrucción, porque la compulsión no es el aglutinante que une a los seres humanos. La coacción en cualquier forma, interior o externo, sólo engendra más confusión y miseria. Lo que actualmente necesitamos en los asuntos mundiales no es más ideas, más proyectos, más grandes y mejores dirigentes, sino buena voluntad, afecto, amor, benevolencia. Lo que nos hace falta, por consiguiente, es la persona que ama, que es bondadosa; y se trata de vosotros, no de otras personas. El amor no es adoración de Dios; podréis adorar una imagen de piedra o vuestra concepción de Dios, y eso es una maravillosa evasión de vuestro marido brutal o de vuestra rezongona mujer, pero no resuelvo la dificultad. El amor es el unir o solvente y el amor es bondad con vuestra esposa, vuestro hijo, vuestro prójimo.

Pregunta.: ¿Por qué somos tan duros unos con otros, a pesar de todo el sufrimiento que ello involucra?

Krishnamurti: ¿Por qué soy yo o por qué sois vosotros insensibles ante el sufrimiento ajeno? ¿Por qué somos indiferentes ante el peón que lleva una pesada carga o la mujer que carga una criatura? ¿Por qué somos tan duros? Para comprender esto, debemos comprender por qué el sufrimiento nos embota. Es el sufrimiento, sin duda, lo que nos vuelve insensibles; como no comprendemos el sufrimiento, nos volvemos indiferentes ante él. Si yo comprendo el sufrimiento, me vuelvo sensible al sufrimiento; estoy despierto a todas las cosas, pronto para comprenderme no sólo a mí mismo sino a las personas que me rodean, a mi mujer, a mis hijos, a un animal, a un mendigo. Pero no deseamos comprender el sufrimiento, queremos escapar al sufrimiento; y el escapar al sufrimiento nos vuelve torpes, y es por eso que somos duros. Lo que ocurre, señor, es que cl sufrimiento no comprendido embota la mente y el corazón, y no comprendemos el sufrimiento porque queremos huirle: por medio del "gurú", de un salvador, de los "mantrams", de la reencarnación, de las ideas, de la bebida, de toda clase de aficiones; por medio de lo que *sea*, con tal de esquivar lo que *es*. De suerte que nuestros templos, nuestras iglesias, nuestra política, nuestras reformas sociales, son simples modos de eludir el hecho del sufrimiento. No nos interesa el sufrimiento sino la idea de cómo librarnos del sufrimiento. Lo que nos importa son las ideas, no el sufrimiento; constantemente buscamos una idea mejor, y cómo llevarla a la práctica, lo que resulta sumamente pueril. Cuando tenéis hambre, no discutís como se come; decís "dadme alimento". Y no os interesa quién os lo traerá, si la izquierda o la derecha, ni cuál ideología es la mejor. Pero cuando queréis evitar la comprensión de lo que *es*, es decir, del sufrimiento, entonces escapáis hacia las ideologías; y es por eso que nuestra mente, aunque superficialmente sea muy sagaz, en lo esencial se ha vuelto torpe, ruda, insensible, brutal. La comprensión del sufrimiento requiere que se vea la falsedad de todas las escapatorias, ya se trate de Dios o de la bebida. Todas las escapatorias son lo mismo, aunque socialmente pueda ser diferente el significado de cada una. Cuando huyo del dolor, todos los modos de huir se hallan en el mismo nivel; ninguna evasión es "mejor" que otra.

Ahora bien, la comprensión del sufrimiento no consiste en descubrir cuál es su causa. Cualquier persona puede saber cuál es la causa del sufrimiento: su propio descuido, su estupidez, su estrechez, su brutalidad, etc. Pero si yo considero el sufrimiento en sí mismo sin desear una respuesta, ¿qué ocurre? Como entonces, no me escapo, empiezo a comprender el sufrimiento: mi mente está vigilante y alerta, es penetrante, lo cual significa que me vuelvo sensible, y siendo sensible me doy cuenta del sufrimiento ajeno. Por consiguiente no soy duro; soy bondadoso no sólo con mis amigos sino con todo el mundo, porque soy sensible al sufrimiento. Somos

duros porque hemos llegado a ser insensibles al sufrimiento; nuestra mente se ha embotado a fuerza de evasiones. La evasión confiere una buena dosis de poder, y el poder nos agrada; nos gusta tener una radio, un automóvil, un avión; nos gusta tener mucho dinero y disponer de inmenso poder. Mas cuando comprendéis el sufrimiento no hay poder, no hay evasión mediante el poder. Cuando comprendéis el sufrimiento hay benevolencia, hay afecto. El afecto, el amor exige la más elevada inteligencia; y sin sensibilidad no hay gran inteligencia.

Pregunta: ¿No puede usted hacerse de secuaces y emplearlos convenientemente? ¿Tiene que seguir usted siendo una voz en el deserto?

Krishnamurti: Bueno, ¿qué entendéis por secuaces y qué entendéis por líder? ¿Por qué seguís a alguien y por qué creáis un conductor? Si esto os interesa, os ruego lo consideréis con atención. ¿Cuándo seguís a alguien? Sólo seguís a alguien cuando os halláis confusos; cuando sois infortunados, cuando os sentís por el suelo, deseáis que alguien -un conductor político, religioso o militar- os ayude, os saque de vuestra miseria. Cuando en nosotros hay claridad, cuando comprendéis, no deseáis que se os conduzca. Sólo deseáis ser conducidos cuando os halláis en estado de confusión, con todo lo que ello implica. ¿Qué sucede, pues? ¿Como podéis ver claramente cuando estáis contusos? No pudiendo ver claramente, escogeréis un conductor que también estará confuso: (*Risas*) No riáis.

Eso es lo que ocurre en el mundo, y es desastroso. Podrá sonar a agudeza, pero no lo es. ¿Cómo puede un hombre ciego escoger un conductor? Sólo puede escoger entre los que le rodean. De un modo análogo, un hombre confuso puede elegir tan sólo un conductor que esté tan confuso como él mismo. ¿Y que ocurre? Estando confuso, es natural que vuestro líder os conduzca a mayor confusión, a mayor desastre, a mayor miseria. Eso es lo que hoy sucede en el mundo entero. Por el amor de Dios, señores, considerad el hecho: se trata de *vuestra* miseria. Se os conduce a la matanza porque rehusáis ver y disipar la causa de vuestra propia confusión. Y es porque rehusáis verla que creáis con vuestra contusión los hábiles y astutos conductores que os explotan: porque el conductor, al igual que vosotros mismos, busca la propia satisfacción. Por eso os convertís en una necesidad para el líder, y éste se convierte en una necesidad para vosotros: es una explotación mutua.

¿Para qué, pues, necesitáis un conductor? ¿Y puede acaso haber recta conducción? Vosotros y yo podemos ayudarnos unos a otros a disipar nuestra propia confusión, lo cual no significa que yo me convierta en vuestro líder y vosotros en mis secuaces, o que yo sea vuestro "gurú" y vosotros mis discípulos. Nos ayudamos simplemente unos a otros a comprender la contusión que existe en nuestra propia mente y corazón. Sólo cuando no queréis comprender la confusión, huís de ella; y entonces recurrís a alguien, a un líder o a un "gurú". Pero si queréis, comprenderla, debéis atender a la miseria común, a los dolores, a las aflicciones, a la soledad; y sólo podéis hacerlo cuando no tratáis de hallar una respuesta, una salida de la confusión. Consideráis la confusión porque ella conduce de por sí a la miseria; por eso deseáis comprender la confusión. Y cuando la comprendáis, cuando la disipéis, seréis libres como el aire, amaréis, no seguiréis a nadie, no tendréis conductores; y entonces advendrá la sociedad de la igualdad verdadera, sin clases y sin castas.

Vosotros, señores, no buscáis la verdad. Tratáis de hallar solución a alguna dificultad, y esa es vuestra desdicha. Queréis conductores que os dirijan, que os remolquen, que os fuercen que os hagan adaptables, y eso inevitablemente lleva a la destrucción, a mayores sufrimientos. El sufrimiento es lo que tenemos a la vista, y sin embargo, nos negarnos a verlo; y queremos "verdaderos" conductores, lo cual significa gran falta de madurez. Toda conducción, para mí, es indicio de deterioro social. El líder es un elemento destructivo en la sociedad. (*Risas*). No lo toméis a broma, no paséis por alto ese hecho: consideradlo. Es cosa muy seria, sobre todo ahora. El mundo se halla al borde de una catástrofe y se desintegra rápidamente; y conformarse con encontrar otro líder, un nuevo Churchill, un Stalin de más volumen, un Dios diferente, es absolutamente inútil; porque el hombre que está confuso no puede escoger sino de acuerdo a los dictados de su propia mente, o sea de la confusión. De nada sirve, por lo tanto, buscar un conductor, bueno o malo. No hay "buen" conductor; todos los conductores son desacertados. Lo que tenéis que hacer es disipar vuestra propia contusión. Y la confusión sólo queda apartada cuando os comprendéis a vosotros mismos; con el comienzo del conocimiento propio viene la claridad. Sin conocimiento propio, la confusión es como una ola que eternamente os alcanza. Resulta pues muy importante, para aquellos que son realmente serios y de buena fe, el empezar por sí mismos y no buscar liberación ni escape de la confusión. En el momento en que comprendéis la confusión, estáis libres de ella.

Pregunta: Granos de verdad pueden hallarse en las religiones, teorías, ideas y creencias. ¿Cuál es el verdadero modo de separarlos?

Krishnamurti: Lo falso es lo falso, y no por buscar podéis separar lo falso de la verdad. Tenéis que ver lo falso como falso, y sólo entonces cesa lo falso. No podéis Buscar la verdad en lo falso, pero podéis ver lo falso como tal, y entonces os libráis de lo falso. Señor, ¿cómo puede lo falso contener la verdad? ¿Cómo puede la ignorancia, la obscuridad, contener la comprensión, la luz? Sé que os agradaría que así fuese; desearíamos creen que en alguna parte de nosotros está la eternidad, la luz, la verdad, la piedad, cubiertas todas ellas por la ignorancia. Donde hay luz no hay obscuridad; donde hay ignorancia siempre hay ignorancia, jamás comprensión. Sólo hay liberación, pues, cuando vosotros y yo vemos lo falso como falso, es decir, cuando vemos la verdad acerca de lo falso, lo que significa no permanecer en lo falso como falso. El ver lo falso como falso nos lo impide nuestro prejuicio, nuestro "condicionamiento". Con esa comprensión, sigamos adelante.

Ahora la cuestión es esta: ¿no hay verdad en las religiones, en las teorías, en los ideales, en las creencias? Examinémoslo. ¿Qué entendemos por religión? No, por cierto, la religión organizada, ya sea el hinduismo, el budismo o el cristianismo, pues todas ellas son creencias organizadas; con su propaganda, conversión, proselitismo, compulsión, etc. ¿Hay alguna verdad en la religión organizada? Ella podrá engolfar, atrapar la verdad en su red, pero la religión organizada no es verdadera en sí misma. Ella es falsa, por lo tanto, y separa al hombre del hombre, Vosotros sois musulmanes, yo soy hindú, otro es cristiano y otro es budista; y todos reñirnos y nos damos muerte unos a otros. ¿Hay en eso alguna verdad? No nos referimos a la religión como búsqueda de la verdad; lo que estamos considerando es si hay alguna verdad en la religión organizada. Hemos sido tan condicionados por la religión organizada para juzgar que en ella hay verdad, que hemos llegado a creer que por llamarse "hindú" uno es alguien o encontrará a Dios. ¡Qué absurdo! Señor, para encontrar a Dios para encontrar la realidad, tiene que haber virtud. La virtud es libertad, y sólo por medio de la libertad puede descubrirse la verdad, no cuando os halláis en manos de la religión organizada, atrapados en sus creencias. ¿Y hay alguna verdad en las teorías, en los ideales, en las creencias? ¿Por qué tenéis creencias? Es obvio que porque las creencias os brindan seguridad, comodidad, protección, una guía. En vosotros hay miedo, deseáis ser protegidos, apoyaros en alguien, y es por eso que creáis el ideal, el cual os impide comprender aquello que es; por lo tanto el ideal llega a ser un estorbo para la acción. Señor, cuando yo soy violento, ¿por qué deseo perseguir el ideal de la "no violencia"? Por la razón obvia de que quiero eludir la violencia, escapar a la violencia. Cultivo el ideal a fin de no tener que enfrentar la violencia y comprenderla. ¿Para qué quiero un ideal, después de todo? Es un impedimento. Si quiero comprender la violencia, debo tratar de comprender lo que ella es; directamente, no a través de la pantalla de un ideal. El ideal ea falso, ficticio, y me impide comprender lo que yo soy. Considerad eso más de cerca, y veréis. Si soy violento, para comprender la violencia no necesito un ideal; para considerar la violencia, no necesito guía. Pero me gusta ser violento; ello me da cierta sensación de poder, y continuaré siendo violento, aunque lo disimule con el ideal de la "no violencia". De modo que el ideal es ficticio: no existe, simplemente. Sólo existe en la mente; es una idea que ha de realizarse y mientras tanto puedo ser violento. Por consiguiente un ideal es falso como una creencia.

Ahora bien, ¿por qué deseo creer? El hombre que comprende la vida no necesita creencias, por cierto. El que ama no tiene creencias: ama. El hombre consumido por el intelecto es el que tiene creencias, porque el intelecto siempre busca seguridad, protección; siempre evita el peligro, y por eso elabora ideas creencias, ideales, tras de los cuales puede hallar amparo. ¿Qué ocurriría si os entendierais con la violencia directamente, ahora? Seríais un peligro para la saciedad; y como la mente prevé el peligro, dice, "realizaré el ideal de la no violencia de aquí a diez años", lo cual es un proceso ficticio, falso. Las teorías, pues -y no se trata de las teorías matemáticas y otras análogas sino de las que surgen en relación con nuestros problemas humanos, psicológicos- las teorías, las creencias, los ideales; son falsos porque nos impiden ver; las cosas como son. Comprender lo que *es* resulta más importante que crear y seguir ideales porque los ideales son falsos, y lo que *es* es lo real. Comprender lo que *es* requiere una enorme capacidad, una mente veloz y sin prejuicios. Es porque no queremos enfrentar ni comprender lo que *es*, que inventamos las muchas vías de escape y les damos hermosos nombres, tales como ideal, creencia, Dios. Sólo cuando veo lo falso como falso, por cierto, mi mente es capaz de percibir lo que es verdadero. Una mente que se halla confusa en lo falso, nunca puede hallar la verdad. Por lo tanto debo comprender lo que es falso en mis relaciones, en mis ideas, en las cosas que me rodean; porque el percibir la verdad requiere comprensión de lo falso. Sin suprimir las causas de la ignorancia no puede haber esclarecimiento; y el buscar esclarecimiento cuando la mente no está esclarecida, resulta absolutamente vano y sin sentido. Debo, pues, empezar a ver lo falso en mis relaciones con las ideas,

con las personas, con las cosas. Cuando la mente ve aquello que es falso, surge aquello que es verdadero; y entonces hay éxtasis, hay felicidad.

Agosto 1º de 1948.

VI

En nuestras diversas reuniones hemos tratado el problema de la transformación que es lo único capaz de producir la revolución, tan necesaria en los asuntos del mundo. Y, como lo hemos visto, el mundo no es diferente de vosotros y de mí: el mundo es lo que nosotros hacemos de él. Somos el resultado del mundo, y somos el mundo. De suerte que la transformación tiene que empezar por nosotros, no por el mundo ni por la legislación externa, los proyectos, etc. Es esencial que cada cual comprenda la importancia de esta transformación interior que traerá una revolución en lo externo. El mero cambio en las circunstancias externas de la vida es de muy escasa significación sin la transformación interior; y, como lo hemos dicho, esta transformación interior no puede ocurrir sin el conocimiento de uno mismo. El conocimiento propio consiste en conocer el proceso total de uno mismo, las modalidades del propio pensar, sentir y actuar; y el uno no se conoce a sí mismo, no hay base para una acción más amplia. El conocimiento propio es, pues, de primordial importancia. Es obvio que uno debe empezar a comprenderse a sí mismo en todos los propios actos, pensamientos y sentimientos, porque el "sí mismo" la mente, el "yo", es muy complejo y sutil. Tantas imposiciones han pesado sobre la mente, sobre el "yo", tantas influencias raciales, religiosas, nacionales, sociales y ambientales la han plasmado, que el seguir cada huella, el analizar cada rastro, resulta en extremo difícil; y si pasamos por alto una de ellas, si al no analizar adecuadamente omitimos una huella, todo el proceso del análisis se malogra. Nuestro problema, pues, consiste en analizar el "sí mismo", el "yo"; y no tan sólo una parte del "yo" sino todo el campo del pensamiento, que es la respuesta del "yo". Tenemos que comprender todo el campo de la memoria de la cual surge todo pensamiento, tanto los conscientes como los inconscientes; y todo eso es el "yo", lo oculto a la vez que lo patente, el soñador y lo que él sueña.

Ahora bien, para comprender el "yo" -y sólo eso puede producir una revolución radical, una regeneración- tiene que existir la intención de comprender todo el protestó del "yo". El proceso del individuo no es opuesto al mundo, a la masa, sea cual fuere el significado de ese término. Nada hay, en efecto, aparte de vosotros; sois vosotros la masa. Así pues, para comprender el proceso es preciso que haya intención de comprender lo que *es*, de seguir todo pensamiento, sentimiento y acción; y el comprender lo que *es*, resulta en extremo difícil porque lo que *es* jamás está inmóvil estático; siempre está en movimiento. Lo que *és* es lo que vosotros sois, no lo que os gustaría ser. No es el ideal, porque el ideal es ficticio; es en realidad lo que vosotros hacéis, pensáis y sentís de instante en instante. Lo que és es lo existente; y para comprender lo existente se requiere alerta percepción, una mente muy vigilante y veloz. Pero si empezamos por condenar lo que *es*, si empezamos por censurarlo o resistirle, no comprenderemos su movimiento. Si quiero comprender a alguien no puedo condenarlo tengo que observarlo que estudiarlo. Tengo que amar la cosa misma que estudio. Si queréis comprender a un niño, debéis amarlo, no condenarlo. Debéis jugar con él, observar sus movimientos, su idiosincrasia, sus modos de conducirse; pero si no hacéis más que condenarlo, resistirle o censurarlo, no hay comprensión del niño. De un modo análogo, para comprender lo que *es*, hay que observar lo que uno piensa, siente y hace de instante en instante. Eso es lo efectivo. Ninguna otra acción, ningún ideal o acción ideológica, es lo existente; es un mero anhelo, un deseo ficticio de ser otra cosa que lo que uno *es*.

Para comprender, pues, lo que *es*, requiérese un estado de la mente en el que no haya identificación ni condenación, lo cual significa una mente que sea alerta y sin embargo pasiva. En ese estado nos encontramos cuando deseamos realmente comprender algo; cuando hay intensidad en el interés, ese estado mental se produce. Cuando uno está interesado en comprender lo que *es*, el estado real de la mente, no necesita forzarla, disciplinarla ni controlarla antes bien, hay entonces vigilancia pasiva y alerta. Si yo deseo comprender un cuadro o una persona, tengo que dejar de lado todos mis prejuicios, mis conceptos previos a su respecto, mi educación clásica o de otro tipo, y estudiar el cuadro o la persona directamente. Este estado de alerta percepción surge cuando hay interés, intención de comprender.

La siguiente cuestión es ahora la de saber si la transformación es asunto de tiempo. La mayoría de nosotros estamos acostumbrados a pensar que el tiempo es necesario para la transformación: yo soy algo, y para cambiar lo que soy en lo que yo debería ser, se requiere tiempo. Soy codicioso, y lo que de ello resulta en cuanto a confusión, antagonismos, conflictos y miserias; y para producir esa transformación, o sea la "no codicia", creemos que el tiempo es necesario. Es decir, se considera que el tiempo es un medio para

desarrollar algo más grande, para llegar a ser alguna cosa. ¿Comprendéis el problema? El problema es este: uno es violento, codicioso, envidioso, iracundo, vicioso o apasionado. Ahora bien, ¿el tiempo se necesita para transformar lo que *es*? En primer lugar, ¿por qué queremos cambiar lo que *es*, o producir una transformación? ¿Por qué? Porque lo que somos nos desagrada; engendra conflicto, perturbación. Y no gustándonos ese estado, deseamos algo mejor, algo más noble más idealista. Deseamos, pues, la transformación, porque hay dolor, incomodidad, conflicto. ¿Pero al conflicto se lo vence con el tiempo? Si decís que él será superado por el tiempo, uno estáis en conflicto. En otros términos, podréis decir que llevará veinte días o veinte años el libraros del conflicto, el cambiar lo que sois; pero durante ese tiempo estáis todavía en conflicto, y por lo tanto el tiempo no trae transformación. Cuando empleamos el tiempo como medio de adquirir una cualidad una virtud o un estado del ser, no haremos mas que aplazar o esquivar lo que *es*; y creo que es importante comprender este punto. La codicia o la violencia causa dolor, perturbación, en el mundo de nuestras relaciones con el prójimo, o sea en la sociedad; y siendo conscientes de ese estado de perturbación que denominamos codicia o violencia, nos decimos a nosotros mismos: "me libraré de él con el tiempo; practicaré la no violencia, practicaré la no envidia practicaré la paz". Ahora bien, vosotros de deseáis practicar la "no violencia" porque la violencia es un estado de perturbación, de conflicto, y creéis que con el tiempo lograréis la "no violencia" y os sobrepondréis al conflicto. ¿Qué ocurre, pues, en realidad? Hallándoos en catado de conflicto, queréis lograr un estado en el que no hallo conflicto. ¿Pero ese estarlo de "no conflicto" es el resultado del tiempo, de una duración? No, evidentemente. Porque, mientras estáis logrando un estado de "no violencia", seguís siendo violentos y por lo tanto estáis todavía en conflicto.

De suerte que nuestro problema es este: ¿es posible superar un conflicto, una perturbación, en un periodo de tiempo, ya se trate de días, de años o de vidas? ¿Qué ocurre cuando decís: "voy a practicar la no violencia durante cierto periodo de tiempo"? La práctica misma indica que estáis en conflicto, ¿no es así? No practicaríais si no resistierais al conflicto; y decís que la resistencia al conflicto es necesaria a fin de superar el conflicto, y para esa resistencia os lace falta tiempo. Pero la resistencia misma al conflicto es una forma de conflicto. Gastáis vuestra energía en resistir al conflicto bajo la forma de lo que llamáis codicia, envidia o violencia, pero vuestra mente sigue en conflicto. Resulta importante, pues, ver cuan falso es el proceso de depender del tiempo como medio de superar la violencia, y, viendo eso, librarse de dicho proceso. Entonces sois capaces de ser lo qué sois: una perturbación psicológica que es la violencia misma.

Ahora bien, para comprender algo, cualquier problema humano o científico, ¿qué es lo importante, qué es lo esencial? Una mente tranquila, ¿no es así? Una mente qué esté resuelta a comprender. No una mente que sea exclusiva, que trate de concentrarse, lo cual, una vez más, es un esfuerzo de resistencia. Si yo deseo realmente comprender algo de inmediato se produce en mi mente un estado de quietud. Es decir, cuando queréis escuchar música o mirar un cuadro que amáis, que os emociona, ¿cuál es el estado de vuestra mente? Ella queda inmediatamente en calma, ¿no es así? Cuando escucháis música, vuestra mente no vaga por todas partes; escucháis. De un modo análogo, cuando queréis comprender el conflicto, ya no dependéis para nada del tiempo os enfrentáis simplemente con lo que *es*, o sea con el conflicto. Entonces se produce de inmediato una quietud, una serenidad de la mente. Así, pues, cuando ya no dependéis del tiempo como medio de transformar lo que *es*, porque veis la falsedad de ese proceso, entonces os enfrentáis con lo que *es*; y como estáis interesados en comprender lo que *es*, resulta natural que tengáis la mente quieta. En ese estado mental alerta y sin embargo pasivo, surge la comprensión. Mientras la mente esté en conflicto, censurando, condenando, no puede haber comprensión. Si quiero comprenderos, es obvio que no debo condenaros. Es, pues, esa mente tranquila, esa mente serena, que produce la transformación. Cuando la mente ya no resiste, ya no elude, ya no descarta ni censura lo que es, sino que se encuentra simplemente perceptiva de un modo pasivo, en esa pasividad de la mente, si ahondáis de veras en el problema, hallaréis que se produce la transformación.

Así, pues, la transformación no es el resultado del tiempo: es el resultado de una mente quieta, de una mente asentada, de una mente que está serena, tranquila, pasiva. La mente no está pasiva cuando busca un resultado; y la mente buscará un resultado mientras anhele transformar, cambiar o modificar lo que *es*. Pero si la mente tiene simplemente la intención de comprender lo que *es* y está por lo tanto serena, en esa serenidad encontraréis que surge una comprensión de lo que es, y por ello mismo una transformación. Esto lo hacemos, en realidad, cuando nos enfrentamos con algo en lo cual estamos interesados. Observaos, y veréis desarrollarse ese extraordinario proceso. Cuando estáis interesados en algo, vuestra mente está quieta. No se ha dormido, está en extremo alerta y sensible, y es por lo tanto capaz de recibir insinuaciones, intimaciones; y es esa serenidad, esa alerta pasividad, lo que trae una transformación. Esto no involucra el empleo del tiempo como medio de transformación, de modificación o de cambio.

La revolución sólo es posible ahora, no en el futuro; la regeneración es ahora, no mañana. Si queréis experimentar con lo que acabo de decir, encontraréis que habrá una regeneración inmediata, una cualidad de cosa nueva, fresca; porque la mente siempre está serena cuando está interesada, cuando desea o tiene la intención de comprender. La dificultad para la mayoría de nosotros está en que no tenemos la intención de comprender, porque tenemos miedo de que, si comprendemos, ello podría producir una acción revolucionaria en nuestra vida; y es por eso que resistimos. Es el mecanismo defensivo lo que está en acción cuando nos valemos del tiempo o de un ideal como medio de transformación gradual.

De suerte que la regeneración sólo es posible en el presente, no en el futuro ni mañana. El hombre que confía en el tiempo como medio por el cual puede encanar la felicidad, comprender la verdad o Dios sólo se engaña a sí mismo; vive en la ignorancia, y por lo tanto en concreto. Pero el que ve que el tiempo no es la salida de nuestra dificultad, y por lo tanto está libre de lo falso, un hombre así, naturalmente, tiene la intención de comprender; su mente, por consiguiente, está quieta de por sí, sin compulsión, sin ejercitación. Cuando la mente está serena, tranquila. Sin buscar respuesta ni solución alguna, sin resistir ni esquivar, sólo entonces puede haber regeneración, porque entonces la mente es capaz de percibir lo que es verdadero; y es la verdad lo que libera, no vuestro esfuerzo por ser libres.

Voy a contestar algunas de las preguntas que se me han entregado.

Pregunta: Habla usted mucho acerca de la necesidad de una incesante vigilancia. Yo encuentro que mi trabajo me embota, de un modo tan irresistible, que el hablar de un estado de alerta después de un día de trabajo es simplemente echar sal en la herida.

Krishnamurti: Esta es una cuestión importante, señor. Examinémosla juntos con cuidado, por favor, y veamos lo que ella involucra. Bueno, a la mayoría de nosotros nos embota lo que llamamos nuestro trabajo, el empleo, la rutina. Tan embotados estáis, los que aman el trabajo como los que se ven forzados a trabajar por necesidad y que ven que el trabajo los embota. Tanto el hombre que ama su trabajo como el que le resiste, sufren embotamiento, ¿no es así? ¿Que hace el hombre amante de su trabajo? Piensa en é1 de la mañana a la noche; su trabajo le ocupa constantemente. Está tan identificado con él, que no puede mirarlo objetivamente: él mismo es el trabajo, la acción. ¿Y qué le ocurre a una persona así? Vive en una jaula, vive en el aislamiento con su trabajo. En ese aislamiento podrá ser muy hábil, muy inventivo, muy sutil, pero no deja de estar aislado; y sufre embotamiento porque resiste a todo otro trabajo, a todos los otros enfoques. Su trabajo resulta así una forma de eludir la vida, de esquivar a, su esposa, de rehuir sus deberes sociales, innumerables exigencias, etc. Y está el hombre que pertenece a la otra categoría el que, como la mayoría de vosotros, se ve compelido a hacer algo que le disgusta, y se resiste a ello. El obrero de fábrica, el empleado de banco, el abogado, o cualquiera de nuestras diversas ocupaciones.

Ahora bien, ¿qué es lo que nos embota? ¿Es el trabajo en sí? ¿O bien nuestra resistencia al trabajo, o el evitar otros impactos? ¿Seguis la cuestión? Espero plantearla claramente. Esto es, el hombre que ama su trabajo está tan encerrado en él, tan enredado, que el trabajo se convierte en una pasión. Su amor al trabajo, por lo tanto, es una evasión de la vida. Y el hombre que resiste al trabajo, que desearía hacer otra cosa, a él se le plantea el incesante conflicto de la resistencia a lo que hace. Nuestro problema es, pues, este: ¿Es el trabajo lo que embota la mente? ¿O el embotamiento lo produce la resistencia al trabajo, por una parte, o el valerse del trabajo para evitar los impactos de la vida, por la otra? Es decir, ¿la nación, el trabajo, embota la mente? ¿O a la mente la embota el eludir, el conflicto, la resistencia? No es el trabajo sino la resistencia, evidentemente 1o que embota la mente. ¿Qué sucede si no hacéis resistencia y aceptéis el trabajo? Que el trabajo no os embota, porque sólo una parte de vuestra mente está empleada en el trabajo que tenéis que ejecutar. El resto de vuestro ser lo inconsciente, lo oculto, está ocupado con otros pensamientos en que realmente os interesáis. Así no hay conflicto. Esto podrá parecer algo complejo: pero si lo seguís con cuidado, veréis que a la mente no la embota el trabajo sino la resistencia al trabajo o la resistencia a la vida. Digamos, por ejemplo, que debéis cumplir cierta tarea que lleve cinco o seis horas. Si decís "que aburrimiento, que cosa terrible; ojalá pudiese hacer alguna otro cosa", es obvio que vuestra mente resiste a ese trabajo. Parte de vuestra mente desearía que hicieseis alguna otra cosa. Esta división, producida por la resistencia, causa embotamiento porque desperdiciáis esfuerzos al desear que lo que hacéis fuese otra cosa. Ahora bien, si no lo resistís sino que hacéis lo que es realmente necesario, os decís: "tengo que ganarme la vida, y me la ganaré como es debido". Pero los buenos medios de vida no incluyen el ejército, la policía ni la abogacía, porque ellos medran con los litigios, con los disturbios, con los ardides y subterfugios, etc. Esto es en sí mismo un problema sumamente difícil, que tal vez discutiremos mas tarde si tenemos tiempo.

Así, pues, si estáis ocupados en hacer algo que tenéis fine hacer para ganaros la vida, y si le resistís, es obvio que la mente se embota; porque esa misma resistencia es como hacer andar una máquina con el freno puesto. ¿Qué le ocurre a la pobre máquina? Su funcionamiento se entorpece, ¿verdad? Si habéis conducido un coche, sabéis lo que ocurrirá si frenáis constantemente; no sólo gastaréis el freno sino que acabaréis con el motor. Eso es exactamente lo que hacéis cuando resistís al trabajo. Mientras que si aceptáis lo que tenéis que hacer, y lo hacéis tan inteligente y plenamente como os sea posible, ¿qué sucede entonces? Como ya no resistís, las otras capas de vuestra conciencia están activas, prescindiendo de lo que hacéis; sólo consagráis vuestra mente consciente a vuestro trabajo, y lo inconsciente, la parte oculta de vuestra mente, se ocupa con otras cosas en las cuales hay mucha más vitalidad, mucho más hondura. Aunque hagáis frente a vuestro trabajo, lo inconsciente continúa con el suyo y funciona.

Si observáis ahora, ¿qué es lo que en realidad ocurre en vuestra vida diaria? Supongamos que estáis interesados en encontrar a Dios, en gozar de paz. Ese es vuestro verdadero interés con el cual se ocupa vuestra mente consciente a la vez que vuestra mente inconsciente: hallar la felicidad, hallar la realidad, vivir rectamente, con belleza y con claridad. Pero tenéis que ganaros la vida, porque eso de vivir en el aislamiento no existe: aquello que *es* está en interrelación. Estando, pues, interesados en la paz, y como vuestro trabajo en la vida diaria es un estorbo para ello, resistís al trabajo. ¿Os decís: "ojala tuviera más tiempo para pensar, para meditar, para practicar el violín?, o cualquier cosa que sea. Cuando hacéis eso, cuando simplemente resistís al trabajo que debéis hacer, esa misma resistencia es esfuerzo malgastado que embota la mente; mientras que si os dais cuenta de que todos hacernos diversas cosas que tienen que ser hechas: escribir cartas, charlar, quitar el estiércol de vaca, o lo que sea, y por lo tanto no resistís sino que os decís "tengo que hacer ese trabajo", entonces lo haréis de buena gana y sin aburrimiento. Si no hay resistencia, una vez terminado ese trabajo encontrareis que la mente está apacible; porque lo inconsciente, las capas más profundas de la mente, están interesadas en la paz, y la paz empieza a llegar. No hay, pues, división entre la acción que pueda ser rutinaria, desprovista de interés y vuestra búsqueda de la realidad: ambas cosas son compatibles cuando la mente ya no resiste, cuando ya no se ve embotada por la resistencia. Es la resistencia lo que produce la división entre la paz y la acción. La resistencia se basa en una idea y la resistencia no puede producir acción. Y sólo la acción brinda libertad, no la resistencia al trabajo.

Resulta importante, pues, comprender que la mente se embota por la resistencia, por la condenación, la censura y el evitar algo. La mente no está embotada cuando no hay resistencia. Cuando no hay censura ni condenación está viva; activa. La resistencia es mero aislamiento; y la mente del hombre que, consciente o inconscientemente, se aísla de un modo continuo, se embota por esa resistencia.

Pregunta: ¿Ama usted a la gente a quien dirige la palabra? ¿Ama usted la torpe y fea multitud, los rostros informes, la atmósfera hedionda de rancios deseos, de recuerdos pútridos, la degeneración de tantas vidas inútiles? Nadie puede amarlas. ¿Qué es lo que le hace a usted trabajar como esclavo a pesar de su repugnancia, que es a la vez evidente y comprensible?

Krishnamurti: No, señores. No hay repugnancia alguna que aparentemente sea obvia y comprensible para vosotros. No me siento repelido. Yo veo eso tan sólo como se ve un hecho. Un hecho jamas es feo. Cuando estáis hablando seriamente, un hombre podrá rascarse la oreja, o jugar con las piernas, o mirar para todos los lados. En cuanto a vosotros, simplemente lo observáis, lo que no significa que os sintáis repugnados, que querréis evitarlo, o que odiáis el hecho. Un olor es un olor; lo tomáis, nada más. Es muy importante comprender ese punto. El ver un hecho como un hecho es una importante realidad. Pero en el momento en que lo lamentáis o lo evitáis, en que le dais un nombre, un contenido emocional, es obvio que hay repugnancia ante el hecho, que se lo esquiva, y entonces surge la resistencia. Ahora bien, esa no es para nada mi actitud, y me temo que en esto el interlocutor se equivoque a mi respecto. Es como ver que una persona tiene un "sari" rojo o una chaqueta blanca; mas si dais un contenido emocional al rojo y el blanco, diciendo que es hermoso o feo, entonces os sentís repelidos o atraídos.

Ahora bien, con esta pregunta se deseo saber por que hablo. ¿Por qué me prodigo si no amo a la gente "de rostros informes, rancios deseos, recuerdos pútridos", etc.? Y el interlocutor dice que nadie puede amarlos. ¿Pero es que uno ama a la gente, o lo que hay es amor? ¿El amor es independiente de las personas y por eso las amáis, o está uno en estado de amor? ¿Entendéis lo que quiero significar? Si yo digo "amo a la gente", y trabajo como esclavo, me gasto hablando, entonces la gente se torna muy importante, y no el amor. Es decir, si tengo la intención de convertiros a una creencia determinada, y en ello trabajo como esclavo de la mañana a la noche porque creo que puedo haceros felices si creéis en mi propia fórmula, entonces es la fórmula, la creencia, lo que yo amo, no a vosotros. Entonces aguanto toda la fealdad, "los rancios deseos, los

recuerdos pútridos, la atmósfera hedionda" y me digo que forman parte de toda esa rutina; me convierto en mártir de mi creencia, que creo os ayudará. Estoy, pues, enamorado de mi creencia; y como mi creencia es mi propia proyección, resulta que estoy enamorado de mí mismo. Después de todo, un hombre que ama una creencia, una idea, un esquema, se identifica con esa fórmula; y esa fórmula es una proyección de sí mismo. Es obvio que él nunca se identifica con algo que no aprueba. Si yo le agrado, esa misma simpatía es su propia proyección.

Ahora bien, si es que puedo decirlo sin caer en lo personal, en mi caso se trata de algo enteramente diferente. Yo no intento convertiros, haceros mis prosélitos o hacer propaganda contra ninguna religión en particular. No hago más que exponer los hechos, porque tengo la sensación de que la comprensión misma de estos hechos ayudará al hombre a vivir más dichosamente. Cuando amáis alguna cosa, cuando amáis a una persona, ¿cuál es vuestro estado real? ¿Estáis enamorados de la persona, u os halláis en estado de amor? La persona os atrae u os repele, por cierto, sólo cuando no os halláis en ese estado. Cuando os halláis en ese estado de amor, no hay repugnancia. Es como una flor que brinda su fragancia: al lado de ella una vaca puede haber dejado sus rastros, pero la flor sigue siendo una flor que exhala su perfume. Luego pasa un hombre, y al ver el estiércol de vaca junto a la flor, la mira de un modo diferente. En este asunto, señor, está involucrado todo el problema de la atracción y la repulsión. Deseamos ser atraídos, es decir, identificarnos con lo que es agradable, y evitar aquello que es feo. Pero si las cosas las miráis simplemente como son, el hecho en sí jamás es feo ni repelente; es un hecho, nada más. El hombre que ama está consumido por su amor; no le importa que la gente tenga "rostros informes, rancios deseos y recuerdos pútridos". ¿No lo sabéis, señores? Cuando estáis enamorados de alguien, en realidad no os preocupa mucho lo que esa persona pueda parecer, si su rostro es informe o hermoso. Cuando hay amor, nada os importa; aunque observéis los hechos, los hechos no os repelen. No es el amor sino el corazón vacío, la mente árida, el intelecto rancio, que se sienten atraídos o repelidos. Y cuando uno ama, no ''trabaja como esclavo". Hay siempre una renovación, un frescor, una alegría, no en el hecho de platicar ni de emitir una cantidad de palabras, sino en aquel estado mismo. Es cuando uno no ama, que todas estas cosas importan: que seáis atractivos o repelentes, que vuestros rostros sean feos o hermosos, etc.

Carece de importancia, pues, por qué yo "trabajo como esclavo". Nuestro problema es nuestra falta de amor. Es porque nuestro corazón está vacío y nuestra mente embotada, hastiada, exhausta, que procuramos llenar el corazón vacío con las cosas hechas por la mente o por la mano; o repetimos palabras, "mantrams", o hacemos "pujas". Esas cosas no llenarán el corazón; por el contrario, lo vaciarán de cualquier cosa que tenga. Sólo se puede llenar el corazón cuando la mente está en calma. Cuando la mente no esta creando, elaborando ideas ni está atrapada en ideas sólo entonces el corazón está vivo. Entonces uno sabe lo que es ese calor y esa riqueza que hay en la mano que uno estrecha.

Pregunta: ¿Toda caricia no es sexual? ¿No es todo lo sexual una forma de "revitalización" mediante la interpretación y el intercambio? El mero cambio de miradas amorosas es también un acto sexual. ¿Por qué castiga usted al sexo vinculándolo con la vacuidad de nuestra vida? ¿La gente vacía conoce el sexo? Lo único que conoce es la evacuación

Krishnamurti: Me temo que sea tan sólo la gente vacía la que conoce el sexo, porque entonces el sexo es una evasión, un mero alivio. Llamo vacío al que carece de amor; y para él el sexo llega a ser un problema, una cuestión que ha de evitarse o disfrutarse. El corazón está vacío cuando la mente está llena de sus propias ideas, elaboraciones y mecanizaciones. Es porque la mente está llena que el corazón está vacío: y solamente el corazón vacío conoce el sexo. ¿No lo habéis notado, señores? Un hombre afectuoso, lleno de ternura, de benevolencia, de consideración, no es sexual. Lo es el hombre intelectual lleno de conocimientos (cosa diferente de la sabiduría). El hombre de grandes planes, que quiere salvar al mundo que está lleno de intelección de elaboraciones mentales, ese es el que está atrapado en el sexo. Como su vida es superficial y su corazón está vacío el sexo adquiere para él importancia; y eso es lo que ocurre en la actual civilización. Hemos cultivado hasta el exceso nuestro intelecto y la mente se halla atrapada en sus propias creaciones, tales como la radio, el automóvil, las diversiones mecanizadas el conocimiento técnico y las diversas aficiones; a que la mente se entrega. Cuando la mente se halla así atrapada, sólo hay para ella una liberación que es el sexo. Señores, mirad lo que ocurre dentro de cada uno de nosotros; no miréis a otras personas. Examinad vuestra propia vida y veréis cómo os halláis atrapados en este problema, cuán extraordinariamente vacía es vuestra vida. ¿Cómo es vuestra vida, señores? Brillante, árida, vacía, insensible, hastiada ¿verdad? Vais a vuestras oficinas, a vuestros empleos, repetís vuestros "mantrams", realizáis vuestros "pujas". Cuando estáis en la oficina soportáis un yugo, estáis embotados, tenéis que seguir una rutina; os habéis vuelto mecánicos en

vuestra religión, que es, simple aceptación de autoridad. Así, pues, en lo religioso, en el mundo de los negocios, en vuestra educación, en vuestra vida diaria, o que es lo que realmente ocurre. No hay estado creador del ser, ¿verdad? No sois felices, no sois vitales, no estáis alegres. En lo intelectual, en lo religioso; en lo económico, en lo social, en lo político, sois torpes y estáis reglamentados, ¿no es así? Esta reglamentación es el resultara de vuestros propios temores, esperanzas y frustraciones; y como para un ser humano así atrapado no hay liberación, es natural que él recurra al sexo como alivio; ahí puede darse rienda suelta, ahí puede él buscar felicidad. Lo sexual se vuelve así automático, habitual, rutinario, y a la vez un proceso de embotamiento y de vicio. Si observáis los hechos, si no tratéis de esquivarlos ni de excusarlos, esa es en realidad vuestra vida. El hecho real es que no sois creativos. Podréis tener prole, una prole incontable, pero eso no es acción creativa sino un acto accidental de la existencia.

Así, pues, una mente que no es alerta, vital, un corazón que no es afectuoso, pleno ¿cómo pueden ser creativos? Y cómo no sois creativos, buscáis estimulo en el sexo, en la diversión, en los cines, en los teatros, observando el juego de otros mientras vosotros permanecéis como espectadores; otros pintan la escena o danzan, y vosotros sois meros observadores. Eso no es creación. Asimismo, si en el mundo se imprimen tantos libros, es porque vosotros os limitáis a leer. No sois creadores. Donde no hay creación, el único desahogo lo brinda el sexo; y eso es prostituir a vuestra esposa o esposo. No tenéis una idea, señores, de todo lo que eso implica, de su perversidad y de su crueldad. Sé que estáis incómodos. No reflexionáis sobre este asunto. Cerráis vuestra mente, y a causa de ello el sexo ha llegado a ser un inmenso problema en la civilización moderna; o es la promiscuidad, o es el hábito mecánico del desahogo sexual en el matrimonio. El sexo seguirá siendo un problema mientras no haya estado creativo del ser. Puede que limitéis los nacimientos o que adoptéis diversas prácticas, pero no estáis libres del sexo. La sublimación no es libertad, la represión no es libertad, el control no es libertad. Sólo hay libertad cuando hay afecto, cuando hay amor. El amor es puro; y cuando eso falta, el tratar de haceros puros mediante la sublimación del sexo es simple estupidez. El factor que purifica es el amor, no vuestro deseo de ser puros. El hombre que ama es puro aunque sea sexual; y el sexo, sin amor, es lo que actualmente representa en nuestra vida: una rutina, un feo proceso, algo que ha de evitarse, ignorarse, suprimirse o disfrutarse.

Así, pues, este problema del sexo existirá mientras no haya liberación creadora. En lo religioso no puede haber liberación creadora si aceptáis la autoridad, ya sea de la tradición, de los libros sagrados o del sacerdote; porque la autoridad compele, falsea, pervierte. Donde hay autoridad hay compulsión y aceptáis la autoridad porque esperáis tener seguridad por medio de la religión; y mientras la mente bosque seguridad, intelectual o religiosa, no podrá haber comprensión ni liberación creadora. Es la mente -el mecanismo de la mente- que siempre busca seguridad, siempre desea certeza. La mente se mueve siempre de lo conocido a lo conocido; y el mero cultivo de la mente, del intelecto, no es una liberación. Por el contrario, el intelecto puede comprender tan sólo lo conocido, jamás lo desconocido. De ahí que el mero cultivo de la mente por medio de más y más conocimientos, más y más técnica, no sea creativo. Una mente que anhela ser creativa debe hacer caso omiso del deseo de estar en seguridad, es decir, del deseo de encontrar una autoridad. La verdad sólo puede surgir cuando la mente está libre de lo conocido, cuando está libre de la seguridad, del deseo de estar cierta. Mirad, en cambio, nuestra educación: pasar exámenes y nada más, para conseguir un empleo o poder ostentar un título. Tan mecánica se ha vuelto, que es el mero cultivo de la mente, es decir, de la memoria. En eso tampoco hay liberación.

De suerte que en lo social, en lo religioso, en todo terreno, os halláis atrapados y sujetos. El hombre que desee resolver este problema del sexo, por lo tanto, debe desprenderse de los pensamientos que él mismo produce: y cuando él se halla en ese estado de libertad, surge la "creatividad" que es comprensión del corazón. Cuando uno ama, hay castidad; lo incasto es la falta de amor, y sin amor no puede resolverse ningún problema humano. Pero en lugar de comprender los estorbos que impiden el amor, sólo tratamos de sublimar, reprimir o hallar un substituto para el apetito sexual; y a la substitución, sublimación o represión se le llama alcanzar la realidad. Antes bien, donde hay represión no hay comprensión, donde hay substitución hay ignorancia. Nuestra dificultad consiste en que estamos atrapados en este hábito de contener, de reprimir, de sublimar. Es seguro que uno debe considerar este hábito y darse cuenta de su plena significación, y no durante uno o dos instantes, sino a través de la vida entera. Uno tiene que ver cómo se halla atrapado en el mecanismo de la rutina; y para zafarse de él se requiere comprensión, conocimiento propio. Es importante por lo tanto, comprenderse uno mismo; pero esa comprensión se vuelve en extremo difícil si no existe la intención de estudiarse y comprenderse uno mismo. El problema del sexo, que hoy es tan importante y tanto lugar ocupa en nuestra vida, pierde su sentida cuando existe la ternura, el calor, la benevolencia, la misericordia del amor

Pregunta: ¿Está usted seguro de que no es el mito del instructor del mundo lo que mantiene a usted en actividad? Para expresarlo diferentemente: ¿No es usted leal a su pasado? ¿No hay en usted un deseo de realizar las muchas esperanzas que en usted se han cifrado? ¿Ellas no le resultan un estorbo? ¿Cómo puede usted continuar a menos que destruya el mito?

Krishnamurti: El mito da vida, pero una vida espuria, una vida de impotencia. El mito se hace necesario cuando no hay comprensión de la verdad en todo instante. La vida de los más está guiada por los mitos, lo cual significa que ellos creen en algo; y la creencia es un mito. O creen que son el Instructor del Mundo, o siguen un ideal, o tienen un mensaje para el mundo, o creen en Dios, o están adheridos a la formula de izquierda para el gobierno del mundo, o a la de la derecha. La mayoría de la gente está atrapada en un mito; y si les quitan el mito su vida queda vacía. Señores, si todas vuestras creencias, todos vuestros títulos, todas vuestras posesiones, todos vuestros recuerdos, os son suprimidos, ¿que es de vosotros? Quedáis vacíos, ¿verdad? Por lo tanto vuestras posesiones, vuestras ideas, vuestras creencias, son mitos a los que os tenéis que aferrar, o estáis perdidos.

Ahora bien, el interlocutor desea saber si no es el mito del Instructor del Mundo lo que me mantiene en actividad. No me interesa realmente saber si lo soy o no lo soy. Ello no me preocupa particularmente, porque a mí me interesa descubrir lo que *es* y ver la verdad de lo que *es* de instante en instante. La verdad no es una continuidad. Aquello que continúa tiene fin; aquello que continúa conoce la muerte. Pero aquello que *es* de instante en instante es eterno, es atemporal; y el darse cuenta de instante en instante de lo que es verdadero, es hallarse en estado de eternidad. Para conocer lo eterno, la vida tiene que ser de instante en instante, no vida continua; porque aquello que continúa tiene fin, conoce la muerte, mientras que aquello que vive de instante en instante, sin el residuo de ayer, es atemporal -y eso no es un mito. Ese estado sólo puede existir cuando uno no es leal al pasado, porque es el pasado, el ayer, lo que corrompe, destruye e impide el presente, que es hoy, ahora. El ayer se sirve del hoy como pasaje hacia el mañana, de modo que el pasado moldea el presente y proyecta el futuro; y ese proceso, esa continuidad de la mente, conoce la muerte, y una mente así no puede nunca descubrir la realidad.

No es, pues, el mito ni la lealtad al pasado, ni el deseo de que se cumplan las esperanzas que en mi se han cifrado, lo que me hace proseguir. Por el contrario, todo eso es un estorbo. Las esperanzas, el pasado y la lealtad al pasado, el apego a un rótulo, todo eso es una influencia que pervierte y da una vida ficticia. Es por eso que la gente que cree en un mito es muy activa y entusiasta. ¿No conocéis gente que cree en mitos? Trabajan, trabajan, trabajan, y en el momento en que no trabajan les llega el fin. Señor, para el hombre que trabaja y gana dinero, este es su mito. Observadlo simplemente cuando se retira a la edad de 50 ó 60 años; declina con suma rapidez porque su mito le ha sido quitado. Algo análogo ocurre con el dirigente político; suprimid su mito y veréis cuán pronto se hunde, se desintegra. Lo mismo le pasa al que cree en algo. Poned su creencia en duda, en tela de juicio, condenadla o suprimidla, y el hombre está liquidado. Por lo tanto la creencia, la lealtad o adhesión al pasado, o el vivir de acuerdo a una expectativa, es un estorbo.

¿Deseáis pues saber por qué me mantengo en actividad? Evidentemente, señor, siento que tengo algo que decir. Y está asimismo el afecto natural por algo, el amor a la verdad. Cuando uno ama, se mantiene en actividad; y el amor no es un mito. Podéis construir un mito en torno del amor, mas para el hombre que conoce el amor, el amor no es un mito. Podrá estar solo en una habitación, o sentado ocupando una tribuna, o cavando en el jardín: para él todo es lo mismo, porque su corazón está pleno. Es como tener en vuestro jardín un manantial siempre lleno de agua pura, de las aguas que calman la sed, de las aguas que purifican, de las aguas que llenan la corrupción; y cuando existe semejante amor, no es simple rutina mecánica el ir de reunión en reunión, de discusión en discusión, de una entrevista a otra. Eso sería un fastidio, y yo no podría hacerlo. El hacer algo que llega a ser una cosa rutinaria, sería la destrucción de uno mismo.

Cuando améis, señores, cuando en vuestro corazón haya plenitud, conoceréis lo que es bregar sin esfuerzo, vivir sin conflicto. La mente que no ama es la que sede a la lisonja, la que disfruta la adulación y evita el insulto, la que necesita de la multitud, de una tribuna, de la confusión; pero una mente y un corazón semejantes no conocerán el amor. Para el hombre cuyo corazón está lleno con las cosas de la mente, su mundo es un mundo de mitos, y de mitos él vive; pero el que está libre de mitos conoce el amor.

Agosto 8 de 1948.

VII

Creo que si comprendemos la interrelación comprenderemos lo que para nosotros significa la independencia. La vida es un proceso de movimiento constante en la interrelación, y sin comprender la interrelación produciremos confusión, lucha y esfuerzo estéril. Resulta importante, pues, comprender lo que entendemos por interrelación; porque la sociedad está hecha de relaciones, y no puede haber aislamiento. El vivir en aislamiento es cosa inexistente. Lo que está aislado no tarda en morir.

Saber qué es la independencia no es, pues, nuestro problema, sino qué entendemos por interrelación. Comprendiendo la interrelación -que es la conducta de unos seres humanos con otros, sean ellos íntimos o extraños, cercanos o distantes- empezaremos a comprender todo el proceso de la existencia y el conflicto entre la sujeción y la independencia. Debemos, pues, examinar muy cuidadosamente lo que entendemos por interrelación. ¿No es ella, actualmente, un proceso de aislamiento, y por consiguiente de conflicto constante? La relación entre vosotros y los demás, entre vosotros y vuestra esposa, entre vosotros y la sociedad, es el producto de este aislamiento. Por aislamiento yo quiero significar que en todo momento buscamos seguridad, satisfacción y poder. Después de todo, cada uno de nosotros busca satisfacción en nuestras relaciones mutuas; y donde se busca la comodidad, la seguridad, ya se trate de una nación o de un individuo, tiene que haber aislamiento, y el estar en aislamiento provoca conflicto. Todo lo que ofrece resistencia tiene forzosamente que producir conflicto con aquello a lo cual resiste; y como nuestra interrelación es en gran parte uno forma de resistencia, creamos una sociedad que inevitablemente engendra aislamiento y por lo tanto conflicto dentro y fuera de ese aislamiento. Debemos, pues, examinar la interrelación tal como de hecho opera en nuestra vida. Lo que yo soy, después de todo -mis actos, mis pensamientos, mis sentimientos, mis móviles, mis intenciones- produce esa relación entre mí mismo y los demás que llamamos sociedad. No hay sociedad sin esa relación entre dos personas; y antes de que podamos hablar de independencia, tremolar la bandera y todo lo demás, debemos comprender la interrelación lo cual significa que debemos examinarnos a nosotros mismos en nuestras relaciones con los demás.

Ahora bien, si examinamos nuestra vida, nuestras relaciones con los demás, veremos que es un proceso de aislamiento. El prójimo, en realidad, no nos interesa; aunque hablemos bastante al respecto, el hecho es que no nos interesa. Sólo estamos relacionados con alguien mientras esa relación nos resulta grata, mientras nos brinda un refugio, mientras nos satisface. Pero no bien sufre ella una perturbación que a nosotros nos produce incomodidad, dejamos de lado eso relación. En otros términos: sólo hay relación mientras estamos satisfechos. Esto podrá parecer descomedido, pero si realmente examináis vuestra vida con atención, veréis que se trata de un hecho; y el eludir un hecho es vivir en la ignorancia, lo cual jamás podrá producir verdadera convivencia. De suerte que si echamos una mirada a nuestra vida y observamos la interrelación, vemos que ella es un proceso de erigir resistencias contra los demás, muros por encima de los cuales miramos y observamos al prójimo; y, ese muro siempre lo retenemos, y detrás de él permanecemos, ya se trate de un muro psicológico, material, económico o nacional. Mientras vivimos en aislamiento, detrás de un muro, no existe la convivencia con los demás; y vivimos encerrados porque resulta mucho más satisfactorio y creemos que es mucho más seguro. El mundo es tan desgarrador, hay tanto dolor, tanta pesadumbre, guerra, destrucción y miseria, que deseamos escapar y vivir dentro de los muros de seguridad de nuestro propio ser psicológico. De suerte que, para la mayoría de nosotros, la interrelación es en realidad un proceso de aislamiento; y es obvio que tal interrelación construye una sociedad que es, también aisladora. Eso, exactamente, es lo que ocurre a través del mundo: permanecéis en vuestro aislamiento y extendéis la mano por sobre el muro, llamando a eso nacionalismo, fraternidad o lo que os plazca, pero lo cierto es que los gobiernos soberanos y los ejércitos continúan. Es decir, aferrándoos a vuestras propias limitaciones, creéis que podéis establecer la unidad mundial, la paz del mundo; y ello es imposible. Mientras haya una frontera -nacional, económica religiosa o social- es un hecho evidente que no puede haber paz en el mundo.

Ocurre ahora que el proceso de aislamiento es el proceso de la búsqueda del poder. Y sea que uno busque el poder a título individual o para un grupo racial o nacional, tiene que haber aislamiento porque el deseo mismo de poder, de posición, es separatismo. Eso, en suma, es lo que cada cual desea, ¿verdad? Cada cual desea una posición fuerte en la que pueda dominar: en el hogar, en la oficina o en un régimen burocrático. Cada cual anda en busca de poder, y por el hecho de buscar el poder establecerá una sociedad basada en el poder: militar, industrial, económico. etc. Ello, una vez más, es obvio. ¿El deseo de poder no es aislador por su propia naturaleza? Creo que es muy importante comprender eso; porque el hombre que desea un mundo pacífico, un mundo en el que no haya guerras, ni espantosa destrucción, ni miseria catastrófica en escala inconmensurable tiene que comprender esta cuestión fundamental. ¿No es así? Mientras el individuo busque el poder, mucho o poco, ya sea como primer ministro corno gobernador o abogado, o simplemente como marido o mujer, en el hogar; esto es, mientras deseéis la sensación de dominar de compeler la sensación de que ganáis poder, influencia, es seguro que crearéis una sociedad que será el resultado de un proceso aislador.

Por su propia naturaleza en efecto, el poder aísla y separa. El hombre afectuoso, bondadoso, no tiene sentido ninguno del poder y por lo tanto ese hombre no está atado a ninguna nacionalidad, a ninguna bandera. Carece de bandera. Pero el que busca poder en cualquier forma, ya sea derivado de la burocracia o de la autoproyección a la que llama Dios, continúa atrapado en un proceso de aislamiento. Si lo examináis con sumo cuidado, veréis que por su propia naturaleza el deseo de poder es un proceso de encierro. Cada cual busca su propia posición su propia seguridad; y, mientras exista ese móvil, la sociedad tendrá que estar basada en un proceso de aislamiento. Donde hay búsqueda de poder hay proceso de aislamiento, y lo que está aislado tiene forzosamente que engendrar conflicto. Eso, exactamente es lo que ocurre a través del mundo: cada grupo busca el poder: y así se aísla. Este es el proceso del nacionalismo, del patriotismo, que al final lleva a la guerra y a la destrucción.

Ahora bien, sin interrelación no hay posibilidad de existencia en la vida; y mientras la interrelación se base en el poder, en la dominación, tiene que existir el proceso de aislamiento, que inevitablemente provoca conflictos. Vivir en el aislamiento es cosa inexistente: no hay país, ni pueblo, ni individuo, que pueda vivir aislado. Ello no obstante, como buscáis el poder de tantas maneras diferentes, engendráis aislamiento. El nacionalista es una maldición porque con su espíritu de nacionalismo, de patriotismo, erige un muro de aislamiento; está tan identificado con su patria que construye un muro contra las demás. ¿Y qué ocurre, señores, cuando levantáis un muro en contra de algo? Ese algo golpea constantemente contra vuestro muro. Cuando resistís a algo, esa misma resistencia indica que estáis en conflicto con lo otro. De suerte que el nacionalismo, que es un proceso de aislamiento, que es el resultado del afán de poder, no puede traer paz al mundo. El hombre que es nacionalista y habla de fraternidad dice una mentira, vive en estado de contradicción.

La paz del mundo es, pues, esencial; de otro modo seremos destruidos. Unos pocos podrán escapar, pero habrá mayor destrucción que en toda otra época a menos que resolvamos el problema de la paz. La paz no es un ideal; un ideal, como lo hemos discutido, es ficticio. Lo que existe tiene que ser comprendido, y esa comprensión de lo existente se ve impedida por la ficción que llamamos ideal. El hecho es que cada cual busca poder -títulos, posiciones de autoridad, etc.-, y todo ello se encubre en diversas formas con palabras bien intencionadas. Este es un problema vital, no un problema teórico ni que pueda ser diferido; requiere acción ahora mismo, porque es obvio que la catástrofe se avecina. Si no llega mañana, llegará el año próximo o poco después, porque el impulso del proceso aislador ya está actuando; y el que piense realmente al respecto tiene que atacar el problema en su raíz, que es el afán individual de poder, el cual da origen a la agrupación, a la raza, a la nación ansiosa de poder.

Veamos ahora si se puede vivir en el mundo sin deseo de poder, de posición, de autoridad. Es obvio que sí se puede. Uno lo hace cuando no se identifica con algo más grande. Esta identificación con algo más grande -el partido, la patria, la raza, la religión, Dios- es la búsqueda de poder. Como en vosotros mismos sois vacíos, torpes, débiles, gustáis de identificaros con algo más grande. Este deseo de identificaros con algo más grande es el deseo de poder. Por eso es que el nacionalismo, o cualquier espíritu "comunal", representa tal maldición para el mundo; porque es siempre el deseo de poder. Lo importante, pues, para comprender la vida y por lo tanto la interrelación, es descubrir el móvil que nos impulsa a cada uno de nosotros; porque lo que es ese móvil, es el medio ambiente. Ese móvil trae paz o destrucción al mundo**.** Y es por ello muy importante que cada uno de nosotros se de cuenta de que el mundo se halla en un estado de miseria y destrucción, y comprenda que si consciente o inconscientemente buscamos poder, contribuimos a esa destrucción, y que por lo tanto nuestra relación con la sociedad será un proceso de constante conflicto.

Hay múltiples formas de poder; no se trata tan sólo de adquirir posición y riqueza. El deseo mismo de ser algo es una forma de poder que causa aislamiento y por lo tanto conflicto; y a menos que cada cual comprenda el móvil, la intención de sus actos, la mera legislación gubernativa será de muy poca importancia, porque lo interior se sobrepone siempre a lo externo. En lo externo podréis construir una estructura pacífica, pero los hombres que habrán de dirigirla la alterarán conforme a sus intenciones. Por eso es muy importante, para los que desean crear una nueva cultura, una nueva sociedad, un nuevo Estado, comprenderse primero a sí mismo. Al darse cuenta de sí mismo, de los diversos movimientos y fluctuaciones íntimas, uno comprenderá los móviles, las intenciones, los peligros que están ocultos; y sólo en esa alerta percepción está la transformación. La regeneración sólo puede producirse cuando cesa la búsqueda de poder; y sólo entonces podemos crear una nueva cultura, una sociedad que no se base en el conflicto sino en el entendimiento. La convivencia es un proceso de autorevelación; y si uno no se conoce a sí mismo, si no conoce las modalidades de la propia mente y corazón, el mero hecho de establecer un orden externo, un sistema, una fórmula sagaz, tiene muy poco sentido. Lo importante, pues, es comprenderse uno mismo en relación con los demás. Entonces la interrelación no se convierte en un proceso de aislamiento, sino que es un movimiento en el que descubrís

vuestros propios móviles, vuestros propios pensamientos, vuestros propios empeños; y es ese descubrimiento, precisamente, que constituye el comienzo de la liberación, de la transformación. Sólo esta transformación inmediata puede producir la revolución fundamental, radical, tan esencial para el mundo. La revolución dentro de los muros del aislamiento no es revolución. La revolución sólo llega cuando los muros del aislamiento quedan destruidos, y eso puede ocurrir tan sólo cuando ya no buscáis el poder.
Tengo varias preguntas, y trataré de contestar tantas como me sea posible.

Pregunta: ¿Puedo continuar siendo funcionario del gobierno si quiero seguir las enseñanzas de usted? La misma pregunta podría formularse con relación a muchas otras profesiones. ¿Cuál es la verdadera solución para el problema de la subsistencia?

Krishnamurti: ¿Qué entendemos, señores, por subsistencia? ¿No es el ganar lo necesario para las propias necesidades: alimento, vestido y albergue? La dificultad de la subsistencia surge tan sólo cuando empleamos las cosas esenciales de la vida -alimento, vestido y albergue- como medio de agresión psicológica. Es decir, cuando me valgo de las cosas necesarias como medio de engrandecerme a mí mismo, surge el problema de la subsistencia; y nuestra sociedad se basa esencialmente, no en el suministro de lo esencial, sino en la exaltación psicológica, empleando lo esencial como expansión psicológica de uno mismo. Esto, señores, tenéis que meditarlo un poco. Es obvio que el alimento, el vestido y el albergue podrían ser producidos en abundancia, pues hay suficientes conocimientos científicos para satisfacer la demanda; pero la demanda para la guerra es mayor, no solo por parte de los traficantes de guerra sino de cada uno de nosotros, porque cada uno de nosotros es violento. Hay suficiente conocimiento científico para proveer al hombre todas sus necesidades; ello ha sido estudiado, y todo podría producirse de modo que ningún hombre sufriese necesidad. ¿Por qué no ocurre tal cosa? Porque nadie está satisfecho con el alimento, el vestido y el albergue, y cada cual desea algo más; y, expresado en otros términos, ese "más" es el poder. Sería cosa de brutos, empero, conformarse con satisfacer esas necesidades físicas. Estaremos satisfechos con lo necesario en el verdadero sentido "que es estar libre del deseo de poder" tan sólo cuando hayamos encontrado el tesoro íntimo que es imperecedero, y al que llamáis Dios, la verdad o lo que os plazca. Si podéis hallar dentro de vosotros mismos esas imperecederas riquezas, entonces os satisfaréis con pocas cosas, las cuales pueden seros suministradas.

Pero, desgraciadamente, los valores sensorios nos seducen. Los valores de los sentidos han llegado a ser más importantes que los valores de lo real. Después de todo, es en los valores sensuales que se basa esencialmente toda nuestra estructura social, la actual civilización. Valores sensorios no son tan sólo los valores de los sentidos sino los del pensamiento, porque el pensamiento es también el resultado de los sentidos; y cuando se cultiva el mecanismo del pensamiento, que es el intelecto, hay en nosotros predominio del pensamiento, el cual es también un valor sensorio. Por eso, mientras busquemos el valor sensorio, ya sea del tacto, del gusto, del olfato, de la percepción o del pensamiento, lo externo se vuelve mucho más significativo que lo interior; y la mera negación de lo externo no es el camino hacia lo interior. Podréis negar lo externo y retiraros a la selva o a una caverna para allí pensar en Dios; pero esa misma negación de lo externo, ese pensar en Dios sigue siendo sensorio porque el pensamiento es sensorio; y todo valor basado en lo sensorio causa forzosamente confusión, que es lo que ocurre en el mundo actualmente. Lo sensorio es lo dominante, y mientras la estructura social esté erigida sobre eso, los medios de subsistencia tórnanse extraordinariamente difíciles.

¿Cuales son, pues, los buenos medios de subsistencia? A esta pregunta podrá responderse tan sólo cuando haya una revolución completa en la presente estructura social, no de acuerdo a la fórmula de la derecha ni de la izquierda, sino una completa revolución en los valores, que no se basarán en lo sensorio. Ahora bien, si los que disponen de tiempo -como las personas de edad que cobran sus pensiones, que han pasado sus años jóvenes buscando a Dios o entregadas a diversas formas de destrucción- consagrarán realmente su tiempo y su energía a descubrir la verdadera solución, actuarían como intermediarios o instrumentos para producir la revolución en el mundo. Pero ellos no se interesan. Quieren seguridad. Han trabajado muchos años para jubilarse, y desean vivir cómodamente el resto de su existencia. Tienen tiempo, pero son indiferentes; sólo se interesan por alguna abstracción a la que llaman Dios, y que nada tiene que ver con lo real. Su abstracción no es Dios sino una forma de evasión. Y los que llenan su vida con incesante actividad están imposibilitados; no disponen de tiempo para encontrar respuesta a los diversos problemas de la vida. De suerte que sólo es posible cifrar esperanzas en los que se interesan por estas cosas, por producir una transformación radical en el mundo mediante la comprensión de sí mismos.

Podemos ver con seguridad, señores, cuál profesión es mala. Ser soldado, policía, abogado, es evidentemente una mala profesión porque ellos medran con los conflictos, con la discordia; y el opulento

hombre de negocios, el capitalista medra con la explotación. Gran negociante puede ser un individuo o puede ser el Estado; si el Estado toma a su cargo los grandes negocios, no deja de explotarnos a vosotros y a mí. Y como la sociedad se basa en el ejército, en la policía, en la abogacía, en el gran negociante, es decir, en el principio de la discordia, de la explotación y de la violencia, ¿cómo podemos sobrevivir vosotros y yo, que queremos una profesión justa y decente? Hay desocupación creciente, ejércitos y fuerzas policiales cada vez mayores, con sus servicios secretos; y los grandes negocios se vuelven cada vez más grandes, formando vastas corporaciones que eventualmente pasan a manos del Estado, pues el Estado ha llegado a ser una gran corporación en ciertos países.

Dada esta situación de explotación, de una sociedad erigida sobre la discordia, ¿cómo habréis de encontrar rectos medios de vida? Es casi imposible, ¿verdad? O tendréis que marcharos y formar con unas cuantas personas una comunidad -una comunidad cooperativa que se baste a sí misma- o simplemente sucumbiréis ante la vasta máquina. Pero, ya lo veis, la mayoría de nosotros no se interesa realmente por hallar buenos medios de vida. Casi todos andan preocupados por encontrar trabajo y aferrarse a él en la esperanza de progresar, de conseguir cada vez mayor paga. Como cada uno de nosotros desea protección, seguridad, una situación permanente, no se produce la revolución radical. No son los que están satisfechos, contentos de sí mismos, sino tan solo los intrépidos, los que quieren poner a prueba su vida, su existencia, quienes descubren las cosas reales, una nueva manera de vivir.

Antes, pues, de que pueda haber rectos medios de vida, es preciso ver cuáles son los medios evidentemente falsos de ganar la subsistencia: el ejército, la abogacía, la policía, las grandes corporaciones de negocios que esquilman a la gente y la explotan, sea en nombre del Estado, del capital o de la religión. Cuando veis lo falso y lo extirpáis, hay transformación, hay revolución; y sólo esa revolución puede crear una nueva sociedad. Que un individuo busque rectos medios de vida está bien, es excelente; pero eso no resuelve el vasto problema. El vasto problema se resuelve tan sólo cuando vosotros y yo no buscamos seguridad. La seguridad es cosa inexistente. ¿Qué ocurre cuando buscáis seguridad? ¿Qué sucede en el mundo actualmente? Toda Europa desea seguridad, clama por ella, ¿y qué ocurre? Todos quieren seguridad por medio de su nacionalismo. Después de todo, sois nacionalistas porque queréis seguridad y creéis que mediante el nacionalismo la tendréis. Una y otra vez ha quedado demostrado que no podéis tener seguridad mediante el nacionalismo, porque el nacionalismo es un proceso de aislamiento que provoca guerras, miseria y destrucción.

Así, pues, la recta subsistencia en vasta escala debe empezar por aquellos que comprenden lo que es falso. Cuando batalláis contra lo falso, creáis rectos medios de vida. Cuando batalláis contra toda la estructura de discordia, de explotación -por la izquierda o por la derecha- o contra la autoridad de la religión y de los sacerdotes, esa es la profesión conveniente en la época actual; porque ella creará una nueva sociedad, una nueva cultura. Mas para batallar es preciso que veáis con toda claridad y de un modo bien definido lo que es falso, y que así lo falso se os desprenda. Para descubrir lo que es falso, tenéis que daros cuenta de todo lo que hacéis, pensáis y sentís, y observarlo; y con ello no sólo descubriréis lo que es falso, sino que de ello surgirá una nueva vitalidad, una nueva energía, y esa energía os dictará qué clase de trabajo haréis o no haréis.

Pregunta: ¿Puede usted enunciar brevemente los principios básicos sobre los cuales debería edificarse una nueva sociedad?

Krishnamurti: Puedo enunciar los principios, pues ello es cosa muy simple; pero carecería de valor. Lo que tiene valor es que vosotros y yo descubramos juntos los principios básicos sobre los cuales puede edificarse una nueva sociedad, porque, no bien descubramos juntos cuáles son los principios fundamentales, habrá una nueva base de relaciones entre nosotros. ¿Comprendéis? Entonces ya no seré yo el instructor y vosotros los alumnos, o vosotros el auditorio y yo el conferenciante; empezaremos en condiciones del todo diferentes. Eso significa que no hay autoridad, ¿no es así? Somos asociados en el descubrimiento, y por lo tanto cooperamos; vosotros no me domináis ni influís sobre mí, ni yo sobre vosotros. Unos y otros descubrimos. Y cuando existe por parte vuestra y mía la intención de descubrir cuáles son los principios básicos de una nueva cultura, es obvio que no puede haber espíritu autoritario, ¿verdad? Por consiguiente ya hemos establecido un nuevo principio, ¿no es así? Mientras haya autoridad en la convivencia, hay compulsión; y nada puede crearse mediante la compulsión. Un gobierno que compele, un maestro que compele, un medio ambiente que compele, no produce convivencia sino un estado de esclavitud. Hemos, pues, descubierto una cosa juntos, pues sabemos que por ambas partes deseamos crear una nueva sociedad en la que no pueda haber autoridad; y eso tiene una enorme significación, porque la estructura de nuestro actual orden social se basa en la autoridad. El especialista en educación, el especialista en medicina, el especialista militar, el especialista en leyes, el

burócrata: todos ellos nos dominan. Los "Shastras" lo dicen, y por lo tanto tiene que ser verdad; mi "gurú" dice tal cosa, y por consiguiente ella ha de ser justa y yo voy a seguirla. En otras palabras, en una sociedad en la que exista la búsqueda de lo real, del entendimiento, en la que se busque establecer la debida relación entre dos seres humanos, no puede haber autoridad. En cuanto descartáis la autoridad, os halláis en asociación; y por eso hay cooperación, hay afecto, todo lo contrario de la presente estructura social.

Actualmente confiáis vuestros hijos al educador, mientras el propio educador necesita que se lo eduque. En lo religioso sois simples máquinas de imitar, de copiar. En todo sentido estáis dominados, influenciados, compelidos, forzados; ¿y cómo puede haber convivencia entre el explotador y el explotado, entre los que están en el poder y los que están sujetos al poder, a menos que vosotros mismos deseéis la misma clase de poder? Si la deseáis, entonces estáis en relación con ese poder. Pero si veis que cualquier deseo de poder es en sí mismo destructivo, no hay convivencia alguna con los que buscan el poder. Así empezamos a descubrir los principios básicos sobre los cuales una nueva sociedad puede edificarse. Es obvio que una convivencia basada en la dominación deja de ser convivencia. Y cuando no hay dominación, ni autoridad, ni compulsión, ¿Qué es lo que ello significa? Es obvio que hay afecto, que hay ternura, que hay amor, que hay comprensión. Para que eso ocurra, la dominación tiene que desaparecer. Pero esto podemos discutirlo enseguida, si queréis escucharme. Parecéis irritados; tal vez he arruinado un poco vuestros planes. Luego saldréis y haréis exactamente lo mismo que antes hicisteis, porque no os interesa realmente encontrar un nuevo orden básico. Deseáis estar en seguridad, ocupar puestos o mantener los que tenéis, y queréis utilizarlos para vuestros propios fines, que llamáis nobles; pero eso sigue siendo una forma de autoexpansión, de explotación.

Así, pues, nuestra dificultad en estas discusiones y pláticas es que no tomamos todo esto muy en serio. Desearíamos que las cosas se alteren, pero lentamente, gradualmente, y de acuerdo a nuestra comodidad. No queremos vernos demasiado perturbados, y por eso nuestro interés en una nueva civilización no es realmente básico. El hombre que sí se interesa ve como falsas las cosas evidentemente perniciosas, tales como la autoridad, la creencia, el nacionalismo, el espíritu jerárquico en su totalidad. Y cuando se prescinde de todo eso, ¿qué sucede? Sois simples ciudadanos, seres humanos sin autoridad; y cuando no tengáis autoridad, tal vez entonces tendréis amor, y por lo tanto comprensión. Eso es lo que se requiere; un grupo de personas que comprendan, que tengan afecto, cuyo corazón no esté lleno de palabras huecas y frases vacías, cosas de la mente. Resulta pues muy importante que cada uno de nosotros se vea en el espejo de la convivencia, puesto que solamente de ahí puede surgir una nueva cultura.

Pregunta: ¿Qué debemos hacer para tener un gobierno realmente bueno, y no tan sólo gobierno propio?

Krishnamurti: Señores, para tener un buen gobierno debéis empezar por comprender qué entendéis por gobierno. No usemos palabras sin "referente", palabras sin sentido, sin algo detrás de ellas. La palabra "reloj" tiene "referente", pero "buen gobierno" no lo tiene. Para encontrar el "referente", tendremos que discutir lo que entendemos por "gobierno" y lo que entendemos por "bueno"; pero decir, simplemente, qué es un buen gobierno, carece de sentido. Primero averigüemos, pues, qué entendemos por "bueno". No estoy fijándome en minuncias ni quiero discutir como en un centro de estudiantes. Esto lo planteo porque es muy importante averiguar de qué hablamos, y no simplemente emplear palabras que tienen poco sentido. Sé que se nos entretiene con palabras; nos impresiona el hablar de que tenemos gobierno propio y agitar la bandera. Bien conocéis eso de hallar hechizo en las palabras cuando nuestro corazón y nuestra mente están vacíos. Averigüemos, pues, qué entendemos por "buen gobierno".

¿Qué entendemos por "bueno"? Es obvio que "bueno" tiene un "referente" basado en el placer y el dolor. "Bueno" es lo que os da placer; malo, aquello que os causa dolor, ya sea exterior o interiormente, por dentro o por fuera de la piel. Ese es un hecho, ¿verdad? Discutimos el hecho, no lo que os gustaría que él fuese. El hecho es este: mientras busquéis placer en diversas formas (seguridad, comodidad, poder, dinero), ese placer es lo que llamáis "bueno"; y a todo lo que perturbe ese estado de placer le llamáis "no bueno". Esto no lo trato con criterio filosófico sino tomando en cuenta los hechos. Placer es lo que deseáis, por lo cual resulta obvio que llaméis "bueno" aquello que os brinda seguridad, comodidad, posición, poder, protección. ¿Entendéis? Es decir, "buen gobierno" es ese cuerpo que puede suministraros lo que deseáis; y si el gobierno no os da lo que queréis decís "hay que derrocarlo" -a menos que sea un gobierno totalitario. Pero aún los gobiernos totalitarios pueden ser destruidos si el pueblo dice "esto no lo queremos". Es claro que hoy día resulta casi imposible producir la revolución física, porque los aviones y otras máquinas de guerra, sin las cuales no puede haber revolución moderna, están en manos de los gobiernos. De suerte que lo "bueno" es lo que deseáis, ¿verdad? No nos engañemos, señores, con una sarta de palabras acerca del "bien" y del "mal" en abstracto. El hecho real en nuestra vida diaria es que a los que os dan lo que queréis les llamáis "buenos", "nobles",

“eficaces” y otras cosas más, empleando diversos términos. Lo que deseáis es satisfacción en diferentes formas, y a aquello que os la puede brindar le llamáis beneficioso.

El gobierno es, pues, el cuerpo que creáis con vuestros propios deseos. Es decir, el gobierno sois vosotros. Lo que vosotros sois, lo es el gobierno, hecho obvio a través del mundo. Odiáis determinado país, y elegís a los que apoyarán vuestro odio. Tenéis inclinaciones “comunalistas”, y creáis un gobierno que comparte vuestros puntos de vista “comunalistas”, hecho también obvio sobre el que no necesitamos extendernos. Siendo que lo que vosotros sois lo es vuestro gobierno, ¿cómo podéis tener “buen” gobierno? Sólo podréis tener buen gobierno cuando os hayáis transformado. De otro modo, el gobierno es una simple agencia, un grupo de personas a quienes habéis elegido para que os provean lo que deseáis. Decís que no queréis guerra, pero fomentáis todas las causas que engendran guerra, como el nacionalismo, el “comunalismo”, etc. Siendo esa vuestra condición, creáis un gobierno, como creáis una sociedad, a vuestra imagen y semejanza; y habiendo creado ese gobierno, éste a su vez os explota. Es, pues, un círculo vicioso. Puede haber gobierno sano -no quiero llamarlo “bueno”- tan sólo cuando vosotros mismos seáis sanos. No sonriáis, señores. Se trata de un hecho; somos insanos, no somos seres humanos racionales, completos. Somos desequilibrados, y por lo tanto nuestros gobiernos son desequilibrados. ¿Pretenderéis, señores, que viendo al mundo entero atrapado en la espantosa catástrofe de la guerra y de la producción de máquinas guerreras, un ser humano cuerdo no deseará acabar con todo eso? Averiguará cuáles son las causas de la guerra y no dirá “bueno, es mi patria y tengo que defenderla”, lo cual es demasiado necio y falto de madurez.

Ahora bien, una de las causas de la guerra es la codicia -la codicia de grandeza- que os hace identificaros con la patria. Decís “soy hindú”, “soy budista”, “soy cristiano”, “soy ruso”, o lo que os plazca. Esa es una de las causas de la guerra. Pero un hombre cuerdo dice: “voy a despejarme de esa imitación insana que termina en la destrucción”. Lo primero que debemos hacer, por consiguiente, es crear cordura, no formular un plan para un nuevo gobierno, o para un así llamado “buen” gobierno; y para ser cuerdos, tenéis que saber qué sois, tenéis que daros cuenta de vosotros mismos. Pero, uno vez más, bien se ve que ello no os interesa. Os interesa agitar banderas, escuchar discursos que carecen de sentido; os interesa la excitación. Todo eso es indicio de insensatez. ¿Y cómo podéis esperar que haya un gobierno sano cuando los ciudadanos no están del todo despiertos, cuando están semialertas y son desequilibrados?

Señores, cuando vosotros mismos estáis confusos, el conductor que erigís está confuso; y es la voz del que está confuso la que escucharéis. Si no estáis confusos, si en vosotros hay claridad, serenidad, no tendréis ningún líder; si sois claros, no esperaréis que el gobierno os diga lo que hay que hacer. ¿Por qué un hombre quiere que haya gobierno? Algunos de vosotros sonríen, señores; y esto lo desecharéis. Es porque no sabéis amar racionalmente, humanamente, que necesitáis que alguien os diga lo que hay que hacer; por eso se multiplican las leyes. Leyes y más leyes, lo que debéis y lo que no debéis hacer. De modo que es culpa nuestra, señores. Sois responsables del gobierno que tenéis o que vais a tener; porque, a menos que os transforméis radicalmente, vuestro gobierno será lo que vosotros sois. Si tenéis espíritu “comunalista”, crearéis un gobierno que será como vosotros. ¿Y ello qué significa? Más perturbación, más destrucción.

Sólo puede haber, pues, una sociedad sana, un mundo sano cuando vosotros como parte de esa sociedad, de ese mundo, os desprendáis de lo actual, es decir, os volváis cuerdos; y sólo puede haber cordura cuando rechacéis la autoridad, cuando no estéis en las redes del espíritu nacionalista, patriótico, cuando tratéis a los seres humanos como seres humanos, no como brahmanes o pertenecientes a alguna otra casta o nación. Y resulta imposible tratar a los seres humanos como seres humanos si les ponéis rótulo, si los definís, si les dais nombres tales como hindúes, rusos o lo que os plazca. Es mucho más fácil poner rótulo a la gente, pues entonces podéis pasar a su lado y darles puntapiés, o arrojar una bomba en la India o el Japón. Mas si no tenéis rótulos, y simplemente tratáis a la gente como a seres humanos, ¿qué ocurre? Que tenéis que estar muy alertas, tenéis que ser muy prudentes en vuestras relaciones con los demás. Pero como no queréis hacer eso, creáis un gobierno que cuadra con vosotros.

Pregunta: ¿Qué es eterno, el amor o la muerte? ¿Qué le ocurre al amor cuando la muerte le corta el hilo? ¿Qué le ocurre a la muerte cuanto el amor hace valer sus derechos?

Krishnamurti: Una vez más, averigüemos lo que entendemos por muerte y lo que entendemos por amor. Lo lamento, pero a algunos de vosotros esto les aburre. ¿Estáis aburridos?

Comentario del auditorio: No, señor.

Krishnamurti: Estoy sorprendido, porque hemos abordado cosas muy serias. La vida es seria, la vida es cosa grave. Sólo la gente de cabeza hueca y corazón insensible es trivial, y si las cosas serias de la vida os fastidian, ello indica vuestra falta de madurez. Este es asunto que a todos interesa, ya se trate del totalitario, del político o de vosotros; porque la muerte a todos los espera, nos guste o no. Podéis ser altos funcionarios del gobierno, con títulos, riquezas, posición, y una alfombra roja; pero aquella cosa inevitable está al final de todo eso. ¿Qué entendemos, pues, por muerte? Por muerte entendemos, evidentemente, el poner fin a la continuidad, ¿no es así? Está la muerte física, y ella nos causa cierta angustia; pero eso no importa si podemos superarlo continuando en alguna forma. De modo, pues, que cuando preguntamos acerca de la muerte, nos interesa saber si hay o no continuidad. ¿Y qué es lo que continúa? No es vuestro cuerpo, evidentemente, puesto que a diario vemos enterrar o quemar a los que mueren. Lo que queremos significar, por consiguiente, es una continuidad supersensoria, una continuidad psicológica, del pensamiento, del carácter, de eso que se define como alma o lo que os plazca. Queremos saber si el pensamiento continúa. Es decir, yo he meditado, he practicado tantas cosas, no he terminado de escribir mi libro, no he completado mi carrera, soy débil y necesito tiempo para llegar a ser fuerte, deseo continuar con mi placer, etc. Temo que la muerte ponga fin a todo eso. La muerte, es, pues, una forma de frustración, ¿verdad? Estoy haciendo algo, y no quiero que ello termine; deseo continuidad para encontrar mi plena satisfacción. ¿Pero hay realización de uno mismo mediante la continuidad? Es obvio que existe cierta clase de realización por medio de la continuidad. Estoy escribiendo un libro, y no deseo morir hasta que lo haya terminado; necesito tiempo para desarrollar cierto carácter, etc. Sólo hay, pues, miedo a la muerte, habiendo deseo de autorrealización; porque la plena satisfacción de uno mismo requiere longevidad, continuidad. Pero si podéis realizaros de instante en instante, no le tenéis miedo a la muerte.

Ahora bien, nuestro problema consiste en tener continuidad a pesar de la muerte, ¿no es así? Y queréis de mí una seguridad. Si yo no os aseguro al respecto, os dirigís a otra persona, a vuestros "gurús", o recurrís a vuestros libros o a diversas formas de distracción y de escape. De suerte que, al escucharme vosotros a mí y yo al hablaros, vamos a descubrir juntos lo que realmente entendemos por continuidad, qué es lo que continúa y qué es lo que deseamos que continúe. Aquello que continúa es evidentemente un anhelo, un deseo, ¿no es así? No soy poderoso, y me agradaría serlo; no he edificado mi casa, pero desearía hacerlo; no he conseguido aquel título, pero me gustaría conseguirlo; no he acumulado bastante dinero pero dentro de poco lo haré; desearía encontrar a Dios en esta vida, y así sucesivamente. De suerte que la continuidad es el proceso del deseo. Cuando a esto le llega el fin, le llamáis muerte, ¿verdad? Queréis continuar con el deseo como medio de lograr, como proceso por el cual hallaréis plena satisfacción propia. Esto, sin duda, es bastante sencillo, ¿no es así? Ahora bien, es obvio que e1 pensamiento continúa a pesar de vuestra muerte física. Esto ha sido probado. El pensamiento es una continuidad; porque, después de todo, ¿vosotros qué sois? No sois más que pensamiento, ¿verdad? Sois el pensamiento de un nombre, el pensamiento de una posición, el pensamiento del dinero; sois una simple idea. Suprimid la idea, suprimid el pensamiento, ¿y qué es de vosotros? Sois, pues, la personificación de un pensamiento en calidad de "yo". Y decís que el pensamiento tiene que continuar porque el pensamiento me va a permitir realizarme a mí mismo, que el pensamiento terminará por encontrar lo real. ¿No es así? Por ese es que queréis que el pensamiento continúe. Queréis que el pensamiento continúe porque creéis que el pensamiento habrá de encontrar lo real, eso que llamáis felicidad, Dios o lo que os plazca.

¿Pero es que por la continuidad del pensamiento encontraréis lo real? Para expresarlo diferentemente, ¿el proceso del pensamiento descubre lo real? ¿Comprendéis lo que quiero decir? Deseo la felicidad, y ando en busca de ella por varios medios: la propiedad, la posición, la riqueza, las mujeres, los hombres, o lo que sea. Todo eso es lo que reclama un pensamiento en busca de felicidad, ¿no es cierto? Ahora bien, ¿puede el pensamiento hallar la felicidad? Si 1o puede, entonces el pensamiento tiene que tener continuidad. ¿Pero qué es el pensamiento? El pensamiento no es más que la respuesta de la memoria, ¿verdad? Si no tuvierais memoria, no habría pensamiento. Os hallaríais en estado de amnesia, de completa vacuidad, tal como la mayoría de la gente desea estar. El pensamiento se hipnotiza a sí mismo y permanece en un estado de amnesia, sino averiguar qué es el pensamiento. El pensamiento, si lo consideráis con un poco de atención, es evidentemente la respuesta de la memoria; y la memoria es el resultado de una experiencia no completada. Creéis, pues, que por medio de una experiencia incompleta habréis de hallar lo completo, lo íntegro, lo real. ¿Cómo es posible tal cosa? ¿Entendéis lo que quiero decir? Probablemente, señores, esto no lo pensáis a fondo. Deseáis saber si hay o no hay continuidad, eso es todo; queréis una seguridad. Cuando buscáis una seguridad, lo que buscáis es autoridad, satisfacción; no deseáis conocer lo real. Y es sólo lo real que os libertará, no una seguridad, ni el hecho de que yo os la brinde. Tratamos de descubrir qué es lo verdadero en todo esto.

Puesto que el pensamiento es el resultado de una experiencia incompleta -en el sentido psicológico no recordáis una experiencia completa- ¿Cómo puede el pensamiento, mediante su propio estado condicionado, incompleto, encontrar aquello que es completo? ¿Entendéis? Nuestra pregunta es, pues, ésta: ¿puede haber renovación, regeneración, frescor, calidad de cosa nueva, por la continuidad del proceso de pensar? Después de todo, si hay renovación no le tenemos más miedo a la muerte. Si para vosotros hay renovación de instante en instante, no hay muerte. Pero hay muerte, y hay miedo a la muerte, si reclamáis la continuidad del proceso de pensar. Es obvio que sólo el pensamiento, una idea acerca de vosotros mismos, es lo que puede continuar. Esa idea es el resultado del pensamiento, de una mente condicionada porque el pensamiento es el resultado del pasado y se basa en el pasado. ¿Y a través del tiempo, mediante la continuación del pasado, encontraréis lo atemporal?

Esperamos, pues, que la continuidad sea un medio de renovación, un medio de hacer surgir un nuevo estado. De otro modo no desearíamos la continuidad, ¿no os así? Es decir quiero continuidad tan sólo si ella promete el nuevo estado; no siendo así no la quiero, porque mi estado presente es miserable. Si mediante la continuidad puedo hallar la felicidad, entonces deseo continuidad. ¿Pero es que puedo hallar la dicha mediante la continuidad? Sólo hay continuidad del pensamiento, siendo éste la respuesta de la memoria; y la memoria siempre es condicionada, siempre está en el pasado. La memoria siempre está muerta: sólo surge a la vida a través del presente. El pensamiento como continuidad, por lo tanto, no puede ser medio de renovación. Que el pensamiento continúe, pues, es simplemente la continuación del pasado en una forma modificada, y por consiguiente no es renovación; de ahí que por ese conducto no haya esperanza. Sólo hay esperanza cuando veo la verdad de que a través de la continuidad no hay renovación. ¿Y qué sucede cuando veo eso? Que entones solo me interesa terminar el proceso del pensamiento de instante en instante; ¡ello no es una locura! El proceso del pensamiento cesa tan sólo cuando veo la falsedad de dicho proceso como medió de lograr un fin deseable o de evitar algo doloroso. Cuando veo lo falso como falso, lo falso se desvanece. Y cuando lo falso se desvanece, ¿cual es el estado de la mente? La mente se halla entonces en un estado le alta sensibilidad de clavada receptividad, de gran quietud, porque el miedo no existe. ¿Qué ocurre cuando no hay miedo? Que hay amor, ¿verdad? Tan sólo en el estado negativo puede haber amor, no en el estado positivo. El estado positivo es la continuidad del pensamiento hacia un fin, y mientras eso exista no puede haber amor.

El interlocutor también desea saber que le ocurre al amor cuando la muerte le corta el hilo. El amor no es una continuidad. Si os vigiléis, si observáis vuestro propio amor, veréis que el amor es de instante en instante; no pensáis que deba continuar. Aquello que continúa es un estorbo para el amor. Sólo el pensamiento puede continuar, no el amor. Podéis pensar acerca del amor y ese pensamiento puede continuar; pero el pensamiento acerca del amor no es amor -y ésa es vuestra dificultad. Pensáis acerca del amor, y deseáis que ese pensamiento continúe: por eso preguntáis "¿que le ocurre al amor cuando llega la muerte?" Lo que os preocupa, empero, no es el amor; es el pensamiento acerca del amor, que no es amor. Cuando amáis no hay continuidad. Sólo e1 pensamiento desea que el amor continúe, pero el pensamiento no es amor. Eso, señores, es muy importante. Cuando amáis, cuando realmente amáis a alguien, no pensáis, no calculáis: todo vuestro corazón, todo vuestro ser, está abierto. Pero cuando sólo pensáis en el amor, o en la persona a quien amáis, vuestro corazón está seco; y por lo tanto ya estéis muertos. Cuando hay amor no hay temor a la muerte. El temor a la muerte es simplemente miedo de no continuar, y cuando hay amor no hay sentido de continuidad. Es un estado de ser.

El interlocutor también pregunta: "¿Qué le ocurre a la muerte cuando el amor hace valer sus derechos?" Señores, el amor no invoca derechos; y esa es la belleza del amor. Aquello que es el más alto estado de negación nada pretende, nada reclama: es un estado de ser. Y cuando hay amor no hay muerte: sólo hay muerte cuando surge el proceso de pensar. Cuando hay amor no hay muerte, porque el temor no existe; y el amor no es un estado continuo, el cual, una vez más, es el proceso de pensar. El amor no es sino ser de instante en instante. El amor, por lo tanto, es su propia eternidad.

Agosto, 15 de 1948.

GLOSARIO

Atman: Espíritu universal. El alma suprema.
Bhagavad-Gita: Literalmente "El canto del Señor". Es un episodio del *Mahabharata*, el gran poema épico de la India.
Comunalismo: Una organización social y política en la que la vida del individuo se amolda a la de la comunidad a que pertenece a tal punto que ésta y no el individuo tiene importancia; a la vez estas comunidades tienen un espíritu separatista entre sí (en la India).
Gurú: Instructor espiritual; maestro o protector religioso cualquier persona venerable.
Harijau: Miembro de una secta que adora a Hari; uno de los 12 dioses creados por Brahma.
Mantrams: Versos de las obras védicas usadas como encantamiento.
Puja: Servicio devocional en honor de una divinidad; adoración, fiesta religiosa.
Puranas: Nombre de una clase de libros sagrados que se supone fueron compilados por el poeta Vyâsa.
Parabrahman: El principio absoluto, supremo, impersonal, sin nombre, más allá, del tiempo; atemporal.
Paramatman: El Gran Alma o Espíritu Supremo o Alma Universal.
Ramakrishna Paramahamsa: Ramakrishna (l836-l886) maestro de Vivekenanda.
Shankaracharya: Filosofo-Santo. Considerado por algunos como el sucesor y reencarnación de Buda (Siglo VIII y IX).
Shastras: Cualquier libro o tratado religioso de los hindúes
Upanishads: Tratado filosófico concerniente al hombre y el universo.

ÍNDICE DE PREGUNTAS

¿Qué puede hacer el común de los hombres decentes para poner fin a nuestro problema "comunal"? 10
Antes de que pueda conocer a Dios, el hombre tiene que saber qué es Dios. ¿Cómo podrá usted presentar al hombre la idea de Dios sin traer a Dios al nivel del hombre? 17
¿La mente es diferente del pensador? 20
¿Cómo podemos resolver nuestros caos políticos y la crisis del mundo? ¿Hay algo que un individuo pueda hacer para atajar la guerra que se avecina? 46
La familia es el armazón de nuestro amor y codicia, de nuestro egoísmo y división. ¿Qué lugar ocupa ella en su esquema de las cosas? 51
¿Cómo se propone usted justificar su pretensión de ser el Instructor del Mundo?57
¿Tiene usted un mensaje especial para la juventud? 98
¿Su confianza en sí mismo nace de que usted está libre del miedo, o proviene de la convicción de que se halla sólidamente respaldado por grandes seres como Buda y Cristo? 101
¿Podemos llegar a lo real a través de la belleza, o la belleza es estéril en lo que atañe a la verdad? 103
¿Por qué desacredita usted la religión, que evidentemente contiene granos de verdad? ¿Por qué tirar al niño con el agua del baño? ¿No es necesario reconocer la verdad dondequiera se la encuentre? 106
Algunos de nosotros, que le hemos escuchado a usted durante muchos años, estamos de acuerdo -sólo verbalmente, tal vez- con todo lo que usted dice. Pero de hecho, en la vida diaria somos torpes, y no conocemos ese vivir de instante en instante de que usted habla. ¿Por qué hay una brecha tan enorme entre el pensamiento, o más bien las palabras, y la acción? 110
¿Qué lugar ocupa el poder en su esquema de las cosas? ¿Cree usted que los asuntos humanos pueden ser dirigidos sin coacción? 131
¿Por qué somos tan duros unos con otros, a pesar de todo el sufrimiento que ello involucra? 135
¿No puede usted hacerse de secuaces y emplearlos convenientemente? ¿Tiene que seguir usted siendo una voz en el desierto? 138
Granos de verdad pueden hallarse en las religiones, teorías, ideas y creencias. ¿Cuál es el verdadero modo de separarlos? 141
Habla usted mucho acerca de la necesidad de una incesante vigilancia. Yo encuentro que mi trabajo me embota de un modo tan irresistible que el hablar de un estado de alerta después de un día de trabajo es simplemente echar sal en la herida.154
¿Ama usted a la gente a quien dirige la palabra? ¿Ama usted la torpe y fea multitud, los rostros informes, la atmósfera hedionda de rancios deseos, de recuerdos pútridos, la de generación de tantas vidas inútiles? Nadie puede amarlas. ¿Qué es lo que le hace a usted trabajar como esclavo a pesar de en repugnancia, que es a la vez evidente y comprensible? 159
¿Toda caricia no es sexual? ¿No es todo lo sexual una forma de "revitalización" mediante la interpretación y el intercambio? El mero cambio de miradas amorosas es también un acto sexual. ¿Por qué castiga usted al sexo vinculándolo con la vacuidad de nuestra vida? ¿La gente vacía conoce el sexo? Lo único que conoce es la evacuación. 163
¿Está usted seguro de que no es el mito del Instructor del Mundo lo que mantiene a usted en actividad? Para expresarlo diferentemente ¿no es usted leal a su pasado? ¿No hay en usted un deseo de realizar las muchas esperanzas que en usted se han cifrado? ¿Ellas no le resultan un estorbo? ¿Como puede usted continuar a menos que destruya el mito? 168
¿Puedo continuar siendo funcionario del gobierno si quiero seguir las enseñanzas de usted? La misma pregunta podría formularse con relación a muchas otras profesiones. ¿Cuál es la verdadera solución para el problema de la subsistencia? 181
¿Puede usted enunciar brevemente los principios básicos sobre los cuales debería edificarse una nueva sociedad? 187
¿Qué debemos hacer para tener un gobierno realmente bueno, y no tan solo gobierno propio? 190
¿Qué es eterno el amor o la muerte? ¿Qué le ocurre al amor cuando la muerte le corta el hilo? ¿Qué le ocurre a la muerte cuando el amor hace valer sus derechos? 195

ÍNDICE

Páginas
I. 9
II. 32
III. 60
IV. 88
V. 116
VI. 146
VII. 173
Glosario 205